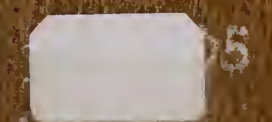
COLECCIÓN LABOR

Historia de la Antigua Literatura Latino-Cristiana

Prof. ALFRED GUDEMAN





EDITORIAL LABOR, S. A.

Como una viva proyección de las civilizaciones del pasado y de las obras más selectas y características de la época presente, los Manuales de orientación altamente educadora que forman la

COLECCIÓN LABOR

de dichos volúmenes constituye una completísima

Biblioteca de iniciación cultural

cuyos manuales, igualmente útiles para el estudiante y el especialista, son de un valor inestimable para la generalidad del público, que podrá adquirir en ellos ideas precisas de todas las ciencias y artes.

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACION CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

Sección I
Ciencias filosóficas

Sección II
Educación

Sección III
Ciencias literarias

Sección IV
Artes plásticas

Sección V
Música

Sección VI
Ciencias históricas

Sección VII
Geografía

Sección VIII
Ciencias jurídicas

Sección IX
Política

Sección X
Economía

Sección XI
Ciencias exactas, físicas y químicas

Sección XII
Ciencias naturales

HISTORIA
DE LA
ANTIGUA LITERATURA LATINO - CRISTIANA

COLECCIÓN LABOR

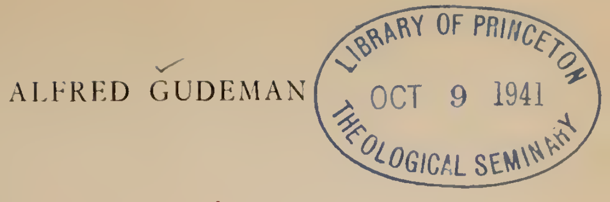
SECCIÓN III

CIENCIAS LITERARIAS

N.º 151

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

ALFRED GUDEMAN



Historia de la Antigua Literatura Latino-Cristiana

Traducida y ampliada por

PASCUAL GALINDO ROMEO

Catedrático de la Universidad de Zaragoza

(CON LICENCIA ECLESIÁSTICA)

1928

EDITORIAL LABOR, S. A. : BARCELONA - BUENOS AIRES

Con 16 láminas fuera de texto

IMPRIMATUR

Caesaraugustae, 5 novembris 1927

† RIGOBERTUS, Archiep. Caesaraug.

Talleres Tipográficos de EDITORIAL LABOR, S. A. : Provenza, 88, BARCELONA

ÍNDICE

Introducción

En la historia de la literatura latina durante la época imperial constituye un hecho decisivo la penetración del Cristianismo en aquélla a fines del siglo II. Comenzó entonces, aun en el campo literario, la lucha religiosa que estaba entablada con el decadente paganismo. Ya hacía tiempo que judíos helenistas y griegos convertidos combatían literariamente las antiguas creencias politeístas, sirviéndose para ello de las mismas formas artísticas de los paganos. Siguiendo sus huellas los cristianos romanos, haciendo de la necesidad virtud, dedicáronse a los géneros literarios ya tan usados en la prosa artística latina, procurando ante todo adiestrarse en la adaptación y asimilación, a las nuevas ideas, de los recursos linguísticos de la retórica profana.

Aun la misma predicación cristiana, género tan peculiar y, al parecer, tan suyo propio, fué formándose sobre modelos helenistas, principalmente en las llamadas diatribas estoico-cínicas y, aun cabe decir, que de los tratados morales de un Séneca no se habría de dar sino paso muy pequeño para llegar a la homilía eclesiástica. Lo mismo ha de afirmarse, *servatis servandis*, de la dependencia en que más tarde se había de hallar la poesía cristiana en relación con los modelos antiguos paganos.

Esta universal utilización de los odres viejos para contener y hacer gustar el nuevo vino tiene un fundamento más profundo e íntimo. El desprecio de la Roma oficial hacia la nueva concepción *universalista* del mundo, tan antinacional, tenía su fundamento en el hecho de que el Cristianismo en un principio se hubiese limitado en su propaganda y extensión a los bajos estratos sociales. Mas muy pronto se trató no ya de ganar más adeptos entre las clases bajas o de confirmar en la fe a los ya convertidos, sino de disponer el mundo pagano a que, sin distinción, recibiera la fe cristiana ; para ello había que vencer al mundo pagano con las armas literarias del espíritu. Pero no podía lograrse esto, con éxito, sino tan sólo empleando bien las formas artísticas paganas ya tan perfectas y aun casi agotadas y los recursos todos de la retórica.

En la primera época predominó, como era natural, la apologética y propaganda : eran tiempos de lucha y de defensa. Pero mientras aparecen entre los griegos acérrimos defensores de las antiguas creencias, como Celso y Porfirio, son muy raros y aun tardíos tales escritores entre los latinos, si exceptuamos a Frontón (cfr. pág. 17) y a Simaes y los adversarios combatidos por Lactancio (cfr. pág. 41). Cuando en el siglo IV alcanzó su triunfo el Cristianismo en tiempo de Constantino, no siendo necesarios, al menos en tal grado como antes, tales medios de lucha, comenzaron las luchas heréticas entre los mismos cristianos y cada día se hizo sentir más la necesidad de una expresión definitiva y concreta de los dogmas de la nueva religión ; así es

como surgió una variada exégesis de la Sagrada Escritura, que fué adquiriendo cada vez mayor importancia en extensión e intensidad. El siglo IV, la edad áurea de la antigua literatura latino-cristiana, alcanza su momento culminante con la figura, verdaderamente genial, de San Agustín. Mas la decadencia comenzó rápida e inmediatamente pues los escasos teólogos que le siguieron, todos quedan, de grado o por fuerza, oscurecidos por él y apenas si tienen importancia alguna como escritores. En cambio nunca faltaron, en tiempos ya avanzados, poetas al Cristianismo; pero, como los epigonos de la literatura romana, careciendo de fuerza creadora e imaginativa, se limitan sólo a imitaciones formales: honrosa excepción hemos de hacer a favor de Prudencio y San Avito.

Cuando descendieron los cristianos a la arena literaria, Roma había perdido ya su rango de metrópoli espiritual (1) y, en la época siguiente, ninguno de los grandes Padres de la Iglesia Latina desarrolló su actividad literaria en la Ciudad Eterna. Correspondió la dirección, en primer lugar, a Africa, más tarde a otras provincias, las Galias, España. A fines del siglo IV podía decir San Agustín, con cierto orgullo patriótico-regional, que en la literatura latina sólo dos ciudades habían ejercido la hegemonía, Roma y Cartago *(duae urbes litterarum Latinarum artifices, Roma atque Carthago)*; y al decir esto no quería establecer un paralelismo cronológico, sino significar que la literatura pagana había

(1) Véase GUDEMAN, *Historia de la Literatura latina*. COLECCIÓN LABOR, núms. 98 y 99.

cedido ya su señorío y lugar a la cristiana: Roma había tenido la pagana, a Cartago correspondía, ahora, el cetro literario de la cristiana.

Si se exceptúa a Tertuliano, Lactancio y Comodiano, los escritores cristianos, aun cuando ya no se trataba de apologética y propaganda, aspiraron por todos los medios a una forma artística, a la posible perfección estilística; y esto se nota aun cuando a veces vemos su misma incapacidad literaria. Pero aun entonces estuvo muy lejos de ellos el perseguir, pura y exclusivamente, un fin artístico o estético-literario. En efecto; a pesar de la interminable variedad de asuntos, si hacemos ligeras excepciones, siempre fueron la Biblia, los dogmas del Cristianismo o los problemas cristológicos, los fundamentos firmes e inmutables de todas las manifestaciones literarias. De esta suerte los autores cristianos forman, en cuanto al fondo (materias tratadas; modo de desarrollarlas), un *nuevo frente cultural* (de ideas) *único* en contraposición al de las concepciones nacional-romanas o griegas; todo esto sin negar la variedad y multitud de dependencias que ligaban al Cristianismo (en literatura) con el pasado paganismo. En tal hecho histórico se funda la diferencia de ambas literaturas, aunque tengan puntos de contacto y usen los mismos medios y formas lingüísticas. El abismo espiritual que separa a las dos concepciones del mundo, tan diversas, permanece siempre infranqueable, no obstante influencias y manifestaciones comunes o análogas.

La historia de la literatura cristiana no es una historia de los dogmas; por ello, aun señalándole límites

más concretos y concisos de los que nos hemos fijado, no podría ser su finalidad poner de relieve el contenido teológico de las obras principales ; tal plan sería además irrealizable sin pesadas repeticiones. Labor del historiador de la literatura debe ser estudiar la evolución de cada escritor, indicar los puntos históricos, estéticos y estilísticos, juzgar la tendencia literaria de las obras, poniendo de relieve sus fuentes y la dependencia relativa de cada autor y llegar a precisar su influjo en la posteridad.

No separamos la prosa de la poesía porque los dos géneros literarios ya desde el siglo III, perdida casi por completo la distinción entre ambos, olvidadas o no tenidas en cuenta sus diferencias específicas, se entremezclan y aun confunden de tal modo en todos sus aspectos (fondo, lengua, retórica) que casi no queda ya otro criterio de distinción sino sólo el *metro*, que las más de las veces ya no es *verso latino* al estilo antiguo.

La monumental *Patrología latina*, de Migne, que comprende todos los escritores antiguos latino-cristianos (desde Minucio Félix a San Isidoro) está formada nada menos que por 80 volúmenes en folio. Supera, por lo tanto, a toda la literatura pagana, no obstante contar ésta 400 años más de existencia. Causa de tal desproporción es que, principalmente, de la antigua literatura latina nos han quedado muy contados restos. Los límites de este volumen nos imponen, por lo tanto, una estudiada selección. Además merece también notarse que, desde el siglo V, no pocos escritores latinos eran ya fieles cristianos ; mas no por ello sus obras son de carácter,

exclusiva o predominantemente, cristológico : por ello hay autores, como Ennodio, Draconcio, Venancio Fortunato y Casiodoro, que no figuran en este libro sino en el tomo III (1) de mi, ya citada. *Historia de la literatura latina.*

---

(1) Esta y otras referencias al tomo III de la *Historia de la Literatura latina* las referimos a la traducción castellana, hecha por Carlos Riba, publicada en Colección Labor, en un solo volumen doble 98-99 : esta circunstancia obliga en las citas de nuestra traducción a señalar las páginas ; la referencia se hace con la abreviatura Hist. — *N. del T.*

Prólogo del traductor

La literatura cristiana occidental, durante varias generaciones, fué completamente griega, no sólo en sus fuentes y procedimientos, sino también en su expresión. De Oriente había venido la luz y la buena nueva vino predicada en la lengua griega que era la culta de entonces y sobre todo la usada en la Diáspora por los judíos. Pasó mucho tiempo hasta que el latín pudo, en el aspecto oficial de la Iglesia, parangonarse con el griego y todavía hubo de pasar un nuevo espacio de tiempo hasta que el latín se sobrepuso plenamente al griego y se convirtió en lengua oficial y litúrgica.

Claro es que siempre, dada la constitución de las poblaciones de Occidente, aun admitido el griego como la lengua oficial y litúrgica, coexistió junto a él la lengua latina como usada por el pueblo, de suerte que todas las comunidades cristianas occidentales fueron más o menos bilingües.

Puede decirse que el cambio oficial de las lenguas coincide con el momento de darse la paz a la Iglesia, pues tuvo lugar en el paso del siglo III al IV. Este hecho — la fijación de la época del cambio lingüístico — tiene mucha importancia, pues explica en gran parte, supuesta la cronología, el hecho de que no se halle literatura primitiva latina, dirigida a polémicas con los gentiles o a discusiones con herejes.

Pero si Roma, a quien nos venimos refiriendo, usaba oficialmente la lengua griega, era ésta desconocida plenamente en las provincias (las Galias, España y Africa) y aun en algunas partes de Italia. Esto explica suficientemente no sólo que en estas provincias se predicara en latín, y la liturgia empleara el latín, sino también el hecho de que sean provinciales casi todos los escritores latinos que integran la historia literaria cristiana. De aquí también la imperfección de la latinidad con que aparecen las

obras literarias ; la lengua variaba según las regiones, y los escritores cristianos preferían los barbarismos a la confusión, ya que se había de buscar y propagar la verdad, no la elegancia.

Aun cambiada la lengua, las ideas y explicaciones continuaban, en su esencia, siendo griegas ; fué San Agustín quien subordinó todo a la plena latinización, haciendo independiente de la griega la producción literaria y el tecnicismo teológico de la Iglesia occidental

Los cristianos no podían aceptar las manifestaciones literarias de los paganos ; el teatro estaba lleno de inmundicias e inmoralidad, pues se llevaban a la escena los vicios más repugnantes y las acciones y conversaciones que no se podían presenciar y mantener ni aun en los lugares más secretos. Además, tales manifestaciones iban unidas con la veneración y culto de los dioses ; otro tanto sucedía en las escuelas donde la mitología y leyendas heroicas eran el auxiliar para formar a los niños. De aquí la aversión a la cultura pagana, no en lo que tenía de literaria, sino en cuanto que se servía de las bellezas literarias principalmente para inculcar en los jóvenes la vaciedad, mentira e inmoralidad que todavía se apoyaban en una aparente devoción a los falsos dioses.

Fué, pues, preciso que también los cristianos se dedicasen al cultivo de los géneros literarios para contraponer sus ideas en bella forma a las paganas ; y como lo predilecto era la poesía, pues en ésta eran formados los niños y con ella se deleitaban los mayores, no cesaron hasta oponer poemas bellos, plenamente cristianos, a los tan bellos, literariamente, de los paganos. De aquí la imitación clasicista que caracteriza a la poesía cristiana del siglo IV hasta llegar a Prudencio que es el verdadero creador de la poesía cristiana, clásica en la forma y esencialmente religiosa en el fondo. Era necesario cantar en formas clásicas, con la lengua y versos mismos de Virgilio, de Lucrecio y de Horacio la vida y palabras del divino Redentor, pregonar el heroísmo de sus mártires, los atletas de la nueva religión, mostrar la excelencia de la nueva filosofía que satisfacía a todas las exigencias del hombre dignificándole y realzándole : tal fué el cometido llevado a cabo por Juvenco, por Proba, por Prudencio y por San Paulino de Nola.

Las circunstancias en que hubo de desarrollarse el Cristianismo en los primeros siglos, los problemas intelectuales, mo-

rales, religiosos y sociales con que se había de encontrar no eran los más a propósito para facilitar la producción poética. Harto hacían con vivir y a lo más con exponer y defender la fe : *non loquimur magna, sed vivimus*, llegan a repetir hombres tan grandes, y de genio tan literario, como Tertuliano, Minucio Félix y San Cipriano. Sus razones tendrían para hablar así. No seamos, pues, exigentes, buscando en ellos las formas literarias más selectas.

Ni ha de extrañarnos la falta de creaciones poéticas en las manifestaciones literarias. Además de las razones apuntadas debían obrar así los poetas, pues era su obligación oponer a las narraciones mitológicas y heroicas, contenidas en las poesías clásicas que servían para temas de instrucción y erudición, los temas de la nueva verdad, del Evangelio, que los confesores ratificaban y los mártires sellaban con su sangre.

I. El siglo II-III

Inicia la serie bajo los más favorables auspicios un diálogo no muy extenso, justamente señalado como áureo, el *Octavius* de **Minucio Félix**. La obra debe su conservación a una rara casualidad. En un manuscrito parisién del siglo IX, y a causa de una absurda confusión con « *octavus* » y por la analogía de su contenido, fué agregado como libro « octavo » a la obra en siete libros de Arnobio, *Adv. nationes* (cfr. más adelante) y salvado con ésta, de la pérdida. El autor, un abogado de exquisita cultura, muy versado en literatura griega y romana, había nacido en Africa, pero ejerció su profesión en Roma. De su vida sólo sabemos que, con su íntimo amigo y compatriota Octavio, se convirtió al Cristianismo ya en avanzada edad.

Cuando Minucio escribió sus Diálogos, Octavio no existía ya, y es muy posible que esta obra fuera un monumento erigido a su memoria. Empero, el estímulo inmediato o exclusivo no debió ser la muerte del amigo. Si los datos no nos engañan, la Oración de Frontón contra los cristianos, a la que expresamente se hace referencia en dos ocasiones (c. 9, 6 ; 31, 2), hizo concebir a Minucio el plan de publicar una réplica en forma de

diálogo, en la que a Octavio se le asignaba el doble papel de impugnar a los adversarios y defender el Cristianismo. Es incomprensible que se haya discutido el hecho de que la época y motivo del coloquio sean imaginarios, lo mismo que el contenido, que va fluyendo únicamente de la memoria del autor. En contra de este género de información histórica se expresan la historia de este género literario (el diálogo) desde Platón, el tono didáctico que caracteriza a estos diálogos y pensamientos tomados especialmente de las obras de Cicerón, *De natura deorum* y *De divinatione*, pero sobre todo el hecho de que Octavio examine y refute punto por punto y sucesivamente las afirmaciones de su adversario pagano, notas todas ellas que difícilmente concuerdan con la hipótesis de un improvisado duelo oratorio acaecido poco tiempo antes en la playa de Ostia, el puerto de Roma. Imagina, pues, el autor que él y Octavio encuentran durante un paseo al pagano Cecilio, amigo de ambos. Después de un breve coloquio, pónese a discusión libre el tema a tratar. Para limitar la controversia a dos oradores, recurre Minucio al artificio de ofrecerse como juez, aunque en realidad es parte, pero al final de la conversación da a ésta un cierto giro que le dispensa de la necesidad de emitir su juicio. Cecilio aparece como primer orador. Discute en primer término que los incultos cristianos estén en situación de exponer y fundamentar una nueva concepción del mundo, porque el conocimiento de Dios y de la verdad tropieza con las mayores dificultades. Afirma que la historia de la creación es un fantasma, y la creencia en la predes-

tinación, filosóficamente inconsistente. No existe, por consiguiente, razón fundada para declinar la tradicional y fecunda religión patriarcal en favor de las disparatadas doctrinas de los cristianos, pues en ellas se habla de un incendio universal que ha de destruirlo todo, acabando plenamente con el mundo, de la absurda doctrina de la resurrección, del premio y del castigo en otra vida. Vienen a continuación las acusaciones y cargos ya desde largo tiempo acumulados sobre los cristianos por razón de la inmoralidad de su vida, por su sentimiento antinacional y por las misteriosas y nefastas ceremonias de su culto. Por fin, adúcese la triste situación de los cristianos como prueba de que su Dios, tenido por omnipotente, es incapaz de ayudarlos. En lo referente al misterio de la Divinidad, no debemos nosotros buscar un fundamento, sino darnos por satisfechos con un *ignoramus et ignorabimus*. Es muy verosímil que en la Oración de Cecilio, parte del material de acusación fuera tomado del escrito de Frontón, pues solamente suponiendo esto, tiene sentido, según el antiguo método de citas, la constante referencia a esta obra. Las fuentes primarias de ambos, como no menos las afirmaciones de Octavio hechas con independencia de Frontón, eran indudablemente griegas ; pero no nos es posible citar los correspondientes autores. La réplica de Octavio, mucho más amplia, está sustentada por un entusiasmo seguro del triunfo, sentimiento que se refleja también en un estilo grandilocuente. Caracteriza al orador el recurso, más tarde empleado con frecuencia, de invocar filósofos y poetas paganos como culminante testimonio

del ideario de las concepciones cristianas, y aludir al evemerismo (cfr. Hist. l. l., 37-38) contra los dioses paganos. También la creencia en los demonios, que ya entonces contaba con vastos desarrollos (cfr. Hist. l. l., 291), ocupa una parte importante de las argumentaciones, lo mismo que en otras apologías de época posterior. Cecilio declárase vencido, y los pasados adversarios se separan alegremente.

Lo que distingue esta primera apologética cristiana en lengua latina de todas las siguientes, a pesar de la concordancia de todas ellas en muchos aspectos, es la falta de contenido dogmático de aquélla. Nunca se habla de doctrinas específicamente cristianas, ni se citan pasajes bíblicos, y hasta el nombre de Cristo se evita con cuidado. Ya Lactancio señaló la perturbación consiguiente a esta falta de ideas cristológicas, y los modernos se han quebrado muchas veces la cabeza buscando las presuntas razones del hecho. Empero, la solución del enigma está lograda ya hace mucho tiempo. El autor pretendía, en primer término, influir sobre paganos cultos, que no hubieran mostrado gran afición o interés por la dogmática del Cristianismo, tan ajena a ellos, en la que se consideraba en detalle la Sagrada Escritura que les era desconocida, y en cambio habían de ser más accesibles a una disquisición filosófica y ética, sobre todo cuando ésta podía apoyarse en razonamientos ciceronianos y ser objeto de una obra literaria. El estilo de Minucio es, además, animado, transparente y dinámico, aunque este coetáneo de Apuleyo no pudiera mantenerse perfectamente libre del amanera-

miento gorgiano-sofístico, que se hallaba entonces tan en moda (cfr. Hist. l. l., págs. 265 y ss.). Así, muestra una especial preferencia por el asindeton trimembre y por algunos otros recursos retóricos efectistas, pero en cambio su gusto, afín al de Cicerón, le protegió contra los giros arcaicos de Frontón. A pesar de la máxima seriedad del contenido, este escrito está saturado de una viva exaltación. La agradable trama guarda un gran paralelismo con la de los proemios de Cicerón, y el final recuerda muy de cerca al diálogo oratorio de Tácito, con el que Octavio tiene también algunos puntos de contacto.

Las consideraciones que Minucio se creía aún obligado a tener no existían ya para un Tertuliano, el entusiasta representante de la *ecclesia militans*. Sin embargo, sus dos *Apologéticos*, que corresponden al año 197, van ligados con una violenta controversia, que ya cuenta con varios siglos de existencia, a la cual vamos a referirnos brevemente, pues aun no está apaciguada en la actualidad y ha provocado una literatura copiosísima. Trátase de la cuestión de si Tertuliano precedió a Minucio o viceversa, porque entre ambos se advierten numerosas y sorprendentes coincidencias. Como casi sin excepción se rechazó la hipótesis inmediata de la existencia de un modelo común, y solamente se reconoció la posibilidad de la utilización directa del texto del uno por el otro según se considerara a Tertuliano o a Minucio como imitador, estableciöse la fecha de redacción, con una inferencia subjetiva y precipitada, en tanto que no se demuestre la imposibilidad de un

origen común. Pero prescindiendo de esto han fracasado todas las tentativas de asignar a Octavio la prioridad, en el c. 18, 6, según el cual este texto debió ser redactado antes de la muerte de Vero, co-regente de Aureliano, es decir, antes de 169. Por otra parte el c. 21, 4, comparado con Tert. Apolog. 10, 7, Nat. 2, 12, demuestra de un modo irrecusable que estos últimos pasajes no pudieron servir de modelo a Minucio, pues Tertuliano se hizo culpable de un grave yerro, que no se encuentra en el pasaje, casi análogo, de Octavio. Él confundió en efecto al antiguo analista Casio Hemina con el famoso retórico Casio Severo, que vivía en tiempo de Tiberio. Además, cita en el mismo lugar a Tácito, a quien Minucio no nombra. Finalmente, presupuesta una relación de dependencia, la observación del escritor del diálogo respecto al uso de *dominus* (c. 18, 10) debe preceder cronológicamente a Tert. Apol. 34.

Este magnífico diálogo no ejerció una influencia duradera. Lactancio lo citó en una ocasión, pero no sin crítica (cfr. supra); San Jerónimo mostró su admiración por él, y el ensayo, justamente asociado al nombre de San Cipriano, *Quod idola dii non sunt*, es casi un plagio del de Octavio (c. 18 ; 20-22 ; 25-27 ; 32) y Tert. Apol. 21-23. Pero son escasos e inciertos ya los vestigios de su conocimiento por autores posteriores. La propaganda cristiana exigía un contenido más denso, una mayor violencia en el ataque.

La nueva fe encontró pronto la figura que necesitaba en Q. Septimio Florencio **Tertuliano**, uno de los corifeos de la literatura patrística latina. Pero mientras

Santos Cipriano, Hilario, Ambrosio, Jerónimo y Agustín fueron siempre columnas sólidas de la gran Iglesia ortodoxa, Tertuliano se hizo hereje por su adscripción al montanismo, y como tal aparece incluído en el catálogo de herejes de San Agustín. San Cipriano, que le llamaba su maestro, leía diariamente en sus obras y se asimiló su ideario a la perfección, no se atrevía a citarlo con su nombre, y en el llamado Decreto de Gelasio (siglo IV), un precedente del *Index purgatorius*, inclúyense los libros de Tertuliano entre los reprobados por la Iglesia.

El mismo San Jerónimo tuvo ya al parecer pocas referencias concretas respecto a la vida de Tertuliano, y las obras de éste, a pesar de su amplitud, escasean en noticias autobiográficas. Hijo de un centurión, nació en Cartago y vivió en Roma durante un cierto tiempo, actuando como jurista. Más tarde, no sabemos cuando, regresó a su ciudad natal, y permaneció ya en ella hasta su muerte, acaecida en muy avanzada edad, pero ignoramos la fecha exacta de este hecho, como la de su nacimiento y la de su conversión al Cristianismo. Sus años de apogeo corresponden, según San Jerónimo, a los reinados de Septimio Severo y Caracalla (193 hasta 217), y la misma fuente documental nos informa de que fué presbítero de la municipalidad. Aunque Tertuliano mismo se presenta en cierta ocasión como seglar, en uno de sus últimos escritos, ello no encierra contradicción alguna, como se ha imaginado, porque el biógrafo sólo le supone investido de aquel cargo « hasta su edad madura », y relaciona expresamente su misión

con la conversión al montanismo, que dió lugar a una plena ruptura con la Iglesia ortodoxa en el primer decenio del siglo III. Lo que determinó la animadversión hacia esta secta no fué su incorruptible rigorismo, sino la herética afirmación de que el Paráclito o Espíritu Santo podía ser comunicado a los creyentes, en éxtasis o en visiones de divina revelación, circunstancia que inducía a suponer que las revelaciones de Cristo y de sus Apóstoles necesitaban todavía un complemento.

El legado de este fecundo escritor (pues no todas sus obras, ni mucho menos, han llegado hasta nosotros, aunque sí las más importantes) se diferencia en dos grandes grupos de producciones : las premontanistas y las postmontanistas. Estas últimas muestran, por su parte, un rigor de doctrina siempre creciente, lo cual permite inferir deducciones acerca de la sucesión cronológica de las obras. Ninguno de estos escritos puede fecharse más allá del segundo decenio del siglo III. Así, pues, si el dato de San Jerónimo respecto a la avanzada edad de Tertuliano descansa sobre una tradición fidedigna (cfr. supra), mucho tiempo antes de su muerte dió paz a su pluma, obligado acaso por un súbito eclipse de sus energías mentales, hipótesis que además parecen autorizar las mismas palabras de San Jerónimo *(decrepitam aetatem)*.

La iniciación de su actividad literaria está constituída por las dos obras apologéticas ya citadas : *Ad nationes*, en dos volúmenes (incompleta), y el *Apologeticus*. Esencialmente análogas en cuanto al contenido, la primera de estas dos obras se dirige a los paganos, y la

segunda simula un discurso dedicado a los gobernadores provinciales. La diferencia de público a que el autor destinaba estas apologías presta a dichas obras una coloración diferente. En *Ad nat.* domina un apasionado tono de lucha, mientras que en el *Apologeticus* el autor intenta, por lo menos, convencer. Como era costumbre, divídense estos escritos en dos partes principales ; una refutación de la religión y costumbres paganas, y una defensa de la concepción cristiana y del régimen de vida de esta religión, frente a las acusaciones paganas. Fueron sus fuentes, apologistas griegos como Taciano y Teófilo, o bien originales que ya no se conservan ; en *Ad nat.* utilizó frecuentemente los *Rerum divinarum libri*, de Varrón. Como sucediera ya con Minucio Félix, también éste halló en los antiguos filósofos y poetas algunos atisbos de la doctrina cristiana ; así en *De testimonio animae* comprueba la existencia de análogas premisas en las creencias populares paganas, aunque, como siempre sucede en Tertuliano, se recurre a rebuscadas sutilezas y a manifestaciones tendenciosas.

Entre los tratados dogmáticos, caracterizados todos por un pronunciado tono polémico, figura en el primer período (de su actividad literaria) el *De prescriptione haereticorum*, áspera refutación de cada herejía, cuya comprobación ha facilitado mucho a la Iglesia el considerar como tal cualquier divergencia, por pequeña que fuera, con respecto a la doctrina de los Apóstoles. El escrito posee para nosotros gran interés psicológico a causa del punto de vista herético que posteriormente adoptó este autor. Así como el verdadero cristiano no

se separa ni un ápice de la fe ortodoxa, ni debe hacerlo, así también el autor, si es necesario, la defenderá con su sangre. Este criterio conduce al escrito *Ad martyres*, que no es sino entusiasta panegírico del martirio. Igual finalidad tienen dos escritos de controversia redactados más tarde : *Scorpiace*, cuyo título, al parecer tan especial, designa como escorpiones venenosos a los sectarios, contra cuyo aguijón quiere Tertuliano procurar un antídoto, y *De fuga in persecutione*, escrito en el que acremente se censura a quienes por cobardía rehuyen la gloriosa muerte de los mártires.

Pero no es sólo la fe lo que separa, como profundo abismo, cristianos y paganos ; también todas sus costumbres y régimen de vida deben establecer entre ambos una infranqueable barrera. A explicar y demostrar esto dedica Tertuliano un cierto número de escritos ascéticos. En *De spectaculis*, prohíbese a los creyentes la concurrencia a los espectáculos públicos, como una costumbre pagana y desmoralizadora. Sólo les está permitido el espectáculo del Juicio final, que el autor pinta con inflamada exaltación. El escrito es hostil a la cultura, aunque no tanto como el *De idolotria*, pero para nosotros posee gran valor por la erudición que atesora, tomada en parte de la vasta *Ludicra historia*, de Suetonio (que no nos ha llegado). *De cultu feminarum* censura los afeites de la mujer, en dos libros ; el libro segundo no es sino estudiada reedición del primero. *De baptismo* trata de las cuestiones relacionadas con el bautismo, *De oratione* contiene una explicación del *Padre nuestro* y ofrece prácticas reglas de conducta relativas

al rezo, y un elocuente elogio del mismo. *De poenitentia* trata del arrepentimiento y confesión de los pecados. *De patientia* de la correspondiente virtud cristiana, que emana inmediatamente de Dios y posee una peculiar eficacia curativa. La circunstancia de que Tertuliano ensalce una propiedad que él no posee en lo más mínimo, la justifica el autor afirmando que sólo el enfermo suele darse perfecta idea del bendito don de la salud. Aproxímase a las concepciones montanistas el escrito *Ad uxorem*, en dos libros, en los que se manifiesta enemigo de las segundas nupcias así como de los matrimonios mixtos contraídos entre paganos y cristianos; todavía formuló contra el segundo matrimonio una prohibición más áspera en sus posteriores tratados *De exhortatione castitatis* y *De monogamia*. La obra termina de modo efectista, con una cálida exposición de la vida conyugal estrictamente ajustada a los preceptos cristianos.

Cronológicamente tan sólo, pero no por su contenido, corresponde al segundo período la carta escrita el 12 de agosto del 212; es una admonición al gobernador africano Scapula, para que en lo sucesivo se abstuviera de perseguir a los cristianos. Es muy dudoso que las razones alegadas hicieran la más pequeña impresión sobre el ánimo del destinatario. En *De corona*, defiende Tertuliano la sorprendente negativa de un soldado cristiano a dejarse ceñir las sienes, según era costumbre, con la honorífica corona que le habían otorgado. La prueba es sofística y burda, pero revela gran erudición clásica, que el autor tomó de una obra especial, ya perdida, de Claudio Saturnino *sobre las coronas*.

Los demás escritos tienen carácter dogmático-antiherético o puramente ascético. Entre los primeros figuran *Adv. Hermogenem* y *Adv. Valentinianos*, donde con las armas dialécticas más contundentes, y con gran desprecio hacia los adversarios, se combaten a fondo las doctrinas gnósticas. Afín a éste es el tratado *De anima*, la primera psicología cristiana y teoría del conocimiento, en lengua latina. Prescindiendo de las consideraciones puramente cristianas, que pueden considerarse del acervo espiritual de Tertuliano, una parte no pequeña de este escrito inspirado y magistral descansa en la obra de igual nombre, en cuatro libros, del famoso médico griego Sorano (de la época de Adriano); también Varrón y Hermippo de Beirut con su obra *Sobre los sueños*, le procuraron abundante material. Su producción más extensa son los cinco libros de *Adv. Marcionem*. Era éste un armador, oriundo del Ponto pero residente en Roma. Por una comparación del Antiguo y del Nuevo Testamento había llegado a la convicción de que el Dios de ambos no podía ser el mismo, y expuso los resultados de su investigación en una obra titulada *Antitheses*. Conducían éstas a consecuencias cuya aceptación hubiera sido grave amenaza para la Iglesia. La nueva doctrina de Marción había hallado ya entonces numerosos partidarios, y su rigorismo superó todavía al montanismo no menos herético de Tertuliano, pues el fundador de la secta defendía el celibato de todos sus miembros, exigencia que fué llevada a la práctica, tan sólo mil años más tarde, por la Iglesia católica, convirtiendo el celibato en perfección

obligatoria de todos los ordenados *in sacris*. La réplica, caracterizada por un vigor ideológico incomparable, destreza dialéctica, trama sofística y celo apasionado, puso pronto fin al ulterior desarrollo de esta amenazadora herejía. Mucho menos éxito tuvo la discordia promovida entre nuestro escritor, siempre dispuesto a la lucha, y su adversario antimontanista Praxeas, en cuestiones relativas al dogma de la Trinidad, que, como es sabido, por espacio de varios siglos había de continuar siendo un problema profundamente controvertido. En dos escritos afines por el contenido : *De carne Christi* y *De carnis resurrectione* intenta Tertuliano explicar, aun con un criterio fisiológico, la doctrina ortodoxa del virginal nacimiento de Cristo ; razonar asimismo la verdadera resurrección corporal del Crucificado, procurando defenderla.

Ocúpanse de la vida práctico-ascética, además de los ya referidos tratados sobre el matrimonio, una serie de otros escritos, por ejemplo, el *De virginibus velandis*, un tema que Tertuliano había desarrollado ya en griego. Sin que valga razón alguna o excusa en contrario, defiende el autor, aun por razones morales, que las doncellas deben estar veladas en la Iglesia. En *De ieiunio adv. psychicos* — refiérese a los antimontanistas — se trata de justificar respecto del ayuno una tendencia muy rigurosa frente a otra menos rígida. Con no menos celo reconoce Tertuliano en *De pudicitia*, como tolerable, el perdón de los pequeños pecados, cometidos antes del bautismo.

Indudablemente su producción intelectual más notable es el tratado *De pallio*, cuyo material probatorio,

abigarrado y frecuentemente traído por los cabellos, está en relación indirecta con el nimio motivo que se persigue. El autor, no sabemos por qué causas, había cambiado la toga romana por el manto griego, hecho que causó gran sorpresa. Para defender este paso, no sólo se asignan al traje griego toda clase de raras excelencias, sino que además se le asigna un profundo simbolismo. El colmo de una grotesca falta de gusto se alcanza al introducir en la obra el *pallium* como personaje que habla y defiende su propia causa. El escrito se caracteriza, además, por el retorcimiento del estilo y por un afán de innovaciones lingüísticas que apenas si tiene igual ni en el mismo Tertuliano. Con justicia ha sido señalada esta obra como la más difícil y oscura de la lengua latina, y, totalmente, nadie la ha comprendido hasta ahora, ni el mismo Salmasio, que le dedicó un comentario prolijo y erudito (1640).

En Tertuliano hallamos un hombre de ardor invencible y apasionado, con un apasionamiento rayano en lo patológico, y que en la literatura universal acaso no encuentra ejemplar más paralelo que el de Lucrecio (cfr. Hist. l. l., 76 ss.). En su fanático celo religioso y en su afán por la lucha no se asustaba ante las tergiversaciones más tendenciosas ni ante las mayores sutilezas sofísticas con tal que pudieran ayudarle a lograr el triunfo. La ironía y la burla mordaz, lo mismo que la censura, le sirven como acreditadas armas para la aniquilación del adversario. Enemigo irreconciliable de todos los compromisos o de las medidas de prudencia, persigue sin temor, hasta sus consecuencias más extre-

mas, el anhelado fin. Lo que anteriormente decía César de Bruto: « *Quidquid vult, valde vult* » (lo que él quería, lo quería enérgicamente), puede afirmarse en grado sumo de Tertuliano. Esta devoción abnegada hacia una idea, una vez reconocida por él como verdad, explica también algunas extrañas contradicciones de su carácter. Así él, en un principio detractor de todas las herejías, convirtióse sin proponérselo en un hereje reprobado por la Iglesia, y siendo un hombre igualmente versado en la literatura nacional griega y romana — Tertuliano es, con San Jerónimo, sin duda alguna, el escritor cristiano más erudito — transformóse en un pensador que adoptó una posición hostil frente a toda la cultura profana. Finalmente, Tertuliano, saturado por la convicción de sus propias ideas y razonamientos, creyóse autorizado para poder renunciar a una forma externa agradable, no cuidando para nada su estilo, peligroso error que opuso un gran obstáculo a su influencia, como ya hizo notar San Jerónimo.

Podemos representarnos el desacreditado estilo de Tertuliano, acerca del cual ya Lactancio emitió un des favorable juicio, como una kaleidoscópica mezcla de neologismos a veces muy atrevidos, profundas alteraciones en la acepción de palabras comunes, y numerosos grecismos y vulgarismos, tanto en el léxico como en la sintaxis. Sus frases son muy ásperas y la transición de sus ideas resulta borrosa por la falta de partículas. Sin embargo, no puede negar el antiguo jurista su formación completamente retórica, y no en vano es un contemporáneo de Apuleyo. Innumerables

son los paralelismos que establece, profunda su aversión a las antítesis, y a pesar de la forma aceleradísima del discurso encontramos a cada paso juegos de palabras, rebuscados y de poco gusto, y artificios retóricos empleados con mucha frecuencia, caracteres estilísticos todos ellos no muy en armonía con el profundo contenido ideológico, que no se dirigía, como en el caso de San Cipriano o en las predicaciones de San Agustín, al numeroso pueblo fiel. No es fácil de resolver la cuestión de hasta qué punto la causa de este hecho es una cierta falta de sensibilidad estética. Su oscuridad, que como en el caso de Amiano (cfr. Hist. l. l., 314) no pudo ser premeditada, no ha de atribuirse a incapacidad literaria; debe ser referida principalmente a la circunstancia de que la plenitud y profundidad de sus nuevas ideas exigía nuevas formas de expresión, una terminología cristológica. Haber realizado esta genial misión constituye el mérito inmarcesible de Tertuliano. Es éste, en una palabra, si no el escritor más original, por lo menos el más rico lexicógrafo de la literatura cristiana. Para hacer accesible la riqueza de sus ideas a la comprensión general, y facilitar así su tránsito a la posteridad, sus escritos, mientras no estuvieran en conflicto con la Iglesia ortodoxa, fueron primeramente sometidos a una fundamental exégesis, y vencidas en lo posible las enormes dificultades que hacían angustiosa su lectura. Impúsose esta misión San Cipriano, a cuya elaboración literaria debe Tertuliano, por extraño que parezca, una buena parte de la influencia que sus obras han ejercido en las épocas subsiguientes.

Tascio Cecilio Cipriano, que se supone nacido en Cartago, donde permaneció, excepto breves temporadas, toda su vida, dedicóse, como lo hicieron más tarde Arnobio, Lactancio y San Agustín, a la profesión de retórico, circunstancia que había de ejercer no poco influjo en el carácter estilístico de sus escritos. Sólo en edad avanzada, como Minucio Félix, Tertuliano y San Agustín, se convirtió al Cristianismo ; hízose presbítero, y hacia 249 fué elegido obispo. Su carácter suave, enemigo de todos los extremos y anhelante de paz, sus eminentes dotes de caudillo, no menos que sus condiciones de orador y su pleno dominio de la lengua latina, justifican esta elección en el más alto grado. Pero la brevedad de su vida después de la conversión coincidió con una época de graves persecuciones a los cristianos por parte de Decio (249) y Valeriano (257), y de varios cismas y luchas intestinas de la Iglesia, sucesos ante los cuales necesariamente tenía que adoptar una posición el importante episcopado cartaginés, dando a la acción práctica y literaria de San Cipriano una orientación independiente de sus deseos. Ya hacia 250 se sustrajo al martirio por medio de la fuga, en abierta contradicción con sus propios principios y con las doctrinas de su maestro Tertuliano, proceder que le fué duramente reprochado por el clero romano y que nuestro autor trató de justificar alegando que su amada comunidad hubiera sido privada, a causa de su muerte, del necesario apoyo en tan apurados momentos. Pero su tranquilidad no duró mucho. Pocos años más tarde fué condenado después de un breve proceso, y ejecu-

tado en 13 de septiembre de 258, muriendo por fin adornado con la aureola del martirio, circunstancia que, sin duda, determinó en gran parte la validez canónica de sus escritos — se les concedía entonces un lugar casi semejante al de la Biblia. La corona de mártir debió ser también la causa de que le fueran falsamente atribuídos numerosos escritos a los que se deseaba dar la máxima difusión, sucediendo esto en una extensión superior a la de ningún otro escritor latino, aun a Plauto y a San Agustín.

Las obras auténticas de San Cipriano, compuestas todas ellas en el espacio de diez años, se distribuyen en dos grupos, *Tratados* y *Epístolas*, grupos cuya línea divisoria es algo indefinida, ya que los escritos del primero están dirigidos a determinadas personas, mientras que los del segundo alcanzan con frecuencia una gran extensión. También es en extremo especial el caso de escritos llenos de unción, que pueden denominarse verdaderos sermones. De los 14 Tratados, el titulado *Ad Donatum* es el más antiguo, acaso con una excepción. El recién convertido proyecta en él una entusiasta descripción del sistema cristiano y de la bienaventuranza, en manifiesta oposición con el mundo pagano, que pinta con los más sombríos colores. El escrito denuncia en muchos pasajes al antiguo retórico. El estilo es amanerado, y contaminado con todos los vicios de la segunda sofística, pero, no obstante, flúido, y como todo cuanto procede de su pluma, también las ideas están claramente dispuestas. En *Ad Demetrianum*, inmediatamente sugerido por la desoladora peste que irrumpió en el año 253,

considerada como un castigo de los dioses paganos hacia los cristianos que los despreciaban, intenta el autor, lo mismo que más tarde Arnobio y, mejor que ninguno, San Agustín y Orosio, rechazar la añeja acusación de que los cristianos eran responsables de todas las calamidades del presente: para ello vuelve esta misma arma contra sus rivales. A la objeción de que los cristianos mismos resultan afectados por todas las miserias, replica que éstos cosecharán en una vida futura la recompensa de sus dolores, pacientemente soportados, y que por tal razón no temen la muerte. Parecidas ideas se desarrollan en otro tratado, el *De mortalitate*. Poseen un carácter edificante, a modo de predicaciones, *De opere et eleemosynis*, y *De zelo et livore*. Tiene carácter e importancia dogmática el tratado *De catholicae ecclesiae unitate*, que especialmente se dirige contra herejes y apóstatas, a quienes insta a tornar, arrepentidos, al seno de la bienaventurada Iglesia. A los voluntaria o forzosamente separados del Cristianismo por razón de las persecuciones, dedica el escrito *De lapsis*, que desarrolla una cuestión, palpitante entonces, de disciplina eclesiástica. Cipriano sólo permite la reintegración de aquellos que apostataron de la nueva fe por el martirio u otra imposición. Pero aun éstos deben ser sometidos a penitencia. En los tres tratados siguientes, avanza Cipriano, como ya indican los títulos, siguiendo las huellas de su maestro Tertuliano, *De habitu virginum*, *De dominica oratione*, y *De bono patientiae* (véase anteriormente), cuyas ideas diluye en parte, pero mediante una exposición más fácil

haciéndolas accesibles a un más amplio núcleo de lectores. Interesante por la contradicción que supone entre sus convicciones teóricas y su conducta práctica es el escrito *De exhortatione martyrii*, en la que cierto número de afirmaciones sobre tal materia se fundamenta recurriendo a pasajes bíblicos. Muestran una distribución semejante los tres libros de *Testimonia adv. Iudaeos* en donde cada afirmación es también comprobada y demostrada mediante citas bíblicas. Es ésta una colección de materiales muy abundante y de importancia puramente práctica, aunque sin valor literario, pero las numerosas citas de la Biblia desempeñan un importante papel para la historia de las traducciones prehieronimianas las llamadas *Itala*. Finalmente, nos referiremos con brevedad al escrito *Quod idola dii non sunt* (véase pág. 22). Por su servil dependencia de Minucio Félix y Tertuliano ha solido considerársele apócrifo. Falta en los tres catálogos conservados de los escritos de San Cipriano, pero San Jerónimo, que conocía las dos obras anteriores y tenía un fino sentido para las diferencias estilísticas, no sólo no quedó sorprendido por el plagio, sino que incluso le dedica grandes elogios. Tampoco San Agustín puso en duda la paternidad literaria de San Cipriano. Suscítase la hipótesis de que en esta apología nos hallamos ante su primera obra cristiana, circunstancia que explicaría la falta de personalidad, aunque también en otros casos San Cipriano, como ya hemos indicado, solía entrar a saco sin repugnancia en las obras de sus predecesores. Semejante proceder no atraía en la Antigüedad reproche alguno a un

escritor; pues en la utilización de la propiedad intelectual ajena, no sólo en la forma sino plenamente en ella y en su contenido, podían todos traspasar impunemente las fronteras que nosotros consideramos como admitidas.

La colección de epístolas contiene 81, de las cuales, empero, 16 están dirigidas a San Cipriano. Entre sus destinatarios, el más importante es el cismático Novaciano, y a él suelen atribuirse con razón algunos de los escritos que se han incluído en el *Corpus ciprianeo*, como *De spectaculis* y *De bono pudicitiae*. Algunos de los escritores utilizan, y ello es interesante en extremo, la lengua popular sin falsear, e. e., auténtica, tal como se escribía ordinariamente sin retoque alguno o artificio estilístico. Estas cartas son una fuente principal de nuestro conocimiento relativo a la historia de la Iglesia en aquella época, porque Cipriano deja oír su importante voz en todas las cuestiones y controversias, especialmente en las relativas a los apóstatas, al bautismo de los herejes, y a los cismas de Novaciano y Felicísimo. Como todas las colecciones epistolares latinas, con la única excepción de las ciceronianas, fueron éstas también dirigidas desde un principio a un gran público; por eso son escritos que están muy cuidados de estilo. Como ya hemos indicado, en la mayoría de los casos sólo externamente (el título o dirección y alguna alusión) se mantiene la forma de cartas; en realidad se trata de folletos teológicos en los que el autor desarrolla sus opiniones con toda amplitud.

No son ideas nuevas, creadoras, ni en la dogmática ni en cuestiones relativas a ética cristiana, las que San

Cipriano nos plantea ; y además sus escritos, en general, no obedecen a un impulso meramente interior, sino que siempre se deben a un acontecimiento externo, a una circunstancia que demanda la carta o exige el escrito. Estos productos del momento no suelen tener más que un éxito efímero. Si en San Cipriano sucedió lo contrario (cuanto al éxito), se debe a que el contenido de sus escritos tuvo para la Iglesia un interés transcendental, superior al momentáneo de su escritura, pues como doctor de la Iglesia ya no bastaba un Lactancio ; claro que, después de la aparición de San Agustín, su influencia quedó extinguida por completo. Lo que hasta en los últimos tiempos le permitió ganar continuamente un entusiasta círculo de lectores fué, además de la exposición fácil de sus escritos moralizadores, el estilo en que estaban redactados. La manera oratoria sofística con sus figuras retóricas, y con su rebuscada sonoridad y fraseología, no sólo correspondía al gusto de la época, sino al de la Edad Media ; su *lactea plenitud*, que recuerda a Livio, encantaba todavía a Casiodoro, y compensó a la posteridad de la falta de ideas propias, aun habiéndose filtrado tantas cosas del rico tesoro de Tertuliano.

II. El siglo IV-V

En el primer decenio apareció la apología cristiana más amplia en lengua latina. Su autor **Arnobio**, era antes de su conversión un acreditado retórico, profesor de retórica en Sicca del Africa. Movido por la visión que tuvo en un sueño convirtióse al Cristianismo, que antes había combatido violentamente. Pero el obispo le negó el bautismo hasta que «diese una prueba fehaciente de su piedad» (San Jerónimo), que mostrara claramente la rectitud y nobleza de sus miras. A este objeto escribió los siete libros *Adv. nationes* o *gentes* (contra los paganos). En el libro I, refuta la calumnia, ya antes de él combatida por Minucio y San Cipriano, de que desde la aparición del Cristianismo el mundo estaba sumido en infortunios. Demuestran la naturaleza divina de Cristo los milagros realizados por Él, y la veracidad de su doctrina la rápida e incesante difusión del Cristianismo. En el libro II, muestra, según el procedimiento de Minucio Félix, que en los escritos de los filósofos paganos contiénense ya atisbos y conceptos del Cristianismo, a lo cual se agrega una minuciosa exposición referente al alma (c. 14-33,) cuya salvación sólo está garantizada por el Cristianismo. En

los libros III-V, fustiga Arnobio el mundo de los dioses paganos con sus contradicciones, ridiculeces e inmoralidades. Ocupa un espacio muy amplio en esta parte la exposición y crítica del mito de la gran Madre de los dioses y de la leyenda de Atthis (V, 5-17), cuyo culto e interpretación alegórica ya había señalado Lucrecio en un famoso pasaje (II, 600-645) como engañosa e ignominiosa. La *alegoresis*, este primitivo recurso, propio de las leyendas mitológicas, fué inicialmente empleado por Filón el judío y después por Orígenes en la exégesis de la Biblia, y posteriormente, con San Hilario y San Ambrosio, desempeñó en Occidente un papel tan importante como, a veces, poco científico (aun desde el punto de vista teológico). Por esta razón es muy digno de tenerse en cuenta el hecho de que tanto el cristiano Arnobio como el poeta pagano refutaran en este caso aquel procedimiento de explicación, aunque no por las mismas razones. En los libros VI-VII son objeto de violentos ataques los otros cultos paganos y cuanto estaba relacionado con ellos, como absurdos sacrificios, coronaciones, juegos, fiestas en los templos y culto a las imágenes.

Esta apología libelística, llegada hasta nosotros solamente por un manuscrito, fué ya objeto en la Antigüedad de una justa y áspera crítica, pues adolece de graves defectos, tanto en el contenido como en la forma. La idea que Arnobio tenía de las doctrinas del Cristianismo es muy superficial; y sus datos, frecuentemente falsos o erróneos. Desconoce por completo el Antiguo Testamento; y, aun en cuanto al Nuevo, sus manifesta-

ciones, por ejemplo las relativas a los milagros de Cristo, autorizan a sospechar que ni siquiera había leído los Evangelios. Añádase a esto un estilo que, aunque en verdad no suscita dificultades insuperables para su comprensión a causa de la pasada actividad profesional del autor, es muy desagradable por otras muchas cualidades. Distínguese ante todo por una ilimitada verbosidad y por un gran rebuscamiento en cuanto a las imágenes. Especialmente característica es su preferencia por extensos asíndeton (en II, 23 por ejemplo 12; en II, 48 hasta 16) y la acumulación de preguntas retóricas (en II, 38, por ejemplo, 14 con *quid*), por anáforas y quiasmos. En II, 39-42 comienzan nada menos que 12 pruebas con *idcirco animas misit, ut*. En conjunto, estas disquisiciones psicológicas del volumen II constituyen un rico tesoro de magistrales ejemplos retórico-estilísticos. La erudición arcaica desplegada en la obra no es pequeña, y como, con frecuencia, mediata o inmediatamente, procede de fuentes antiguas e interesantes que ya no se conservan, como por ejemplo, Varrón, Granio Flaco y Cornelio Labeón ; por esto es Arnobio, para nosotros, un arsenal de conocimientos reales especialmente sobre las ideas religiosas y las costumbres litúrgicas de la Antigüedad.

Discípulo de Arnobio fué Cecilio **Lactancio** Firmiano, también nacido en Africa. A principios del siglo debía poseer ya cierto prestigio como retórico, pues Diocleciano le nombró profesor de elocuencia de Nicomedia en Bitinia. Fué sin duda allí donde se desilusionó de las creencias paganas, circunstancia que hasta ahora se

ha puesto algo en duda, pero de otro modo no se explica que el Emperador, enemigo de los cristianos, le hubiera designado para ser profesor. Por ser la población predominante griega, el retórico latino debió tener allí un muy reducido número de discípulos, circunstancia que le indujo a dedicarse a escritor. Es mucho más verosímil que la persecución de Diocleciano le obligara a renunciar a su cargo, que abandonó, como la ciudad Nicomedia, hacia 305, para volver a Bitinia después de muchos años y sólo de un modo transitorio. Relaciónase con este hecho la penuria de su situación económica durante el resto de su vida. Ya en la ancianidad, próximamente hacia 317, Constantino le encargó la educación de su hijo Crispo, a la sazón de 10 años, en Tréveris, y a quien más tarde su mismo padre mandó matar (año 326). Nada más sabemos del ulterior destino de Lactancio.

Como escritor desplegó una fecunda actividad, pero bajo su nombre solamente conservamos seis obras. De éstas, la de mayor valor histórico, aunque la más tendenciosa, es la invectiva *De mortibus persecutorum*, que sin razones convincentes ha sido considerada apócrifa. Tiene por objeto el relato del fin de todos los emperadores hostiles al Cristianismo, desde Nerón (68) hasta Galerio (311) y Maximino (313). En cambio, los 85 Dísticos *De ave Phoenice*, que se atribuyen a Lactancio (aunque sólo desde el siglo VI), no pueden considerarse como suyos, siendo preciso atribuir la prioridad temporal a la poesía del mismo título compuesta por Claudiano (cfr. Hist. l. l., 334). La famosa y difundida le-

yenda de la muerte y resurrección de este pájaro maravilloso, está cristianizada en este autor, como en los posteriores, y transformada en un simbólico paralelo de la muerte y resurrección de Cristo, elaboración alegórica de que fueron objeto muchos temas paganos.

Su obra principal son las *Divinae Institutiones*, en siete libros, de los cuales ha llegado hasta nosotros un *Epítome* bastante libre, preparado por el mismo autor. Motivo inmediato del escrito fueron los violentos ataques de que el Cristianismo fué objeto por parte de un filósofo y de un juez, cuyos nombres han sido callados por Lactancio; pero éste los ha caracterizado con tal precisión que su identificación no produjo a los contemporáneos dificultad alguna. Dos razones pudieron motivar esta conducta. Acaso por motivos apologéticos prefirió callar el nombre de los autores para no atraer sobre éstos la atención de los lectores posteriores. De otra parte, debió parecerle mucho menos peligrosa la refutación de un anónimo adversario, y esto tanto más si el jurista en cuestión era, como se presume, aquel Hierocles que ya entonces, en Bitinia, desempeñaba un elevado cargo, y que fué quien instigó a Diocleciano a perseguir a los cristianos. Sólo breves indicaciones podemos hacer respecto al contenido de esta obra, cuyo copioso contenido está dividido admirablemente en numerosos epígrafes. Trata el libro I de la falsa religión, el II de su origen, y en él se combate el politeísmo pagano. El volumen III, titulado « Sobre la falsa sabiduría », combate las infecundas y erróneas especulaciones y teorías de los filósofos, a los cuales se opone, en

el libro IV, como verdadera filosofía y religión la concepción cristiana del mundo. El libro V, « Sobre la equidad », ocúpase de la edad dorada, que una vez existió, cuyo fundamento era la veneración de un dios. El politeísmo, que sobrevino después, dió lugar a una decadencia moral del género humano, que sólo puede contenerse mediante el verdadero conocimiento de Dios y la justicia de la concepción cristiana del mundo. En el libro VI, « Sobre el verdadero culto », diseña el autor una ética que no se basa en el principio de la presunta utilidad, sino en una vida cuyos actos sean agradables a Dios, quien da la recompensa en el cielo. Esta « bienaventurada vida » constituye el objeto del libro último, que remata con una fantástica descripción del reino milenario y del Juicio final.

Esta apologética, cronológicamente, se halla situada entre dos obras menores. La más antigua, *De opificio dei*, trata de la previsión divina, condicionada por la razón de objetividad, en la formación del cuerpo y del alma del hombre, demostrándose esto por una minuciosa descripción anatómica del organismo humano y por consideraciones de orden psicológico. El tratado posterior, *De ira dei*, dirígese contra la doctrina epicúrea, que niega en absoluto afectos a los dioses, y la de los estoicos, que sólo reconoce a la Divinidad la bondad y la clemencia. Estas cualidades reclaman, empero, como inevitable complemento la ira, pues, solamente por el temor de Dios, se mantendrían los hombres dentro de los ámbitos de una vida piadosa.

No era Lactancio una naturaleza apasionada por la lucha, aunque combatiera a fondo, con absoluta convicción y gran celo, los errores paganos. El fin principal que se proponía ante todo no era razonar dogmáticamente en todos sus aspectos la concepción cristiana del mundo — así lo reconoció ya justamente San Jerónimo — sino más bien arrojar una viva luz sobre su contenido ético. Más bien que afirmar la fe de los ya convertidos, pretendía, según el procedimiento de Minucio Félix, atraer al Cristianismo a los espíritus cultos que aun militaban en el paganismo, y, como dice en cierto pasaje (Inst. V, 4), deshacer de una vez sus acusaciones. Como uno de los medios de propaganda más eficaces para conseguir este objeto, considera él un estilo que satisfaga la sensibilidad estética, pues una manera de escribir sobria como, por ejemplo, la de la Biblia, más bien ha de repugnar que atraer a un público habituado a la prosa perfecta, hecho que comprueba de un modo definitivo un escritor de tanta importancia como San Agustín (véase más adelante). Con una imagen tomada de Lucrecio dice también Lactancio que el borde de la copa debe estar impregnado de la dulce miel de la revelación cristiana, a fin de que tenga mejor gusto la áspera medicina de la verdad que se ha de tomar más tarde. Como ningún otro escritor de toda esta época supo mantener sus oídos cerrados por completo contra el canto de las sirenas del dominante amaneramiento, tomando como modelo estilístico a Cicerón, circunstancia que revela un buen gusto sumamente raro en su época, máxime cuando su maestro

Arnobio, como ya indicamos oportunamente, careció por completo de un sentido estilístico refinado. Todavía es más digno de admiración el éxito con que Lactancio emuló a su gran maestro Cicerón. Es, indudablemente, aun sin exceptuar a Hilario, y según el patrón clásico, el más eminente representante de la prosa artística latina en el período post-adriáneo de la literatura. Por eso se concibe que fuera especialmente celebrado durante el Renacimiento, época del ciceronianismo. Pico de la Mirándola le llamó el *Cicerón cristiano*, y en su entusiasmo llegó hasta el extremo de situarlo por encima de éste. En cambio, la Iglesia ortodoxa, por las razones indicadas, tuvo por él menos simpatía, y en el ya citado Decreto de Gelasio, sus escritos llegan a aparecer en la lista de libros reprobados, censura que no ha afectado en nada a la difusión y popularidad de estas obras.

Minucio Félix y aun el mismo San Cipriano habían presentido instintivamente, Lactancio y San Hilario exigieron ya de un modo inexcusable que también las eternas verdades del Cristianismo debían ser presentadas en forma artística vaciadas en moldes clásicos cuanto a la forma, para que su atractivo y fuerza de convicción pudieran desplegarse de un modo pleno y obtener todos los efectos posibles. Esta persuasión tenía que conducir a poner también la poesía al servicio de la propaganda cristiana ; desde un punto de vista análogo, Séneca (Epist. 108) y los antiguos estoicos habían elogiado ya la oratoria rimada, elogio al que en el siglo v se sumó el poeta Sedulio. Era indudable que el primer ensayo habría de consistir en revestir la historia bíblica

con el épico ropaje del hexámetro, antes de consagrarse a la misión, mucho más difícil, de elaborar poéticamente la apologética, la dogmática y la ética del Cristianismo. No menos comprensible es que Virgilio, maestro canónico del estilo épico, sería el señalado como modelo a imitar, no obstante el carácter pagano de su obra. La opinión frecuentemente exteriorizada de que los primitivos cultivadores de la poesía cristiana no tenían otro propósito que desterrar con epopeyas bíblicas a Virgilio el pagano, no resisten una prueba suficiente, aunque acaso tuvieran aquellos poetas la presunción de hacer obras similares a las virgilianas ; Virgilio no sólo fué, hasta tiempos muy distantes de él, la base inconmovible de la enseñanza gramatical y retórica en todas las escuelas cristianas, sino que se mantuvo también respecto a todos los épicos posteriores como el modelo insuperable, aunque no faltaron corrientes opuestas a él durante la Edad Media. Pero no privaba este último criterio cuando en la época que estudiamos tuvo lugar la primera creación poética, cuando se llevó a cabo la primera epopeya cristiana de gran éxito y considerable extensión, que nos ha sido transmitida : es virgiliana.

Nos referimos a la composición de la llamada « Historia evangélica » *(Evangeliorum libri IV)*, en unos 3,200 hexámetros, de la que es autor el presbítero español **Juvenco**, y que fué producida durante el reinado de Constantino, hacia 330. En atrevido prefacio (27 versos) manifiesta el poeta que si Homero y Virgilio, aunque cantores de leyendas engañosas, adquirieron fama

inmortal, su propia obra no sólo sobrevivirá a los cataclismos del mundo, sino que él mismo como poético nuncio de verdades consolidadas, escapará sin ser condenado en el Juicio final. Juvenco sigue en esta versión con absoluta fidelidad casi exclusivamente el texto del evangelio de San Mateo. El léxico y la técnica de los versos permiten reconocer en todas partes la influencia virgiliana, pero ocasionalmente también utilizó otros poetas, como Lucrecio, Horacio, Ovidio, Lucano y Estacio. Pero como el material léxico pagano no siempre alcanzaba a expresar el contenido ideológico cristiano, vióse Juvenco muchas veces obligado a arriesgar neologismos, misión para la cual se mostró tan bien preparado, que tales innovaciones tomaron carta de naturaleza en la poesía artística de los cristianos posteriores. Sus innegables dotes poéticas limítanse, no obstante, a lo puramente formal, aunque la falta de fantasía e inventiva puede en parte atribuirse al texto casi obligado, a la materia tradicional, de la que no le parecía prudente apartarse mucho. Cuando la pauta por él seguida tiene un carácter menos prosaico, elèvase también Juvenco con gran amplitud, pero esto mismo sólo sucede gracias a una extraña acumulación de virgilismos, por ejemplo, en II, 23-62, 123-242; III, 45-132; IV, 355-537, 690-775. Además, ni Juvenco ni sus numerosos continuadores llegaron a adquirir el convencimiento de que el difícil *curso* del hexámetro virgiliano raras veces es adecuado para la elaboración poética de los relatos de la Biblia, por cuya causa la conmovedora sencillez del original casi desaparece por completo en

esta versión poética, y hasta, en parte, se transforma en todo lo contrario. Pero la posteridad, al parecer, no ha sentido ni comprendido este hecho. Para el lector cristiano, el Evangelio era familiar desde su primera juventud, y así se comprende que hasta fines de la Edad Media fuera admitido el arte de un Juvenco, quien sabía revestir con versos sonoros una materia de todos conocida.

Ya hizo notar San Jerónimo que **Juvenco** « no hizo sino traducir casi literalmente — *pene ad verbum* —, en hexámetros, los cuatro evangelios (según la *Itala*) ». Es muy natural que así sucediera, pues, como ya hemos indicado, las circunstancias exigían caminar muy pegados a la fe cristiana ; por lo cual aun los géneros épicos debían tener preeminentemente una finalidad didáctica. Juvenco, pues, no inventó nada ; se limitó a seguir o extractar el texto evangélico. He aquí una prueba clara de ello: veamos como reproduce el *Magnificat :*

> Magnificas laudes animus gratesque celebrat
> Immensi Domino mundi, vix gaudia tanta
> Spiritus iste capit, quod me dignatus in altum
> Erigere ex humili celsam, cunctisque beatam
> Gentibus, et seclis voluit Deus aequus haberi.
> Sustulit ecce thronum saevis, fregitque superbos,
> Largifluis humiles opibus ditavit egentes.

Como se ve, Juvenco no realizó — es posible que hubiera sido capaz — una nueva obra poética, una creación literaria ; pero su versificación es fácil y flúida, reproduce con bastante exactitud el colorido de la narración bíblica. Su prosodia en general es correctísima, si exceptuamos las licencias propias de aquella época. Todavía, pues, podemos continuar los modernos, haciendo nuestro el juicio tan exacto que San Dámaso formulara sobre Juvenco : « Item Iuvenci nihilominus laboriosum opus non spernimus, sed miramur. »

Las notas intercaladas en el texto, impresas en tipo pequeño, son ampliaciones del Traductor.

Su lengua es bastante pura, sobre todo si tenemos en cuenta la época en que vivió y la novedad y dificultad de la materia que había de presentar en forma poética ; de aquí el que a veces se vea obligado a emplear algunas palabras en un sentido completamente distinto del clásico y aun a introducir, latinizadas con mayor o menor acierto, palabras tomadas a la liturgia y semitismos o helenismos admitidos en el texto de los Evangelios. Necesariamente había de suceder así, pues no podía ser fácil pintar con una lengua antigua un ambiente completamente nuevo, fundado en una visión de la vida y de los destinos humanos totalmente distinta de la que estaban acostumbrados a contemplar los escritores paganos.

Nueva prueba del interés con que los cristianos querían, en cuanto fuera posible, imitar a Virgilio o servirse de él, nos la ofrecen los *Centones* de Virgilio, esto es, poesías — o colecciones formadas con versos de Virgilio — con intención de probar o cantar hechos que no estuvieran ni pudieran estar presentes a la imaginación e inteligencia del poeta. Así Tertuliano nos cuenta que un pariente suyo, Osidio Geta, formó su tragedia *Medea* con versos sacados todos de Virgilio. Ausonio escribió un *Centón* nupcial, dedicado a su amigo Paulo con una carta en la que expone claramente el procedimiento y reglas que se han de guardar para llegar a la formación de un centón. Los centones eran uno de los ejercicios literarios más frecuentes en las escuelas ; se empleaban para ejercitar a los alumnos, obligándoles así a conocer el mayor número posible de autores antiguos.

Prescindiendo del centón de Pomponio *Versus ad gratiarum actionem* que cristianizó al Títiro virgiliano, merece especial mención el centón de Proba, que tanto se propagó. Estaba formado con versos virgilianos precedidos de otros quince hexámetros en que era dedicado al pontífice San Dámaso. San Jerónimo, poco amigo de tal género literario que consideraba « como cosas pueriles y entretenimiento de juglares », no pudo menos de elogiar dicho poema *Virgilianis coaptatum versiculis*. Se compone el centón de dos partes, estando dedicada la primera parte al Antiguo Testamento (creación, pecado original, crimen de Caín, el diluvio) y la segunda parte al Nuevo (nacimiento del Redentor, muerte de los Inocentes, tentaciones, la tempestad en el lago, condena y muerte de Jesús, su resurrección y ascensión al Cielo). La imitación pretende ser tan virgiliana que el alma es llamada *aetherius sensus* ; el infierno, *tartarus* ; los ángeles, *zephiri*.

La influencia de Virgilio, superior a toda ponderación, sobre la poesía cristiana, manifiéstase de un modo casi pavoroso en el centón épico de **Proba**, esposa del prefecto municipal romano Adelfio, obra del año 351. Contiene, en forma muy resumida, la narración del Antiguo Testamento, desde la Creación hasta el Diluvio, y del Nuevo la historia de la Pasión de Cristo hasta la Resurrección. Los 694 hexámetros están salpicados de Virgilio, hecho que sobre todo tuvo la consecuencia de hacer desaparecer casi todos los nombres propios bíblicos. El trabajo, puramente mecánico, abunda además en falsas interpretaciones y oscuridades de todo género, pero, no obstante, logró penetrar en la escuela, acaso porque el centón servía de iniciación simultánea al conocimiento de Virgilio y de la Biblia, pudiendo realizarse a la vez esta doble faena. No es posible asegurar que la composición épica, anteriormente redactada, de la lucha entre Constancio y Majencio, sea igualmente un centón virgiliano, pues de esta obra nada se conserva.

Un caso característico es el constituído por los Epigramas del papa **Dámaso** (366-384), el mismo que estimuló a San Jerónimo, antes que nadie, para su traducción sensacional de la Biblia, la llamada *Vulgata*. Es, además, el único Papa poeta hasta León XIII. Su musa sirvió para fines puramente prácticos, de edificación ; en la mayor parte de los casos, se trata de inscripciones sepulcrales, especialmente en las Catacumbas, que él restauró, abriéndolas a los peregrinos de los tiempos futuros. También compuso inscripciones

poéticas de consagración para edificaciones religiosas. Los versos panegíricos, referentes a santos y mártires, poseen un interés histórico cultural, porque muchas veces de ellos proceden las numerosas leyendas de mártires, pero estos epigramas no tienen valor poético alguno ni en cuanto al contenido ni, lo que aun es más sorprendente, en cuanto a la forma, que acusa muy pronunciados defectos.

Se distinguió San Dámaso por la decidida protección con que distinguió a San Jerónimo y le animó a trabajar en la Vulgata y por su gran actividad en construir iglesias y cuidar las catacumbas.

Los epigramas a que nos hemos referido, se denominaban — según la costumbre ya pagana — *tituli*. Muchos de ellos fueron esculpidos, con gran cuidado y elegancia, por el calígrafo Furio Dionisio Filocalo ; de aquí el nombre de *damasiana* o *filocaliana* con que se conoce tal escritura caligráfica. No se han conservado todas las inscripciones en sus piedras, pues muchas nos son conocidas sólo por copias posteriores, por centones o siloges epigráficos.

Es un alfabeto elegantísimo con rasgos curvilíneos graciosos y bien formados. Los caracteres son cuadrados y bajos, y se distinguen por rasgos que a veces parecen más propios de un calígrafo que escriba en pergamino que de un epigrafista que cincele en el duro mármol.

El nombre completo del insigne calígrafo-epigrafista aparece en el elogio de San Dámaso al mártir San Eusebio (en las catacumbas de San Calixto) :

FURIUS DIONYSIUS FILOCALUS SCRIBSIT
DAMASI SUI PAPAE CULTOR ATQUE AMATOR

Dichas poesías, aunque presenten no pocas incorrecciones poéticas (prosodia), son muy interesantes para la historia y, aun como producción literaria, representan ya un gran progreso dentro de la idea cristiana. La poesía llegará a su apogeo con Prudencio, cuyo genio se despertó en gran parte al contemplar las composiciones de San Dámaso.

Otro género de poemas, en general muy breves, eran los dedicados a mártires y santos ; el más largo de todos — en honor de San Pablo — tiene sólo 26 versos hexámetros. Escribió asimismo, en prosa y en verso, acerca de la virginidad.

Cuanto al estilo damasiano valgan estas palabras del gran arqueólogo y epigrafista de Rossi : « En ellos (versos de San Dámaso) se nota el continuado empeño de usar la fraseología y hasta el centón virgilianos ; su tesoro fraseológico es un perpetuo e invariable cielo, y aun repetición, de muchos y numerosos hemistiquios. » He aquí la servil imitación, pretendida, de la poesía virgiliana :

Tityre tu fido recubans sub tegmine Christi
Divinos apices sacro modularis in ore
Non falsas fabulas studio meditaris inani.

Después de una enconada lucha, el Concilio de Nicea (325) declaró herético el arrianismo, que únicamente admitía la semejanza esencial del Hijo con el Padre, en contraposición a la doctrina de la Iglesia, que defendía la igualdad de ambos. Pero esta declaración no llevó en mucho tiempo la paz a los espíritus. Durante otros dos siglos perduró la lucha, pues los arrianos tuvieron en un principio un poderoso apoyo en las hordas germánicas de Occidente, e incluso emperadores, como Constancio y Teoderico, enérgicos obispos como Saturnino en las Galias y Auxencio en la Italia septentrional, estaban adscritos a esta secta. A su derrota final debe atribuirse que sólo pocos de sus escritos de controversia hayan sido salvados para la posteridad, pero aun así parece ser que entre los arrianos no existieron talentos de gran relieve. En cambio, la Iglesia ortodoxa puede gloriarse de nombres tan esplendentes como los de San Hilario, el « Atanasio de Occidente », San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín

y el poeta Prudencio, que figuran entre los corifeos de la literatura cristiana y fueron contemporáneos todos ellos.

Antes de ocuparnos de estos autores, hemos de referirnos, siquiera brevemente, a un hombre notable, el obispo Lucifer, de Cagliari en Cerdeña. Era una naturaleza de pasiones desmedidas y exaltado celo religioso, con ciertos rasgos semejantes a Savonarola y a Abraham de Santa Clara. Fanático adversario de toda la cultura mundana, servíase deliberadamente de la lengua popular, por lo que sus escritos son un rico compendio del latín vulgar de su tiempo. Están dirigidos, desde su destierro de Palestina, al emperador Constancio, a quien ataca con insospechada violencia. Como antes Tertuliano, su impaciente rigorismo le condujo, a pesar de ser irreconciliable enemigo de los arrianos, a una final ruptura con la Iglesia. Murió en 370-371. Estilista deleznable, que por añadidura saqueaba las fuentes sin escrúpulo, falto de espíritu, ignorante e incapaz de exponer de un modo consecuente sus convicciones teológicas, solamente debe la conservación de sus escritos a la circunstancia de haber sido el violento representante de una causa victoriosa.

Una de las figuras más robustas de la *ecclesia militans* es, en cambio, Hilario de Poitiers. Descendiente de una noble familia pagana, después de terminados los estudios comunes a la sazón, convirtióse, según parece en los años de juventud, al Cristianismo, que ofrecía a sus exigencias religiosas una satisfacción más cumplida que las viejas creencias. Se desconoce la fecha

de su nacimiento, pero como en 355 llevaba ya algunos años desempeñando el episcopado y murió entre 375 y 377, debió nacer aproximadamente en el primero o segundo decenio del siglo IV. Convencido partidario del símbolo niceno, pronto se puso en conflicto con Saturnino, metropolita arriano de Arlés. Consiguió éste en un principio deshacerse de su vigoroso adversario, difamándolo en la Corte y siendo causa de su destierro. Hilario se trasladó a Frigia, participó con entusiasmo en las contiendas religiosas con los arrianos, y tuvo a la vez ocasión de procurarse un profundo conocimiento de los escritos polémico-dogmáticos griegos, que tuvo en cuenta para componer, todavía en el destierro, su obra magistral *De trinitate* o *De fide*, en doce libros. Como miembro de una embajada sinodal a Constantinopla intentó mediante una memoria obtener del emperador Constancio una audiencia, para disuadirle de los errores arrianos. No habiéndolo logrado, escribió una invectiva contra el Emperador, pero no se atrevió a publicarla hasta la muerte de éste. Sus enemigos arrianos y los enconados detractores del símbolo niceno, como Lucifer, determinaron su reintegración a las Galias (360). Ya en ellas reanudó Hilario la lucha contra Saturnino con no menor energía, y esta vez con éxito total, pues Galia fué ganada para el catolicismo ortodoxo. Una disputa análoga con el obispo arriano de Milán, Auxencio, predecesor de Ambrosio, fué llevada con tanta acritud que el emperador Valentiniano I intervino y expulsó del país a quien parecía representar — así al menos lo creía el Emperador — una ame-

naza para la paz de éste. La historia de esta lucha fué descrita por Hilario en su obra *Contra Auxentium.*

Además de los citados escritos antiarrianos, y de algunos otros, Hilario, siguiendo el modelo de la escuela alejandrina, en especial de Orígenes (siglo III) compuso, por vez primera en lengua latina, cierto número de comentarios a los Salmos (incompletamente conservados), al libro de Job (perdido) y al Evangelio de San Mateo, que de un modo lleno de fantasía, por no decir fantástico, explican alegóricamente el texto, constituyendo un extravío exegético de insospechada influencia. Con ayuda de este mismo método, arbitrario, hizo en *De mysteriis,* como de los fragmentos de la obra se deduce, el intento (siguiendo también modelos griegos) de mostrar el Antiguo Testamento como un texto plagado de veladas alusiones a Cristo y a sus doctrinas. Otros escritos suyos han desaparecido, y algunos se han acogido a su famoso nombre : entre estos últimos figuran también, acaso con tres excepciones, numerosos himnos. Una colección de poemas de este género fué ya conocida por San Jerónimo, y la fama de haber sido el primer himnógrafo latino no puede negarse a Hilario; el mismo San Isidoro (siglo VII) lo considera expresamente como tal.

Hilario es un entendimiento perspicaz y un pensador de gran destreza dialéctica, que supo traducir a un latín asequible los complejos conceptos ideológicos, a veces demasiado intrincados, de sus predecesores griegos, pues dominaba el griego como acaso ningún otro padre latino, sin exceptuar a San Jerónimo y a Tertu-

liano. Sus disquisiciones especulativas, especialmente cuando parece desarrollar ideas propias, no pueden considerarse muchas veces exentas de oscuridad, circunstancia que no estriba tanto en una defectuosa capacidad de estructuración literaria como en el hecho de que el lector actual, insuficientemente preparado en teología, considera difícil enfrascarse en especulaciones que muchas veces están construídas sobre sutilezas. Como ya hemos indicado, el mismo Hilario posee la convicción de que una exposición escrita no sólo debe estar redactada en forma asequible, sino también de un modo que sea adecuado a la dignidad de la materia, y en general supo observar en alto grado estas exigencias. Su estilo es muy variable y se amolda fácilmente al carácter de la materia, evitando en lo posible la hinchazón y el oropel retórico. A la larga encontramos en él períodos transparentes, que hubieran satisfecho incluso a un Cicerón. San Jerónimo pretende que Hilario, en sus doce libros *De fide*, fué un imitador de Quintiliano. Atrevido parecerá poner en duda el juicio de tan competente crítico en materia de estilos, pero una minuciosa comprobación ha dado por resultado que sus observaciones sin límites descansan muchas veces sobre una débil base. Sea, sin embargo, como quiera, lo cierto es que la poderosa influencia ejercida por Hilario sobre sus contemporáneos perduró gracias a sus escritos durante mucho tiempo. El gran empeño de toda su vida, que por fin vió logrado con lisonjero éxito, el de hacer que en definitiva su patria gálica abjurara el arrianismo, apareció en todo su pleno valor

ante las generaciones sucesivas y dió lugar a que la fama le señalara como taumaturgo; tal lo describe todavía en el siglo VI un escrito panegírico de Venancio Fortunato.

Su contemporáneo y compatriota Ambrosio (muerto en 397) más joven y famoso que él, es entre los grandes Padres latinos el único que ya pertenecía a una familia cristiana. Para un hijo de patricio — su padre, muerto prematuramente, desempeñó en las Galias uno de los más altos cargos — tuvo este hecho no pequeña importancia. Formado por completo en las concepciones cristianas, fuéronle ahorradas desde un principio las graves luchas espirituales por que hubieron de pasar, por ejemplo, Tertuliano, Cipriano, Paulino y Agustín, antes de que en el Cristianismo hallaran la salvación que apetecían. Pero mientras éstos, como inmediato resultado de su conversión, pusiéronse al servicio de la Iglesia, y sus escritos, como reminiscencia de sus crisis morales, revelan una nerviosa inquietud, y con frecuencia un extremado ardor en su apasionada creencia, Ambrosio se dedicó en un principio a la carrera política. Cuando, contra su voluntad, vióse obligado a renunciar a ésta, supo mantener como príncipe de la Iglesia su equilibrio espiritual y una suprema paz, aunque con energía incesante hubo de combatir las doctrinas y corrientes hostiles a la Iglesia, valiéndose de la palabra y de la pluma. Ambrosio recibió su esmerada cultura profana en Roma, a donde se había trasladado su madre, y sus dotes oratorias muy pronto reveladas le permitieron hacer rápidos progresos en la

carrera pública. Ya hacia el año 370 fué investido con el cargo de gobernador en las provincias Liguria y Emilia, con residencia en Milán. Cuando en 374 murió Auxencio, obispo arriano de esta ciudad, suscitóse una enconada lucha acerca de su sucesión. El seglar Ambrosio acertó a reconciliar los partidos, pero con gran sorpresa suya éstos eligieron a él, su pacificador, como obispo, aunque a la sazón era todavía catecúmeno. Durante largo tiempo resistióse a reconocer esta repentina elección como un mandato de la Providencia. Accedió finalmente, y con el sentido del deber, que le era peculiar, se dedicó en cuerpo y alma, hasta su muerte, a su nueva misión. Como él mismo testimonia, preocupóse en primer término de adquirir los conocimientos teológicos que le eran necesarios, circunstancia que no debe ser menospreciada al juzgar sus obras. Ambrosio exaltó paulatinamente el episcopado milanés hasta convertirlo en el más influyente y poderoso de Occidente. En sus luchas contra el arrianismo y contra las imposiciones de la tolerancia religiosa, este hombre impávido supo hacer valer con éxito frente a la Corte las pretensiones de la Iglesia, siendo ejemplo característico de ello aunque no único caso, la oración *Contra Auxentium.* Así sucedió, por ejemplo, que quedó victorioso en la áspera refutación de que hizo objeto a la famosa petición de Símaco referente al altar de la Victoria (cfr. Hist. l. l., 328) ; fué una de tantas ironías de la historia que Símaco mismo recomendara su adversario a San Agustín, retórico a la sazón, aportando así impensadamente al Cristianismo el hombre que

estaba llamado a convertir la *ecclesia militans* en *ecclesia triumphans* (véase más adelante). Pero la gran hazaña de Ambrosio, aunque entonces sólo fué apreciada como un gesto animoso y filantrópico, fué la penitencia impuesta al Emperador por la feroz hecatombe de 7000 hombres en el circo de Tesalónica, en el año 390. Este hecho estableció el primer fundamento sólido para una jerarquía que superaba a la más alta autoridad temporal, tal como debía realizarse en los pontificados de un Gregorio VII y de un Inocencio III.

La actividad literaria de Ambrosio, como la de Cipriano, surgió casi exclusivamente de las necesidades prácticas y de los intereses de la cura de almas de su episcopado ; la mayoría de sus obras proceden de predicaciones. Entre sus obras exegéticas, cuyos caracteres principales son la *allegoresis* y una dependencia, servil muchas veces, de las fuentes griegas, merece citarse especialmente el *Examerón*, en seis volúmenes, que emanado de nueve predicaciones, relata la historia de la Creación, tal como aparece en el Génesis. Persigue principalmente fines de edificación, pero numerosas descripciones de la Naturaleza y relatos de la vida de los animales prestan a la obra cierto encanto literario. En cuanto al contenido, Ambrosio, como San Jerónimo expresamente testimonia, tuvo en cuenta a Orígenes, Hipólito y San Basilio, pero también utilizó a Filón el judío y a Suetonio. El *Examerón* es obra de su edad ya muy madura, por lo que la fecha de 340, habitualmente admitida para él, debe ser algo rebajada. Entre sus escritos anteriores figura el tratado *De paradiso*,

donde la explicación alegórica da lugar a una esplendorosa floración. Gran impresión causó su identificación de los cuatro ríos con las cuatro Virtudes cardinales de la ética griega (la templanza, el valor, la sabiduría y la equidad) que a su vez corresponden a cuatro períodos históricos, el último de los cuales está constituído por el Cristianismo. Filón es también en este caso una de sus fuentes principales, mientras su polémica contra Apeles — un contemporáneo de Tertuliano — parece haber sido tomada en sus rasgos principales de algún otro autor griego o latino.

Posee un carácter discordante el escrito, bastante abigarrado, *De Abraham*, pues el autor recurre en el libro primero a una explicación ética, y en el segundo, por el contrario, a la alegoría. Una vez más es Filón el fundamento de su obra. Entre los demás escritos de edificación merecen citarse su exégesis del Salmo 118 porque es, entre todos, el comentario más amplio (alrededor de 500 páginas) que la literatura cristiana puede señalar referente a una sola obra. Poseen interés desde el punto de vista de la historia de la cultura, sus violentos ataques contra la usura de su tiempo en *De Tobia*, y contra la embriaguez en *De Helia et ieiunio*, donde se hace con gran relieve la descripción de un banquete, revelando lo antiguas que son estas fiestas propias de los estudiantes de algunos países.

De cinco tratados auténticamente ético-ascéticos, cuatro están dedicados al elogio de la virginidad, y uno al del estado de viudez. Estas eficaces predicaciones fueron publicadas por Ambrosio a instancias de su her-

mana Marcelina, que había tomado el hábito. El gran interés eclesiástico del asunto consiste en el culto de María y en la exaltación por la vida ascética y llena de santa unción llevada a cabo por hombres y por mujeres, como ya denotan claramente con el curso de su vida Jerónimo, Rufino, Prudencio y Paulino, si bien las ideas básicas aparecen ya en Tertuliano. Pero la obra más famosa de San Ambrosio es la titulada *De officiis ministrorum*, en tres libros. Es la primera ética cristiana puramente práctica, y, hasta muy entrada la Edad Media, siguió siendo un vademécum para el clero. Lo que erige esta obra en una de las manifestaciones únicas de su género y altamente interesantes aun para los teólogos, es la tentativa, en ella hecha, de adecuar los libros pagano-filosóficos de Cicerón *De officiis* a la moral cristiana. Ambrosio no estaba preparado en modo alguno para realizar esta difícil misión, pues el asunto no podía resolverse sustituyendo mecánicamente pasajes paganos por medio de citas de la Biblia. Así, solamente podía surgir una estructura amalgamada, en la que la concepción pagana y la cristiana se yuxtapusieran materialmente sin compenetrarse. No es extraño que semejante sincretismo fracasara, pero sí lo es, en cambio, que una época que tanta hostilidad mostraba por todo lo pagano, acogiera esta obra con general aplauso, aunque estilísticamente la aproximación, por lo común muy estricta, al original ciceroniano, prestara al conjunto un carácter estilístico algo abigarrado. No ofrece duda alguna que sólo se conservan pocos escritos dogmáticos verdaderamente auténticos de Ambrosio, y

entre ellos ocupa el primer lugar la obra sobre la Trinidad, *De fide*, que en su última relación fué ampliada a cinco libros. Los dos primeros fueron redactados a instancias del emperador Graciano, y los restantes representan una réplica al ataque del obispo arriane Paladio. Para esta materia tan frecuentemente tratada, no aportó Ambrosio nuevos puntos de vista. A sus fuentes usuales agrégase, en este caso, un inmediato contemporáneo, el famoso maestro eclesiástico alejandrino Dídimo el Ciego.

No es, pues, extraño que sus escritos denuncien plenamente un vigor y sabiduría plenamente romanos, iluminados por el amor del Cristianismo. Aunque conocía muy bien los autores griegos cristianos, no se perdía en sus teorías y elucubraciones, sino que utilizaba toda su doctrina con fines completamente prácticos. Una gran parte de sus escritos y explicaciones exegéticas no son sino sermones y discursos dirigidos al pueblo. Su gran cultura literaria se nota claramente por sus conexiones con los clásicos griegos y romanos, principalmente con Virgilio, por sus inagotables citas de la Sagrada Escritura y por el uso continuado de autoridades griegas.

Su lenguaje es ajustado y elevado y a veces presenta notables rasgos poéticos. Todo denuncia al antiguo estudioso de los clásicos ; es un antiguo romano pasado al Cristianismo.

De sus himnos son plenamente auténticos cuatro de los que nos habla San Agustín *(Deus creator omnium — Aeterne rerum conditor — Iam surgit hora tertia — Veni, Redemptor gentium)*. Pero hay una serie de himnos, los más empleados aún, como los anteriores, en el oficio litúrgico (coro), que se tienen como ambrosianos por reunir caracteres iguales o muy semejantes a los de los cuatro ya citados.

Constituyen estos himnos el primer intento, muy acertado, de poesía lírica cristiana, en que la fe anima a todas las cosas a que ayuden al alma a elevarse a su Criador. La inspiración es sobria, la expresión concisa ; todo además está exactamente

medido y adaptado a las exigencias de la reforma llevada a cabo por el Santo en la música litúrgica de su Iglesia.

Estos himnos que comenzaron por ser cantos improvisados, pues los compuso el Santo para entretener a su pueblo fiel mientras se veían obligados a permanecer dentro de la iglesia durante la vigilia de la noche a causa de la presencia de los arrianos, se convirtieron en litúrgicos que muy pronto se propagaron por todas las iglesias, creándose de esta suerte un género nuevo que luego imitó Prudencio, conservando la estructura rítmico-cuantitativa que les diera San Ambrosio.

De su género de elocuencia como gran predicador cristiano nos dan una idea, por cierto no muy satisfactoria, las oraciones fúnebres a la muerte de su entrañable hermano Satyro (375), de Valentiniano II (392) y de Teodosio (395), y no porque todo su conmovedor efecto descansara en el encanto de la animada exposición y de la robusta personalidad del orador — véase a este respecto el testimonio de San Agustín, Conf. V, 13,23 — (pues esto es también aplicable a otros discursos, incluso a los de Demóstenes y Cicerón) sino porque en el caso de San Ambrosio la oratoria, por escrito, parece arrojar una luz más viva sobre sus defectos en cuanto a la capacidad de modelación artística y a la perfección del estilo. En la primera oración funeraria dedicada a su hermano, conmuévennos, indudablemente, los cálidos tonos del dolor personal que afecta al orador, pero la segunda, en cambio, posee el carácter rutinario de los escritos consolatorios paganos, bien que se presenta revestido de ropaje cristiano. Las consagradas a las defunciones imperiales no son sino verdaderos panegíricos cortesanos, que por sus sutilezas apologéticas, rebuscamientos de toda especie (especial-

mente en forma de citas amontonadas de la Biblia), así como por la falta de gusto y por numerosos defectos técnicos de composición dejan una impresión poco satisfactoria.

Valor mucho más elevado poseen sus cartas (91) no sólo porque ofrecen una fiel imagen de su propia personalidad, sino también porque nos permiten lanzar una ojeada sobre las luchas religiosas y situación cultural de aquella agitada época. Casi nunca se trata, como sucede en la epistolografía cristiana de la época — recuérdense los casos de Cipriano, de Jerónimo y Agustín—, casi nunca se trata de comunicaciones personales a la manera de las de Cicerón, Plinio, y aun de las de Símaco o Sidonio, sino más bien de tratados teológicos, instancias oficiales, predicaciones, etc. Las más famosas son las tres cartas al Emperador acerca de la *Relatio* de Símaco (cfr. supra), del edicto tan tolerante como justo promulgado por Teodosio contra los perturbadores de una sinagoga siria (en el año 388), cuya supresión fué lograda por el exaltado celo de Ambrosio, y el escrito de acusación contra el mismo Emperador, a que ya anteriormente hemos hecho referencia.

El gran prestigio con que aparece rodeado San Ambrosio ante los siglos posteriores lo debe no tanto al mérito intrínseco y excelencias estilísticas de sus obras cuanto a su imponente personalidad y consiguiente influencia, nunca egoísta, siempre triunfantes ; tal prestigio explica la facilidad con que un cierto número de obras anónimas han pasado a la posteridad bajo el rótulo de este gran nombre. En realidad, Ambrosio no

abrió caminos nuevos a la Iglesia ; como comentarista de la Sagrada Escritura casi siempre es un esclavo de las fuentes griegas, que, por lo demás, nunca cita. Aun en los casos en que estas fuentes de comparación no están ya a nuestro alcance, no existe razón alguna para asignarle una extraordinaria independencia, como ha sucedido con frecuencia. Para imaginarnos el caso, figurémosnos que se hubiera perdido totalmente el *De officiis* de Cicerón, o que de él solo se conservaran fragmentos. Cuán escasa confianza le merecía su propia capacidad como escritor, lo prueba el hecho, por él mismo confirmado, de que sus obras, antes de la publicación, eran revisadas en cuanto al estilo por otra persona. No obstante, es imposible olvidar que fué él quien ganó para el Cristianismo a San Agustín, que se asentaba a sus pies. La gran Biblioteca de Milán, centro de su labor durante largos años, recibió su nombre que aun mantiene, y fuera del ámbito teológico, como compositor de himnos, perdurará también su nombre pues, siguiendo el criterio de Hilario, empleó los cantos litúrgicos como un eficaz medio de propaganda de la doctrina ortodoxa contra los arrianos. De estos numerosos cantos « ambrosianos » sólo consta la autenticidad de cinco de ellos por el testimonio indiscutible de San Agustín. El famoso himno *Te deum laudamus* no es obra de Ambrosio, sino, como ahora ya sabemos, de uno de sus contemporáneos, el obispo Nicetas de Remesiana (en Dacia).

Bajo el nombre de Ambrosio estuvo largo tiempo en curso, pero sólo desde el siglo IX, un comentario,

hoy muy estimado todavía, a las epístolas de San Pablo, que hoy es llamado *Ambrosiaster* (= Pseudo-Ambrosio). Que esta obra, libre de comentarios alegóricos, es apócrifa, fué ya reconocido por Erasmo, pero hasta hace 25 años no se logró determinar el autor verdadero. Es éste el judío converso Isaac, adversario del papa Dámaso y de San Jerónimo. Este último deja deliberadamente sin citar a su predecesor, y San Agustín cita una sola vez el comentario bajo el nombre de Hilario. Al parecer, resistíanse a atribuir a un renegado judío esta importante obra, y así se mantuvo finalmente bajo la capa del anónimo. Los motivos para que fuera atribuída a Ambrosio, cinco siglos más tarde, son tan inexplicables como la atribución a éste de otro escrito, muy leído, y titulado *Hegesippus*, sobre la guerra judía. El nombre es una adulteración de Josephos, y la obra es una traducción muy libre, y en parte una elaboración cristiana, de una producción griega de igual título, y aun conservada, del famoso historiador judío de la época de Vespasiano. La traducción se transmitió, según presunciones, como anónima, y la cuestión relativa al autor fué ya ventilada en la Antigüedad, pues Casiodoro (siglo VI) vacila entre Jerónimo, Ambrosio y Rufino, quien pasa como autor de otra de las traducciones de esta misma obra. Actualmente, inclínanse casi generalmente los críticos a considerar este *Hegesippus* como una obra de juventud de Ambrosio, hipótesis poco luminosa, pues es inverosímil que el autor en cuestión se ocupara de cuestiones teológicas antes de su repentina exaltación al episcopado. Agréguese a esto

que la elaboración cristiana de una antigua obra griega sobre la guerra judía, tema que no podía suscitar ya interés a la sazón, cae también por completo fuera del ámbito de su ulterior actividad literaria.

Continúa la tradición de los defensores de la virginidad el obispo **Nicetas de Remesiana**, en la Iliria (al parecer, distinto del Nicetas, obispo de Dacia, tan amigo de San Paulino a quien éste dedicó su poema « ad Nicetam redeuntem in Daciam » o *Propremticon*). Censura y exhorta a la penitencia, sin acudir a los poderes seculares, en demanda de imposible dispensa, a una *virgen* que, habiéndose consagrado a Dios en espiritual conyugio, rompió la fidelidad debida, pasando al estado de matrimonio.

Compuso también Nicetas una obra *Instructiones* de carácter didáctico-apologético, dedicado a los catecúmenos *(competentibus ad baptismum)*. Su lenguaje es sencillo y apacible ; en su libro a la virgen caída es más elevado y fogoso.

También se ha de atribuir a Nicetas, según las investigaciones de Dom Morin, el *Te Deum laudamus* que la tradición ha creído de San Ambrosio y los tratados himnológicos *De vigiliis servorum Dei* y *De psalmodiae bono*, que hasta ahora se creían ser del obispo Nicesio, de Tréveris (siglo VI).

Indiscutiblemente el Padre de la Iglesia latina más docto y, con Orígenes y San Agustín, más fecundo escritor de la literatura cristiana es **San Jerónimo**, natural de Stridon, localidad de la frontera dálmata. Recibió su educación en Roma, siendo maestro suyo el famoso gramático Donato. Con Rufino (cfr. infra) vivió una juventud algo disoluta, aunque semejantes confesiones deben ser acogidas con cierta desconfianza, porque también las encontramos en el caso de Prudencio, San Agustín y otros, que con tales declaraciones no persiguen casi otro objeto que fundamentar su vida ascética posterior. De Roma, y no sabemos por qué

motivo, trasladóse San Jerónimo a Tréveris, de allí a Aquileya, donde nuevamente se encontró con Rufino, inscribiéndose en una comunidad ascética. No se mantuvo, sin embargo, mucho tiempo en dicha localidad, sino que hizo el propósito de trasladarse a Jerusalén. Una enfermedad le obligó, sin embargo, a permanecer largo tiempo en Antioquía antes de llegar a la meta de su viaje : en dicha ciudad asistió a las lecciones teológicas del famoso Apolinar de Laodicea, poco tiempo antes de la excomunión de éste, acaecida a fines del octavo decenio del siglo IV. A esto se debe que San Jerónimo, siguiendo sus inclinaciones ascéticas cada vez más robustecidas, se retirara como eremita al desierto sirio de Calcis, donde permaneció de 375 a 378, esforzándose durante esta época en aprender la lengua hebrea, con ayuda de los rabinos. Aunque no hizo en ello grandes avances fué, sin embargo, el primer occidental que pudo vanagloriarse de su conocimiento, siéndole naturalmente de gran utilidad para su traducción de la Biblia. De vuelta a Antioquía fué ordenado sacerdote. En el año 381 lo encontramos en un concilio de Constantinopla, donde escuchó a San Gregorio Nacianceno, y concurrió también con Gregorio de Nissa. Un año más tarde volvemos a encontrarlo en Roma, donde gozó de la especial protección del papa San Dámaso. En aquel entonces acogiéronse a él algunas romanas de noble estirpe e inspiración ascética, de las cuales Marcela Paula y su hija Eustoquia han sido eternizadas por sus escritos. La muerte del Papa (384) puso a San Jerónimo en una peligrosa situación (carecemos

de detalles exactos en el asunto) que le obligó a abandonar de nuevo la Ciudad Eterna, para sustraerse a todos los ataques. Volvióse otra vez hacia Oriente, encontrándose de nuevo en Antioquía con sus discípulas. Juntos visitaron Jerusalén y Alejandría, donde San Jerónimo entabló relaciones científicas con Dídimo el Ciego (cfr. supra). Estos largos viajes, que como la creación de una rica biblioteca, presuponen una situación de fortuna muy favorable, terminaron en Belén, hacia el año 389. Allí fundaron San Jerónimo un monasterio para varones, Paula y su hija otro de mujeres. Literariamente activo hasta el fin de su vida murió en avanzada edad el día 30 de septiembre de 420. La fecha de su nacimiento es discutida, pero debe situarse entre 345 y 348.

Como ya hemos indicado, la actividad literaria de San Jerónimo fué extraordinaria. Pero su verdadera razón no estriba en la inmensa riqueza de sus ideas, como es el caso de San Agustín, sino que ha de atribuirse ante todo al esfuerzo infatigable que desarrolló durante su larga vida. Entre sus obras ocupan, con gran ventaja, la mayor parte de las traducciones y refundiciones de originales griegos. Así, vertió al latín nada menos que 64 homilías de Orígenes. La importancia de estos trabajos, como la de sus comentarios, prolijos y rápidamente escritos, a casi todos los libros de la Sagrada Escritura, radica en el hecho de habernos conservado el material exegético, en gran parte muy valioso, de obras en su mayoría desaparecidas. Además de Orígenes, explotó principalmente las obras de Apolinar, Eusebio

y Dídimo el Ciego. Dependencia análoga, con respecto a las autoridades griegas, se advierte también en las 79 homilías, en gran parte improvisadas, que desde 392 pronunció en Belén ante sus hermanos de religión. Grande es el mérito que debe reconocérsele en estas obras exegéticas, puesto que se sirvió del método alegorizante en grado mucho más reducido que Hilario o Ambrosio.

La más esplendorosa producción de San Jerónimo, la obra sobre que descansa, aun hoy en primer término, su fama universal, es su traducción de la Biblia que, aunque ha perdido algo en su transmisión por medio de códices, esperamos ver — tal vez no tardemos mucho — reproducida de nuevo en edición crítica que nos ofrecerá la versión tal casi como salió de manos de San Jerónimo. En la liturgia latina, e igualmente en los escritores, desde Tertuliano, habíanse acusado alteraciones, frecuentemente considerables, del texto original hebreo y griego — suelen ser conocidas estas alteraciones bajo las denominaciones de *Itala* y *Afra* — y así se sintió la necesidad de confeccionar un texto único comentado. Fué San Jerónimo quien se hizo cargo de esta magna empresa a instancias del papa San Dámaso. No tradujo, sin embargo, por completo el Antiguo y el Nuevo Testamento, sino que muchas veces se limitó a someter a una revisión crítica otras versiones ya existentes. Aunque repetidas veces le han echado algunos en cara falsas interpretaciones, especialmente del original hebreo, y aun se aprecia cierta falta de crítica de los textos, sería improcedente juzgar su labor según

las exigencias severas de la ciencia actual. La obra así llevada a efecto, para cuya elaboración le prestaron valiosos servicios las *Hexaplas*, de Orígenes, y su *Indice de variantes*, tuvo que resistir, como era de esperar, una enconada lucha antes de conquistar aquella validez canónica que todavía en la actualidad posee hasta que sea un hecho la plena revisión, a que acabamos de referirnos, que se realiza en Roma, con carácter *internacional* — en cuanto a los colaboradores —, desde el pontificado de Pío X.

Distinguidas por el éxito inmediato y aun de inestimable valor actual, a pesar de sus innumerables defectos de detalle, figuran dos obras históricas de San Jerónimo, que no debemos pasar por alto aunque carecen de interés como obras de arte literarias : su *Cronica* y el libro *De viris illustribus*. La primera es una elaboración latina de la segunda parte de la *Crónica universal*, de Eusebio, que sólo se ha conservado en fragmentos, parcialmente en una traducción armenia. Desde Nino y Abraham hasta la conquista de Troya trátase de una simple traducción ; desde este último suceso hasta el vigésimo año del reinado de Constantino (año 325), San Jerónimo utilizó a Suetonio y otros historiadores posteriores a éste. De 325 a 378 « todo es propiedad mía », como él mismo manifiesta en el prefacio. Allí mismo designa él la obra, con una autocstimación por desgracia demasiado cxacta, « tumultuaria ». Muy poco fidedigna y ligera — defecto muy peligroso para una crónica — es la indicación de fechas, que muchas veces ha dado lugar a graves confusiones. Perdidas las fuentes

originales, esta compilación es por la riqueza de su contenido un eje científico indispensable, constituyendo en realidad la cronología canónica de la Antigüedad. Es ante todo de eminente importancia para la historia de la literatura latina, aunque sólo contenga extractos de Suetonio. Fué posteriormente continuada por Próspero y Casiodoro, pero estas adiciones son para nosotros de escaso valor. El escrito *De viris illustribus* es la primera historia de la literatura cristiana en lengua latina. El autor impúsose la misión de tratar todos los escritores cristianos, desde San Pedro hasta el año 392, en biografías por regla general muy breves — la más larga es la de Orígenes (núm. 54), y ocupa sólo dos páginas — tomando como modelo para el título el de la obra de Suetonio. Comprende en su totalidad 135 nombres, incluyendo también el suyo ; sin embargo, la materia de los 78 primeros capítulos está tomada de la historia de la Iglesia de Eusebio, y, a partir de Arnobio, San Jerónimo se apoyó principalmente en informaciones personales suyas. La ejecución no responde ni a las más modestas exigencias que pudieran plantearse a una obra de tal género, incluso en aquel tiempo. Padece errores de toda especie, es ligera y defectuosa, y la objetividad del juicio deja mucho que desear. Claro es que sólo la Edad Moderna podía descubrir los graves defectos de que esta obra adolece. Sin embargo, para las partes que no emanan de Eusebio es la única fuente de nuestros conocimientos sobre la materia. Gennadio le agregó en el siglo v otras 99 biografías ; además fué traducida al griego, y numerosos manuscritos testimo-

nian la estimación de que fué objeto durante la Edad Media.

Prescindiendo de algunas traducciones como la de Dídimo sobre el *Espíritu Santo* y la de Orígenes *De principiis*, motivada esta última por una versión libre de Rufino, dirígense sus escritos dogmáticos contra herejías como las de Orígenes, Lucifer y los pelagianos, y propugnan un rígido ideal ascético. Especial mención merecen los escritos polémicos contra su antiguo condiscípulo y amigo Rufino (cfr. infra) y contra Joviniano, de importancia este último porque gracias a él puede reconstruirse en parte el estimadísimo escrito de Séneca *De matrimonio*, perdido para nosotros. Por regla general son productos poco satisfactorios, de una polémica envenenada y de un odio feroz. San Jerónimo avanza siempre por los senderos ortodoxos, y no vacila en condenar al mismo Orígenes, antes tan estimado por él, y cuyas obras divulgó en Occidente como ningún otro, combatiéndolo, decimos, cuando sus doctrinas fueron tildadas de heréticas. Lectura muy agradable por su contenido y estilo son las tres leyendas monásticas de *Paulus, Malchus et Hilario*, destinadas a exaltar la vida ascética. Fueron para la posteridad un modelo de este género literario y figuraron en la Edad Media entre los libros de edificación más estimados.

De todas las obras de San Jerónimo, solamente es digna de ser leída en la actualidad por los no teólogos su Epistolario, que consta de 125 piezas. El contenido diverso de esta obra arroja una potente luz no sólo sobre el estado religioso de su época — de la que com-

prende casi cincuenta años, de 370 a 419 — sino también sobre el carácter del autor. De peculiar interés es una carta, perdida, a Paula, pues de ella sólo se conserva, gracias a otras fuentes, un catálogo incompleto de los escritos de Varrón que integraba parte de la misma. San Jerónimo interpoló este catálogo con el propósito de demostrar, mediante una comparación con las obras de Orígenes, la mayor fecundidad literaria del docto cristiano. Merece también ser citada, además, la Epist. 107 a Laeta, sobre la educación cristiana de las muchachas. La carta 22, muy extensa, dirigida a su amiga Eustoquia, es un tratado, admirable de estilo, sobre la conservación de la virginidad, escrito que, sin embargo, hiere tal vez nuestra sensibilidad moderna por la demasiada (?) claridad con que se habla de ciertas cuestiones. Uno de sus pasajes (c. 30) se ha hecho acreedor a una gran fama, y por tal causa no debemos pasarlo por alto. En una carta a Magno (número 70) habíase defendido San Jerónimo contra el reproche de haber tenido demasiado en cuenta la literatura pagana. En el pasaje que nos ocupa desarrolla la misma materia en forma de sueño que brevemente narrado es como sigue : Hostigado por los fantasmas de la fiebre, San Jerónimo se ve repentinamente emplazado ante Dios juzgador. Preguntado quién es, contesta : Un cristiano ; pero le replica el Divino Juez : Mientes, tú no eres cristiano, tú eres un ciceroniano, pues « donde está tu tesoro, allí está también tu corazón » (Mat. 6, 21). Después de una dolorosa penitencia es perdonado por razón de su juventud y por las súpli-

cas de los presentes. El pecador, atormentado por los remordimientos, hace la promesa de leer las Sagradas Escrituras con el mismo entusiasmo que antes las profanas. Quien sea capaz de compenetrarse con las concepciones psíquico-religiosas de la época, ni dudará de la posibilidad histórica del mencionado sueño ni se atreverá a tildar de engañosa semejante invención retórica. También Arnobio pretendía haber sido convertido al Cristianismo por un sueño (cfr. supra). Ciertamente San Jerónimo, como ya Rufino le reprochaba, no mantuvo su promesa. Justificábase nuestro autor manifestando que no podía desprenderse de su formación clásico-pagana, y que una promesa efectuada durante un sueño no entrañaba compromiso para nadie. Por otra parte, también sus predecesores, como hace notar en su carta a Magno, habían sido accesibles a las bellezas formales de los escritores paganos. Podrá tildarse de defectuosa esta defensa, pero la contestación es certera. San Jerónimo fué, a pesar de su estricta fe ortodoxa, un ciceroniano durante toda su vida, como inconfundiblemente lo testimonian sus restantes escritos. Su admiración por el gran orador culmina en la antítesis citada por él y entonces erigida en sentencia: «Demóstenes te [a Cicerón] impidió ser el primer orador, tú a él ser el único» *(Demosthenes tibi praeripuit, ne esses primus orator, tu illi, ne solus).*

San Jerónimo pertenece, como todos los demás Padres de la Iglesia, más bien a la Patrología y a la Historia de la Teología que a la historia literaria. Pero, aun admitido eso, debemos reconocer el lugar preeminente que en ésta corresponde a San Je-

rónimo por su conocimiento, tan extenso e intenso de la antigüedad clásica; por la facilidad con que maneja los procedimientos todos de la antigua retórica; por la presteza con que acuden a su pluma las citas de Cicerón y Quintiliano, Virgilio y Horacio, Salustio y Suetonio, Terencio, Lucano y Persio, que le son tan familiares como los libros de la Sagrada Escritura a cuyo estudio dedicara tantos años y tan prolongadas vigilias.

Como escritor ocupa, sin embargo, San Jerónimo uno de los primeros lugares en la literatura cristiana. Su estilo, formado en modelos clásicos, es flúido y acertado, aunque turbio e irregular. Dispone con facilidad de todos los recursos retóricos, cuyos efectos le son familiares. No siempre se mantiene libre de hinchazón y *pathos* declamatorio, especialmente en sus obras de juventud, circunstancia que ya le reprocharon sus enemigos contemporáneos, y que él mismo abiertamente reconoce. En sabiduría no puede medirse con él ninguno de los Padres de la Iglesia latina, pero su solidez científica determinada por la rapidez con que compuso casi todas sus obras no se eleva a la misma altura. En ninguno de los sectores de la historia de los dogmas actuó como renovador, pues raras veces obra por cuenta propia, pero gracias a su destreza dialéctica y a sus convicciones, contribuyó como pocos a robustecer las creencias ortodoxas y se hizo acreedor a un mérito inmarcesible por su traducción de la Biblia.

En cambio influyó mucho en la evolución posterior de la lengua latino-cristiana pues, oficial y privadamente, eran leídas doquier y con mucha intensidad su traducción de la Sagrada Escritura y sus cartas, mereciendo ser considerado siempre como el *maestro de la prosa cristiana*, bien que en pocas veces sus es-

critos adolezcan de faltas literarias (afectación, exageraciones, difusión, etc.) : no en vano su formación había sido escolar y declamatoria *a la romana.*

Condiscípulo y durante largo tiempo amigo y compañero de San Jerónimo, Rufino de Aquileya, debe su fama principalmente a su lucha posterior con aquél. También en su vida jugó papel importante una mujer, Melania, que le acompañó en sus viajes a Oriente (371-397), de los que estuvo ocho años en Alejandría, donde, como San Jerónimo, siguió especialmente las lecciones de Dídimo el Ciego. Más tarde residió poco tiempo en Jerusalén, desde 398-400 en Roma, luego hasta 407 de nuevo en Aquileya. Cuando la invasión de Alarico huyó con Melania a Sicilia, donde murió en 410, el año de la conquista de Roma por el rey de los godos.

Su actividad literaria se limitó a traducir las obras de los más célebres teólogos griegos, principalmente las de Orígenes, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y la voluminosa Historia eclesiástica de Eusebio. Su mérito principal fué el latinizar las expresiones con tal elegancia griega que los lectores romanos no se daban cuenta de la lengua extraña en que originariamente fueran escritas. Para lograr tal personalidad, tuvo necesidad de atender más al fondo y al sentido que a la materialidad de las palabras ; por esto sus traducciones nada sirven para la crítica textual de los originales griegos. Para llenar su contenido hubo de imitar a Cicerón, como más tarde habían de hacer los más célebres humanistas del renacimiento italiano, como Leonardo Bruni, Gua-

rino, Filelfo, Ficino, Poliziano y Victorio ; por ello no deben censurarse las libertades que Rufino hubo de tomarse por motivos puramente estilísticos. Otro juicio hay que formar de aquellos casos en que Rufino, por motivos apologéticos y tendenciosos, alteró y suprimió textos del original, como, por ejemplo, en la traducción del escrito de Orígenes *De principiis*, que trató de rectificar con la arbitraria hipótesis de que todas las doctrinas heréticas de éste habían sido introducidas por interpoladores. Tales falsificaciones motivaron la viva polémica, tan llena de invectivas por ambas partes, con San Jerónimo ; no es éste el lugar de descender a detalles acerca de tal lucha. Considerados los escritos de Rufino literariamente, son muy dignos de tenerse en cuenta ; sus traducciones tienen gran importancia sobre todo para la historia eclesiástica, pues frecuentemente son versiones de textos griegos que han desaparecido. Es un hecho singular que España, la patria de Marcial y Quintiliano, pueda también gloriarse de un poeta tan célebre como **Juvenco**, que precisamente es el primer poeta cristiano (Hist. l. l. 269 y aquí, *supra*). Pertenece también a España la gloria de ser la patria también del mayor poeta cristiano, Aurelio **Prudencio** Clemente. Nació en 348, en Zaragoza. Su educación fué muy rigurosa, pero en la juventud llevó vida disoluta. Aunque sin sentirse en ello muy satisfecho, se dedicó a la carrera jurídica, entró luego en la vida burocrática, siendo dos veces, según parece, gobernador de una provincia. Más tarde recibió un cargo elevado en la corte de Teodosio. Después de una breve estancia en Roma,

volvió a su patria hacia el año 402. En edad ya muy avanzada, que no se puede precisar, sufrió una repentina y profunda transformación en su vida, de cuyas circunstancias nada sabemos. Se propuso en adelante servir tan sólo con su poesía a la Iglesia, imponiéndose esta penitencia como compensación de la vida hasta entonces dedicada tan sólo a cosas puramente humanas. En 405 publicó una edición de todas sus obras, las cuales nos han llegado íntegras, tal vez con una sola excepción.

Es muy probable, al menos puede comprobarse en un caso, que no todas las poesías fueran publicadas entonces por primera vez, habiendo sido compuestas y publicadas, como las de su contemporáneo Claudiano, sucesivamente en el espacio de unos pocos años. Cuando San Jerónimo concluyó en 392 su obra *De viris illustribus* es probable que Prudencio no hubiese escrito aún ninguna poesía cristiana, pues sin duda que San Jerónimo hubiese acogido con sumo gusto al poeta haciéndolo figurar en su obra, como hizo con otro compatriota del mismo Prudencio, Juvenco. Pero como es muy poco probable — sería caso desconocido y sin otro ejemplo igual en toda la literatura mundial — que tan consumado poeta se revelase por completo y de nuevo ya en edad muy avanzada, como sería el caso de Prudencio ; hemos de suponer que ya anteriormente se había dedicado a la poesía, ejercitándose en poemas mundanos, como hicieron también Paulino, Sedulio y Arator. Y si nada se conserva de su producción poética correspondiente a la edad juvenil, hemos de pensar

que el poeta luego de convertido y vuelto totalmente a Dios, destruyó personalmente todas sus obras que ya no se avenían con sus nuevas ideas ascético-cristianas. De los seis poemas de Prudencio el más antiguo es el *Cathemerinon*, ciclo de 12 himnos que contienen 1,935 versos. Al título corresponden sólo 7 poesías, pues las demás son cantos al ayuno y a una fiesta y cántico fúnebre. Estos himnos no son litúrgicos a la manera de los de Hilario y Ambrosio — contradice a ello hasta su misma extensión tan grande —, pero nos presentan la primera lírica cristiana latina, dedicada a la lectura aun cuando no den a primera vista tal sensación, como sucede con algunos salmos, pues están informados por una trama cuyo aspecto parece más bien épico, tomado en su mayor parte al Antiguo Testamento. Entre los griegos hay muy pocos ejemplos de tal unión, puede citarse el de Píndaro y Stesicoro, mientras que en latín tenemos el poema 68 de Cátulo a la muerte de su hermano y ciertas narraciones de las Metamorfosis de Ovidio, de carácter épico-elegíaco.

Mas en esta lírica no tuvo imitadores Prudencio, lo cual fácilmente se explica, ya que quienes se distinguían por su recia y pujante espiritualidad dedicábanse, como lo exigían los tiempos, a propagar cuanto fuera posible, y a defender, las verdades cristianas y esto se lograría, no con poesías líricas ni con autoconfesiones y autobiografías, sino con argumentos y estudios dogmáticos o didácticos, refutando los errores paganos. Por esto no es de extrañar que nuestro poeta, aun escribiendo siempre en verso, no cultivase prefe-

rentemente sino los mismos géneros en que se ejercitaban los defensores de la misma fe.

Pues aun su misma obra *Peristephanon* (sobre las coronas de los mártires, con unos 3,500 versos), reviste también ese mismo carácter, ya que la misma descripción trágica de sus himnos no tiene otro carácter que el lírico-épico ; son 13 representaciones poéticas de la muerte de 13 mártires : la pintura de sus horrendos suplicios, en los que aquellos invictos atletas cristianos llegaban a encontrar placer y alegría, horroriza extraordinariamente a quien la lee ahora. Prudencio había visitado las catacumbas de Roma y leyó allí los epigramas dedicados a los mártires por el papa San Dámaso ; pero es muy dudoso si el poeta se animó entonces a componer su colección de himnos a los mártires ; parece muy probable que ya, antes de este viaje a Roma, había compuesto algunas de las poesías. No es posible todavía establecer definitivamente qué es lo que Prudencio debe a la tradición oral, a otras fuentes históricas y literarias o a su propio ingenio y conocimiento. Su principal finalidad era la exaltación de los mártires; por eso no es de extrañar que, pensando sólo en aquélla, sacrifique a veces la verdad histórica y esto aun a veces en que le era fácil respetarla, como en el martirio de San Cipriano. El entusiasmo del poeta adquiere a veces momentos cálidos y su técnica de versificación domina todos los metros con admirable facilidad, pero a veces su pensamiento se desarrolla bruscamente y su estilo resulta demasiado patético y retórico — al menos así nos parece ahora — para un contenido cuyo *ethos*

parecía exigir más serena sencillez y tonos más tranquilos.

De carácter dogmático es el poema didáctico, compuesto en 1,140 hexámetros, titulado *Apotheosis*. Es una defensa del dogma de la divinidad de Cristo, dentro del dogma de la Trinidad, contra las diversas herejías que lo atacaban en sus diversos aspectos. Su fuente principal fué Tertuliano. Contiene la obra magníficos pasajes poéticos y llenos de inspiración, que más bien tienen el carácter de episodios, cosa nada extraña, pues sabido es que en estos poetas se ha hecho la observación de que los fragmentos más poéticos son los que no tienen conexión inmediata, o ya muy remota, con el tema principal de la obra.

En *Hamartigenia* (63 yambos y 966 hexámetros), que es sin duda su obra maestra, trata Prudencio el problema del origen del pecado, en oposición al dualismo de los gnósticos, principalmente de Marción ; sigue las huellas de Tertuliano en su *Contra Marcionem*. Se ha hecho notar con muchísima razón que, así Dante como Milton, fueron muy influídos por esta obra ; en cambio, parece haber pasado casi desapercibida en la Antigüedad y en la Edad Media, si prescindimos del obispo Ascarico (siglo VIII) que la aprovechó para un centón.

Mucho más intensa y duradera fué la influencia de la *Psychomachia* (« La lucha por el alma humana »). Es el primer poema de carácter puramente alegórico, en gran estilo, en toda la literatura antigua. Comienza (en un prólogo, compuesto de 68 trimetros yámbicos) con la vida de Abraham, expuesta tipológicamente,

como ya hiciera San Ambrosio (cfr. supra), representando la lucha de la Fe (e. e. Cristo) con los reyes paganos de Sodoma y Gomorra (los vicios) que tenían prisionero a Lot (e. e., el alma humana). A continuación nos ofrece Prudencio un magnífico cuadro, que parece vivido, todo lleno de intenso colorido poético, de la lucha entre las virtudes cristianas y los vicios. Entran primero en la liza la Fe y la Idolatría (el culto de los antiguos dioses). Sigue a continuación la poética presentación de seis parejas que vienen a luchar también en la palestra. Se van encontrando frente a frente la Castidad y la Lujuria, la Humildad y la Soberbia, la Sobriedad y la Sensualidad, la Largueza y la Avaricia, la Paz y la Discordia, que no es otra cosa que la herejía, seguidas de una corte de calamidades y compañeros de los luchadores paganos, como son la codicia, la inquietud, el hambre, el egoísmo, el miedo, el soborno, la mentira, el dolo, el perjurio, la vileza, etc., todos ellos, como lobos hambrientos, se precipitan al campo de batalla. Fácilmente se comprende que siempre la virtud sale vencedora. Esta personificación de ideas abstractas y su actuación dramática no eran cosas completamente nuevas. Se encuentran ya, por ejemplo, en el Prometeo de Esquilo, en el celebrado Mito del sofista Pródico de Hércules sobre la encrucijada en que se encuentran y luchan las virtudes con los vicios ; también podemos pensar en el Plutón (la riqueza) de Aristófanes, donde también actúa la pobreza, y el sueño de Luciano en el que la escultura y demás conocimientos del espíritu se presentan y se comprometen a la educa-

ción y protección del niño. Entre los poetas romanos aparecen en el *Trinummus* la prodigalidad y la pobreza; asimismo aparecen otras abstracciones personificadas en la Tebaida de Estacio y principalmente en Claudiano, poetas que indudablemente conoció Prudencio. Ni le faltaban tampoco modelos para su gran concepción alegórica, pues indudablemente que le pudieron servir para ello Tertuliano (*De spect.*, 29) y sobre todo Ambrosio (*De Cain et Abel*, 14 s.). Pero es obra muy propia de sólo Prudencio en su conjunto y detalles la organización escénica y el poético adorno de los diversos cuadros que se van sucediendo. Fué esta obra una de las más estimadas y aprovechadas en la Edad Media, influyendo sobre todo de modo muy notable en el arte medieval, en proporción tal que no ha sido igualado por ningún otro escritor latino: los mismos códices iluminados de Prudencio y las alegorías que llenan por completo las representaciones de los períodos románico y gótico son la mejor prueba de ello. Se duda si también dependen de la *Psychomachia*, directamente o como última consecuencia, los *milagros* y *misterios* o *moralidades*, tan frecuentes en representaciones alegóricas durante la Edad Media. Prudencio escribía para un público ilustrado y también las citadas piezas literarias eran escritas por eclesiásticos que indudablemente poseían un buen conocimiento de nuestro poeta; claro es que estaban penetrados de demasiados elementos populares para proceder directamente y ser influenciados en esa forma por obra tan literaria. La disposición teológica y la atmósfera religiosa de la *Psychomachia*

son muy diferentes: basta para convencerse de ello una ligera comparación de cualquiera de aquellas piezas populares con la obra de Prudencio.

Probablemente durante su estancia en Roma, compuso el poema *Contra Symmachum* en dos libros, que en parte es apologético y en parte polémico. En el prólogo (89 asclepiadeos) es comparado Simaco con la serpiente que en otro tiempo mordió a San Pablo; el venenoso ataque de Simaco contra el Cristianismo será tan impotente como la mordedura de aquel reptil.

Sigue (en 657 hexámetros) una defensa de la fe cristiana y una refutación del paganismo, que, prescindiendo de algunos artificios poéticos — la ciudad de Roma se toma aquí en sentido propio —, se desarrolla en forma muy trivial. El libro segundo comienza con una introducción (66 glicónicos) que contiene una comparación no muy exacta según la cual la lucha del poeta con Simaco «el orador más elocuente de su época» es un paralelo de la de San Pedro con las tempestuosas olas del mar de Tiberiades. Pasando ya a su tema, Prudencio, dependiendo siempre de San Ambrosio, intenta de nuevo refutar (en 1,132 hexámetros) el célebre discurso de Simaco. Se ha preguntado varias veces y aun no se ha encontrado la respuesta que sea satisfactoria, por qué todavía, después de veinte años, se empeñaban en resucitar una cuestión y en reproducir de nuevo las alabanzas de Simaco como si aun viviera.

Si la *Psychomachia* ha influído notablemente en el arte de la Edad Media, en cambio ciertas pinturas murales de alguna basílica cristiana fueron el funda-

mento del ciclo epigramático escrito por nuestro poeta con el raro título, todavía no explicado, de *Dittochaeon*. Son cuarenta y nueve tetrásticos en hexámetros explicando otros tantos cuadros, veinticuatro del antiguo Testamento y veinticinco del nuevo. Es una serie sucesiva y cronológica desde Eva hasta el Apocalipsis, sin que sea una serie completa ni se vea a qué principio haya podido obedecer el artista al seleccionar los asuntos para sus cuadros. Como ya no existen las pinturas que le servirían de modelos, tienen estas descripciones poéticas una gran importancia para la historia del arte ; su valor poético, por el contrario, no es muy subido. No es verosímil que la omisión de estos epigramas por Prudencio, en la lista de sus obras antes del *Cathemerinon*, se deba a la poca estima en que los tuviera el mismo poeta ; tal vez se deba la omisión a que fueran compuestos después de hecha por Prudencio la edición de sus obras, siendo añadidos más tarde a la misma.

No se pueden esperar de un poeta especulaciones propias ni investigaciones definitivas — Xenofanes, Parmenides y Empedocles son sólo valiosas excepciones — ; por eso Prudencio depende doquier de otras fuentes, como Tertuliano, Lactancio y Ambrosio ; pero parece que nunca utilizó fuente alguna griega. También se encuentran en Prudencio numerosos giros, pensamientos y motivos de los poetas paganos, como Virgilio, Horacio, Ovidio, Séneca, Lucano, Estacio y Claudiano; también su métrica, tan rica y tan variada, está derivada de los modelos clásicos (Virgilio, Horacio, Ovidio). Esta perfección en las formas, el sentimental en-

tusiasmo (que nos hace pensar en Lucrecio) del poeta para sus temas, las cristianas concepciones acerca del mundo y de los ideales de la vida, tan magníficamente poetizadas, explican suficientemente la influencia mágica que Prudencio ejerció en los pensamientos y sentimientos de toda la Edad Media. Desde el Renacimiento y la Reforma ha pasado casi desapercibido Prudencio. Nos repugnan a veces sus impresionantes y horrendas descripciones de los martirios ; su prolijidad, así como su estilo, con frecuencia demasiado retórico y aun oscurecido por simbología a veces no clara, producen un deseo de mayor claridad para poder saborear mejor el contenido de poesías tan interesantes como llenas de imaginación y de sentimiento, cuando no eran leídas por su contenido y arte métrico.

El mérito principal de Prudencio, aun en sus composiciones líricas, no está precisamente en su elemento lírico, sino más bien en la soberana maestría de sus pinturas, en el magnífico colorido de su lengua, en la asombrosa facilidad con que nos presenta plásticamente las ideas y concepciones más abstractas y en el acertado criterio con que busca para cada materia el metro más apropiado.

El Cristianismo va dominándolo todo y la literatura va haciéndose cristiana ; pero los literatos no saben, o no quieren, desprenderse de sus hábitos romanos. Prudencio es un entusiasta cantor del Cristianismo, es el Horacio cristiano, pues es el primero entre todos los poetas cristianos ; la gloria y magnificencia de Cristo es el ideal y objeto definitivo de su poesía. Pero Prudencio continúa siendo un *civis romanus*. A pesar de las continuadas censuras y afinada sátira con que combate el paganismo, que todavía se creía con derecho a Roma, no se oculta su gran amor y admiración a la Roma antigua y a las magnificencias de su pasada gloria.

Roma y Cristo se unen magníficamente en Prudencio. Este es precisamente su mayor mérito como poeta, haber logrado lo que, según hemos visto, constituía el ideal de los poetas cristianos: presentar la nueva doctrina de Cristo en una forma que, en cuanto fuera posible, siguiera a los modelos clásicos, sin caer en la servil imitación de los mismos, ofrecer el vino *nuevo* en *los odres viejos* que todavía eran los predilectos de todos. Su principal modelo fué, como para todos los poetas del siglo IV, Virgilio. La *Psycomachia* no pasa de ser un centón virgiliano. El *Cathemerinon* es la imitación de Horacio. Los poemas del *Peristephanon* nos hacen pensar en sus compatriotas Lucano y Séneca sin que deje de tener contacto y semejanzas con Lucrecio, Ovidio y Juvenal.

Tal fué precisamente el mérito de Prudencio, el que le coloca muy por encima de todos los poetas de su tiempo : haber logrado la unión de un nuevo y grandioso contenido con una forma magnífica y digna de él ; así es como sobresalió entre los cristianos, superándoles en la elegancia de la forma y se halla por encima de los paganos por la densidad y sublimidad de sus ideas.

Cuando el monje Odón de Cluny (m. en 942) sentía aficiones clasicistas tuvo un sueño en que le fué presentado rico y magnífico vaso, lleno en su interior de venenosos reptiles. Preguntado por su significado se le respondió que el vaso era Virgilio, los reptiles eran las ideas y sentimientos paganos. En Prudencio el vaso, hermoso y rico, estaba saturado en su interior de dulces líquidos y odoríferas esencias, las ideas cristianas. Fué Prudencio el gran poeta cristiano y clásico, artista de extremada originalidad, pues hasta los defectos son una confirmación de las cualidades superiores ; se derivan de la exuberancia, no de la debilidad.

Todo lo sacrificó a su ideal, que no fué otro sino el contraponer a los clásicos paganos predilectos otros poemas paralelos, pero cristianos, de suerte que quienes buscaban las bellas formas del clasicismo, no se vieran necesariamente contaminados con las ideas y sentimientos de los paganos. Precisa reconocer que alcanzó perfectamente el ideal perseguido. Es claro que abundan en él algunas faltas métricas, y que son frecuentes el rimo, la aliteración y asonancia así como giros y palabras que repugnaban a las formas clásicas. Pero éstos son fenómenos fácilmente explicables por la novedad de sus ideas. ¿Acaso no ocurre algo parecido en Lucrecio? No critiquemos, pues, en demasía los defectos del gran poeta cristiano.

Después de Prudencio, es el mejor poeta cristiano su contemporáneo Meropio Poncio **Paulino** de Nola (353/4-431), de Burdeos. Siendo de familia rica y distinguida, la Universidad (escuela) de su ciudad natal le ofreció la mejor ocasión para apropiarse una formación cultural muy sólida. Escuchó a Ausonio, de quien fué el alumno más distinguido. A los primeros años de su actividad literaria corresponde el epítome, hoy perdido, de los tres libros *de regibus* de Suetonio, según el modelo de su maestro, que alaba tal poesía sobremanera (epist. 19) ; pero los nueve versos que nos han llegado no nos hacen lamentar grandemente la pérdida de la obra. Después de terminados los estudios, se dedicó Paulino, según ya hemos visto en Prudencio y San Ambrosio, a la carrera política. Fué senador y cónsul (c. 378) y, según parece, más tarde varón consular en la Campania. Allí fué donde se decidió su conversión, abandonando el mundo y dedicándose a una vida espiritual, ascético-monacal. Recibió el bautismo y con su mujer, que abundaba en los mismos sentimientos, vino a España, donde en Barcelona, se ordenó de presbítero. Marchó luego a Nola en la Campania, donde en el año 409 fué nombrado obispo. Durante más de veinte años, muy honrado de todos los de Nola y muy respetado, según muestran sus cartas en todo el mundo cristiano, desarrolló en dicha ciudad una bienhechora actividad. Después de su conversión, dícese que se desprendió de todos sus bienes, entregándolos a los pobres ; quiérese significar con esto que empleó todas sus riquezas para satisfacer las necesi-

dades de la Iglesia y de los pobres : en Nola erigió una magnífica basílica, adornada de muy ricas pinturas, en honor del protector de la ciudad, San Félix, sobre su mismo sepulcro.

De sus trabajos en prosa se han conservado cincuenta y una cartas, que no son sino otros tantos sermones, de igual suerte que las cartas de Sidonio eran otros tantos discursos. Son cartas de denso contenido y de gran valor para la vida religiosa de la época ; a veces son muy interesantes a causa de los nombres de algunos destinatarios, como Sulpicio Severo y San Agustín. El precioso estilo de las mismas hace muy agradable su lectura. Junto a numerosas citaciones bíblicas, que dan un gran colorido al contenido de las mismas, se reconoce el autor en los giros ampulosos, en las comparaciones vivas y edificantes. Un panegírico a la victoria de Teodosio sobre Eugenio (394) y los dos escritos *sobre la penitencia* y *sobre la general alabanza de todos los mártires* se han perdido. Si estaba justificado el entusiasmo con que San Jerónimo habla de dicho discurso y Genadio de los otros dos escritos, no podemos ya comprobarlo ; pero la alabanza de San Jerónimo (en una carta a San Paulino) es tan ponderativa que es muy posible que no respondiera a la realidad y a un juicio objetivo. Por lo tanto, en la historia de la literatura, San Paulino debe ser considerado principalmente como poeta. De 32 poesías cristianas se compone el ciclo dedicado a la glorificación de San Félix ; son en total 5,100 versos, todos hexámetros, a excepción del poema 21 (858 versos), que se compone de 166 trimetros yámbicos y

36 dísticos. Anualmente dedicaba un poema a su santo Patrón en el día aniversario de su muerte (14 de enero), en realidad en el de su nacimiento para el cielo, por lo que son llamados *carmina natalicia*. El santo de Nola había ejercido su acción taumatúrgica en favor del mismo poeta ; por ello se creía éste obligado a gratitud eterna. Los acontecimientos importantes, que aparecen a veces en lugar secundario, forman 13 poesías de marcado sentimiento religioso y de cierto valor histórico que se caracterizan, como todas las demás de San Paulino, por la claridad de su estilo y la fluidez del metro. Entre las cartas dirigidas a personas, compuestas en diversos metros, son dignas de notarse las dirigidas a Ausonio (Núm. X, XI), a causa de la entusiasta defensa que en ella se hace de su conversión, así como las dirigidas a Antonio (Núm. XXXII) y a Jovio (Núm. XXII) en cuyo contenido se señalan las grandes diferencias existentes entre las dos diversas concepciones del mundo. En un *Epitalamio* en 119 dísticos que terminan con tres pentámetros (caso único de tal combinación métrica) se ve bien claramente la marcada oposición con los epitalamios paganos ; el de San Paulino no es sino una exaltación de la ascética cristiana. También cristianizó San Paulino las *consolatorias*, tan predilectas desde tiempo antiguo así en prosa como en verso (Número XXXI en 316 dísticos) ; también era imitación de antiguos modelos el *Propemticon* (Núm. XVII) dirigido al obispo Nicetas con motivo de su vuelta desde Nola a Dacia en el año 398. Se dedica una parte meramente episódica a lo que podría parecer objeto principal

de la poesía — la vuelta y viaje del obispo, su despedida —; es una descripción de la feliz actividad misionera de su amigo en tierra de bárbaros. La poesía, compuesta de 85 estrofas sáficas, es sin duda la más larga que se nos ha conservado en dicho metro. El poema mayor de San Paulino, su carta a Cytherio (Número XXIV), en 942 versos, es principalmente una descripción del viaje de un tal Martiniano desde las Galias a Nola, en la cual está pintada magníficamente, con los más vivos colores, una gran tempestad marina. Es de carácter puramente bíblico una de las primeras poesías, dedicada a San Juan Bautista (330 hexámetros) que no desmiente el influjo de Juvenco y las paráfrasis de los Salmos de las cuales sólo se nos han conservado las dedicadas a los salmos 1 (51 trimetros yámbicos), al 2 (32 hexámetros) y al 37 (71 hexámetros); el poeta ha sabido reproducir en perfectos versos el vigor lírico, entusiasmo y *ethos* del original hebreo. Fué, por lo tanto, San Paulino el precursor de un género literario cultivado hasta la época moderna con un favor y acierto cada vez mayores. La importancia poética de San Paulino consiste en el arte de su técnica métrica; no era menos de esperar de un discípulo de Ausonio, que entre los modelos clásicos siguió principalmente a Virgilio y Horacio, pero sabiendo libertarse de una ciega dependencia aun en el léxico poético empleado. Son tan flúidos sus versos, es tan claro su estilo, sobre todo en oposición a su barroca prosa, llena de vicios retóricos de los que no se libertó Prudencio. Sabe describir magníficamente y las palabras brotan de un

corazón sentimental en grado sumo. Pero la naturaleza le había negado una rica fantasía y profundidad de pensamientos. Se mantuvo alejado de las disquisiciones dogmáticas y su carácter suave y tranquilo no se prestaba a las polémicas con los herejes. Su ideal era la propaganda de una ética práctica y la exaltación de un ideal ascético, cualidades que si hacen simpática la lectura de sus poesías explican también por qué su fama e influencia en la época posterior fué muy inferior a la de genio tan vigoroso e imaginativo como Prudencio.

La literatura cristiana alcanza su apogeo en Aurelio **Agustín**, el *non plus ultra* del ingenio humano, según frase de Bossuet, que por la influencia extraordinaria de sus trabajos literarios es la figura cumbre en la historia de la cultura con quien acaso, en este aspecto, sólo Aristóteles podría merecer los honores de la comparación. Sobre su vida, su formación cultural y su evolución espiritual, así como también sobre la sucesión cronológica de sus principales obras tenemos una información tal, aun por sólo sus escritos, como de ningún escritor ni aun del mismo Cicerón. Debemos documentación tan extraordinaria y auténtica no tanto a su biógrafo, el obispo Possidio, cuanto a dos de sus obras, únicas en su género, escritas por él mismo, a saber, las tan celebradas *Confessiones* y las llamadas *Retractationes* en dos libros que él compuso el 427, ya anciano, muy pocos años antes de su muerte. Contienen una enumeración cronológica de sus obras, con excepción de sus cartas (223) y de sus sermones (366) a las que han de añadirse unas diez más, posteriores a la referida fecha.

Su elección para el episcopado constituye, en orden a su producción literaria, un momento de clara determinación; por esto trata de las obras anteriores (27) a dicho acontecimiento en el libro I, mientras relega al II las posteriores (77) a dicha fecha. Cuán importante sea catálogo tan auténtico lo muestra el hecho de que se hayan atribuído a San Agustín más de 300 sermones por el único motivo de que tal vez la muerte, suspendiendo su actividad literaria, le interrumpió quizá cuando se hallaba dispuesto a hablarnos de ellos, ya que había prometido tratar en sus *Retractationes* no sólo de las cartas, sino también de los sermones. Las *Retractationes* nos ofrecen asimismo interesantes detalles sobre la finalidad y contenido de sus obras así como también sobre sus opiniones corregidas o modificadas más tarde, y nos dan a conocer conclusiones y afirmaciones tales que únicamente su autor podía hacernos. Pudo tener como modelo en tal género bio-bibliográfico las dos bibliografías del conocido médico y polígrafo Galeno (siglo II a. de J. C.) — enumera y detalla 153 obras en 504 libros — ; pero es muy dudoso si Agustín tuvo el menor conocimiento de esta obra, que por lo demás tiene un carácter muy distinto del de las obras a que nos venimos refiriendo.

Agustín nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste, ciudad de la Numidia. Muy niño todavía perdió a su padre, que se había convertido al Cristianismo en edad ya muy avanzada, por lo que su educación y formación corrieron a cargo de su madre Santa Mónica. Influyó ella poderosamente en su hijo hasta su muerte (387);

en el libro IX de las *Confessiones* el autor le dedica perenne monumento de piedad filial. Estudió Retórica en la vecina Madauros, patria de Apuleyo, y en Cartago donde se adhirió a la secta de los Maniqueos, a la que perteneció durante nueve años, para ser más tarde su más acerbo impugnador y su más irreconciliable enemigo. Enseñaban éstos la doctrina dualistica del persa Zoroastro con sus dos divinidades: Ormuz, principio del bien, y Ahriman, principio de las tinieblas o del mal, que Manes, fundador de la religión oriental en 276, había introducido en el Cristianismo. Por lo demás, el maniqueísmo representaba una tendencia ascética bastante intensa con la que no se compaginaban muy bien los pecados y excesos de la juventud de Agustín (cfr. supra). En 374 profesó la Retórica en Tagaste y poco más tarde en Cartago. Diez años después, inmediatamente de su ruptura con el maniqueísmo, marchó a Roma atrayéndose por sus éxitos la atención del célebre Simaco (Hist. l. l. 328) que le recomendó a San Ambrosio en sus pretensiones a una cátedra de Retórica en Milán. De esta suerte se dió el caso, verdaderamente fortuito e irónico, de que el inconmovible y genial defensor de las antiguas creencias (paganas) fué quien, sin darse cuenta, llevó hacia el Cristianismo a aquel hombre que estaba llamado a destruir por completo el ya ruinoso edificio del paganismo. Habiendo operado en Agustín una especie de conversión filosófica, provocada por la lectura del *Hortensius* « el rey de los diálogos de Cicerón », se volvió al neoplatonismo que presentaba varios puntos de contacto con el Cristianismo.

Pero tampoco estas doctrinas podían satisfacer plenamente y por largo tiempo a los que verdaderamente buscaban a Dios. Mucho más que la impresionante elocuencia de San Ambrosio influyó en su espíritu un escrito oratorio de San Atanasio, de marcado sabor ascético y de pleno renunciamiento, sobre la vida del solitario egipcio San Antonio, cuya noticia le trajeron algunos amigos. Parece que esto fué el golpe decisivo. Para prepararse al bautismo, que le administró en 387 San Ambrosio, se retiró a Cassiciano (junto a Milán). Allí compuso ya algunos de sus primeros escritos. La vuelta a su patria se vió entristecida con la muerte de su santa madre, en Ostia. Luego de ejercitarse con suma intensidad en los estudios teológicos, durante tres años en Tagaste, fué sacado de su retiro al ser ordenado sacerdote y destinado a Hipona donde fué nombrado *coepiscopo* (en 395) y poco más tarde obispo. Su actividad de predicación y literaria duró incesante hasta el final de su vida y fué considerado siempre como figura preeminente de la Iglesia. Murió durante el sitio de la ciudad por los vándalos, el año 430.

No hay apenas rama alguna de la Teología en que Agustín no se significara de un modo relevante, marcando siempre con sus estudios líneas y criterios notablemente directivos, por no decir definitivos. Aun prescindiendo de sus asombrosas y numerosas predicaciones y cartas, que a veces son verdaderos tratados monográficos, sus escritos polémico-dogmáticos, entre los cuales merecen especial mención los 33 libros *contra Faustum* y contra los Donatistas y Pelagianos que

forman más de la mitad de sus obras. Siguen en importancia, aunque no en extensión, los 15 libros *de Trinitate*. Empleó en su composición 17 años y constituyen por su originalidad y profundo estudio de tan difícil y nunca terminado problema, su obra maestra. A continuación viene la *Ciudad de Dios*, la única obra de San Agustín traducida al griego a fines del siglo XIII por el célebre monje bizantino Máximo Planudes. Siguen dos escritos polémicos contra los arrianos que no alcanzan tan gran importancia. Su escrito *adversus Haereses*, a pesar de no ser otra cosa que una compilación de obras que en su mayoría nos han llegado, logró una gran celebridad a causa principalmente de los catálogos de herejes, entre los que aparece el mismo Tertuliano.

Se dedicó también San Agustín, como era natural, a la exégesis bíblica : sus trabajos sobre tales materias se hallan en los tres libros últimos de sus *Confessiones*, en sus Sermones y en numerosas monografías especiales. Fueron muy estimadas durante toda la Edad Media siendo muy notable su influjo, no ya por su valor objetivo, pues desconocía el Santo por completo la lengua hebrea y apenas si conocía el griego, sino más bien por la autoridad que les daba su nombre.

Si por estudio de interpretación bíblica ocupa el Santo un lugar muy secundario, como teorizante creó una de sus mejores obras en sus cuatro libros *de Doctrina Christiana*. Aunque pretenda, principalmente, señalar los medios para una explicación recta y metódica de la Biblia, dicha obra debe su perenne celebridad a otras

razones muy distintas. Fué, en efecto, dicha obra, durante la Edad Media, el canon y guía de la hermenéutica cristiana, pues su autor rompió lanzas en ella aun por otras disciplinas liberales, como la Oratoria, Retórica y Dialéctica, descubriendo en éstas un medio no despreciado para los fines espirituales. También Casiodoro (Hist. l. l., 379), al terminar la Edad Antigua, se apropió un criterio parecido, como antes lo había hecho San Jerónimo, y lo señaló a sus monjes como legado que habían de practicar.

En el estilo de San Agustín se refleja siempre, claro es que con muy notables diferencias según la diversidad de las materias tratadas, el elocuente retórico. Su gusto literario, formado en Cicerón y Virgilio, fué como segunda naturaleza, de tal suerte que al principio el lenguaje sencillo de la Biblia le repugnaba y esto le impidió durante largo tiempo familiarizarse con su elevado contenido. Más tarde, como es consiguiente, se revela con intensidad su educación retórica en sus predicaciones al pueblo *(Sermones)* que, improvisados las más de las veces, eran no obstante copiados por los oyentes o escritos luego por el mismo autor según los recordaba. El influjo de la literatura pagana muéstrase asimismo en sus escritos de la época anterior al bautismo en los que predomina la forma dialogada, por ejemplo, en las obras más bien filosóficas que dogmático-cristianas *Contra Academicos* y en los no acabados *Soliloquia*, que contenían ya muchos de los gérmenes de las *Confessiones*. En un diálogo aparece, a imitación de los *Pensamientos* del emperador Marco Aurelio, aunque parece

que no conoció esta obra, al menos en su original. Estos diálogos, en los que fácilmente se descubre al profundo y agudo dialéctico, constituyen un especial grupo dentro de este género literario tan en boga desde Platón, pues, si hemos de creer en sus datos, se trata de verdaderas conversaciones escritas al mismo tiempo de ser tenidas y a las que más tarde se les daba la forma escénica (dialogada). Mas parece que no se trata sino de ficción literaria (cfr. 10), sin que por esto sea necesario excluir que Agustín celebrara con sus amigos conferencias sobre tales cuestiones.

Como retórico emprendió San Agustín un gran plan de enciclopedia, en forma dialogada, de las siete artes liberales, esto es, de la Gramática, Música, Dialéctica, Retórica, Geometría, Aritmética y Filosofía, excluídas (como en Marciano Capella) las otras dos disciplinas varronianas, la Medicina y la Arquitectura. Pero de estos *Disciplinarum libri* sólo terminó la Gramática, que se ha perdido, y luego los seis libros de Música. Se trata en ellos solamente del ritmo, según la doctrina del mismo Varrón. En las otras partes, según nos comunica él mismo, no pudo pasar de sus principios. Más tarde no pudo él ya continuarlas, a pesar de lo cual — según sabía él — corrían varias copias, de las que proceden los fragmentos que nos han llegado de la Retórica y Dialéctica. No son sino compilaciones; pero nos compensan de la pérdida de las fuentes más antiguas aprovechadas. Hay que relacionar el hecho de que la obra total quedara incompleta con la conversión de San Agustín de retórico en teólogo, según

muestra el tratado de la Música. Lo que Agustín no pudo realizar llevólo a cabo su paisano y contemporáneo Marciano Capella en su magnífica obra *de nuptiis Philologiae et Mercurii*, que a pesar de las deficiencias en estilo y forma, fué uno de los manuales escolares más usados por la posteridad. ¿Cabría pensar que San Agustín, ante el temor de esta concurrencia, desistiese de su mismo plan?

Aun hoy son muy pocos, entre los teólogos eruditos, los que puedan gloriarse de un buen conocimiento de los cientos de sermones de San Agustín. Solamente su extensión podría ya desanimar para su lectura, pero son notables por la variedad de su contenido y multiplicidad de formas, aunque no sirven para un más perfecto conocimiento de sus doctrinas y evolución dogmáticas que están mucho más claras y explícitas en los numerosos escritos dedicados al clero. Lo cual nada tiene de extraño, pues la mayoría de los sermones están dedicados a los simples fieles, y Agustín era el primer convencido de que debía ponerse al nivel espiritual de sus oyentes. Pero para más impresionar con su predicación y lograr el éxito deseado debía él usar, y así lo hacía, un estilo rico y florido con todas las galas de la retórica. Y en esta presentación artística está, no sólo para el historiador de la literatura, sino aun para el simple lector acostumbrado a apreciar tales cualidades, el principal — por no decir único mérito — de muchos de los dichos sermones.

De mucha mayor importancia es su correspondencia, que si por la extensión no iguala a la de Simaco y a la

de San Gregorio el Magno, por su contenido pertenece a las más notables de la Antigüedad. A veces son cartas privadas, pero en la mayoría de los casos están destinadas a un gran público, como sucede — a excepción de las de Cicerón — con todas las colecciones epistolares de la Edad Antigua que nos han llegado. A esto se debe sin duda también el hecho singular — único en la historia de la epistolografía — de que, en tan gran número de cartas, apenas haya datos relativos exclusivamente a las circunstancias personales de su autor. Resalta este carácter de tal suerte, comparado con las *Confessiones*, que se puede señalar en ello un criterio para descubrir las cartas cuya autenticidad se haya puesto en duda. Se ocupan de las más variadas cuestiones de la dogmática, exégesis y filosofía moral que tan vivamente interesaban entonces a los teólogos y que tanto gustaban a San Agustín, pero se han conservado también cartas de consolación y de consejo dirigidas a personas determinadas. Es muy notable en estas cartas, como en los sermones, el cuidado que su autor tiene de las circunstancias y cultura de sus destinatarios, poniéndose siempre a tono con ellas. Entre las personalidades más salientes de la vida religiosa de entonces hay sin duda muy pocas con las que San Agustín no haya mantenido correspondencia. Claro es que las que mayor interés han suscitado son las cartas dirigidas a San Jerónimo. San Agustín sentía viva necesidad de mantener con sus contemporáneos relaciones no sólo científicas, sino también amistosas, pero sus repeticiones incesantes se estrellaban con el carácter

de San Jerónimo (cfr. supra), tan distinto del de San Agustín. La impresión general que nos produce la lectura de estas cartas es en extremo simpática y, si no me engaño, es un verdadero y fiel retrato de la personalidad de su autor, tal vez superior al que nos representan sus *Confessiones.*

Resta enjuiciar las dos grandes obras de San Agustín, que han colocado tan justamente su nombre muy alto aun en disciplinas no teológicas y que, por su contenido e influencia sin igual, han merecido para su autor un puesto preeminente en la literatura mundial: nos referimos a sus *Confessiones* en 13 libros y a los 22 libros *de Civitate Dei* (la Ciudad de Dios).

Las *Confessiones* de San Agustín son una autobiografía en forma de confesión hecha a Dios de su vida pasada. Comprende sólo hasta el tiempo en que, a la edad de 33 años, después de largos desvaríos, oscuras dudas y tremendas tempestades que perturbaron su alma, al fin logró conocer y experimentar en sí la omnipotencia de Dios, creyendo en su verdad y alcanzando en cierto modo el final de la evolución religiosa y espiritual de su alma. La obra fué compuesta unos trece años después de aquel momento; según confiesa él mismo (*Retract.*, II, 6) en dos partes: los libros I-X tratan de su vida *(de me scripti sunt)*, mientras los libros XI-XIII encierran consideraciones exegéticas sobre la historia de la creación según el Génesis, desde el *In principio creavit Deus...* hasta el descanso del sábado. El libro X, notable por su misma extensión, es una oposición a los libros precedentes, pues mientras éstos

tratan de *quis ego fuerim*, el libro X retrata el estado de su alma en el momento en que escribía *quis ego sim*. Como los libros XI-XIII caen por completo fuera del plan autobiográfico, cabe pensar si con ellos quiso el santo dar una prueba clarísima y científica de su reconocimiento de Dios, mientras que en el libro X nos ofrece todos los datos personales que recordaba de los diez años pasados desde su conversión. Es difícil hacer un análisis más detallado del contenido de las *Confesiones*, pues, aunque fuera posible, sería tal que no satisfaría en modo alguno ni excusaría de la lectura directa de las mismas. Basten, por lo tanto, unas breves consideraciones generales sobre el contenido de cada uno de los libros. El libro I comienza con una oración que nos introduce en el mundo religioso, dentro del que se desarrolla toda la obra ; se pone de manifiesto la naturaleza pecadora del hombre y la desconocida bondad y protección de Dios, siempre presto a auxiliar a los arrepentidos y a conducir por el camino de la virtud a los que con humildad y amor se acercan a él. Los primeros años de los niños deben ser dedicados por completo a Dios, cuidando Agustín de señalar que tales ideas no se fundan en los recuerdos de su infancia. Cuenta en seguida cómo era un discípulo caprichoso y fácilmente irritable ; pero aprendió latín, leyendo la *Eneida*, de Virgilio, que le gustaba sobremanera, mientras odiaba el griego. Le gustaba mucho dedicarse a los juegos, por lo cual tomaba a veces del comedor de sus padres comidas y otras golosinas para cambiarlas con los objetos de juego, pecado del que aun demandaba

ahora perdón a Dios. El libro II contiene el desarrollo de su vida hasta los 16 años, confesándose autor de muchos pecados. Recuerda su afición a tomar las frutas de un jardín vecino, lo que le lleva a tratar de la naturaleza del pecado, y en el libro III — era entonces estudiante en Cartago — nos cuenta que la lectura del *Hortensius*, de Cicerón, despertó en él la afición a la filosofía, pero que cada vez se apartaba más de Dios. Con tales estudios estilísticos retardó el proyecto que acariciaba de leer la Biblia, pues todo se le iba en imitar a Cicerón en su estilo, como modelo de prosa. En el libro IV ya aparece Agustín como profesor de Retórica en Cartago y en Tagaste. Fué entonces cuando entró en relaciones con los maniqueos. Cuenta, en el libro V, cómo luego de separarse de ellos, marchó a Roma, donde aparece jugando un papel no muy excelente el obispo Fausto, cabeza de aquéllos. En los cuatro libros siguientes describe Agustín, con colorido verdaderamente dramático, los años siguientes de su vida hasta que una verdadera peripecia le llevó al bautismo y por éste a su Dios, disponiéndole para una vida espiritual y ascética. La descripción de esta victoria sobre sí mismo (VIII, 6, 13-12, 30), la acción de gracias a Dios y las alabanzas a su madre y el llanto por su muerte (IX, 8, 17-12,33) forman, con su soberano *pathos*, magníficos cuadros que dominan por completo los momentos más notables de toda la obra. En el libro X cuenta Agustín, según ya hemos visto, su estado espiritual después de su conversión y hasta el momento en que escribe; son pensamientos que recurrirán con

frecuencia en los otros escritos del Santo. Digna de notarse, de modo especial, es su discusión sobre el pensamiento (c. 8-21) así como un panegírico psicológico, no exento por cierto de sutilezas. Los siguientes libros XI-XIII, dedicados, según ya hemos dicho, a la exégesis de la Biblia, es la obra en que San Agustín más se entregó a la *alegoresis*, pero donde son sumamente notables y llenas de ricos pensamientos las ideas sobre el tiempo (XI; 13-31), que señalan, en la historia de las cuestiones filosóficas, un momento culminante.

En una autobiografía como la agustiniana que se funda no en las noticias diariamente consignadas, sino principalmente en los recuerdos de la vida pasada, levantando sobre éstos un análisis y crítica de su yo, la principal cuestión es la de su veracidad y fidelidad. El que considere en su conjunto la vida del Santo por sus Confesiones, notará que, como en Goethe, se juntan continuamente la verdad y la poesía. En efecto, algunas afirmaciones del mismo San Agustín dan a entender que no es su pretensión principal contarnos su vida según un método histórico y objetivo, sino que más bien era su finalidad ante todo la edificación y la educación, por lo cual, con gran claridad, quiere presentar su estado antes de la conversión y después de ella. Lo esencial, ante todo, es poner de relieve el poder de Dios y su gracia omnipotente, las dos piedras miliarias principales de su sistema teológico.

Este carácter tan predominante de conocer la vida de San Agustín por las Confesiones ha sido la causa de que no se pusiera gran atención en su valor literario,

en el estilo de la obra. Mas el historiador de la literatura debe poner gran atención en el estudio de ese estilo, tanto más cuanto que las Confesiones, junto con la Biblia, son las únicas obras de la literatura mundial que deben toda su celebridad a su contenido no a su estilo. En ellas no deja de adivinarse el antiguo retórico. De aquí el frecuente empleo de las antítesis; los fríos juegos de palabras aun en los más sublimes momentos, como en IV, 7, 12 *nec volebam nec valebam*, ocurren con suma frecuencia. Arnobio podría suscribir un fragmento como VIII, 9; las repeticiones y demás procedimientos retóricos se nos ofrecen a cada paso. Examinado en conjunto, el estilo en general es flúido, cortado y descuidado en la construcción de las preposiciones y en el uso de las palabras. Sumamente característico del estilo de Agustín es el continuado uso de citas bíblicas, que a veces no son muy oportunas y hasta oscurecen el contexto. Abunda a veces en defectos de toda clase, de los que bastará citar este ejemplo. En medio del dolor que le produce la muerte de su madre, ruega a Dios le muestre un medio de aliviar su dolor. Y continúa diciendo que tomó luego un baño porque, en cierta ocasión, oyó decir que la palabra latina empleada para designar el baño se tomó del griego, donde significa « lo que quita la tristeza del ánimo ». Todo esto se funda en una inexacta etimología de dicha palabra, e indudablemente que todo el pasaje produce en el lector un efecto no muy distinto del que le causaría un repentino jarro de agua fría. Para darse cuenta del desvarío literario de tal pasaje, léase el admirable epílogo de

Agricola, donde Tácito se lamenta de ia muerte de su padre político. Es verdad que no se necesita insistir en que las Confesiones no constituyen un monumento de prosa latina, ni es difícil encontrar las razones de ello. Agustín escribió esta obra con el corazón, en medio de una conmoción feliz, en un estado de ánimo que parecería el más apropiado para evitar los defectos literarios o al menos para cometerlos rara vez. Si sucede lo contrario, se debe a la naturaleza de la misma obra. Agustín supone que sólo le escucha Dios, y en conversación con él, no interrumpida, le va contando todos los sucesos de su vida, sus pensamientos y sentimientos, situación psicológica de la que el lector podía darse cuenta únicamente por los continuados apóstrofes que se suceden sin cesar. Creo, por lo tanto, muy verosímil que las deficiencias de estilo de las Confesiones entraban en las intenciones del Santo, pues estaba sin duda convencido de que un estilo cuidado y artístico, por ejemplo, el que en otro tiempo empleara para ante el público lograr sus triunfos retóricos, celebrados con aplausos, disonaba por completo de materia tan divina y espiritual. Puede encontrar ejemplo parecido en el notable retórico griego Elío Arístides (siglo II d. de J. C.), que en circunstancias parecidas, en sus autobiográficos *Discursos santos* empleó también un estilo sencillo, descuidado y vulgar mientras que el de todas las demás obras es artístico, limado y a veces oscuro. Si el gran éxito de las Confesiones se debe precisamente a esos momentos llenos de sentimentalismo, la importancia de *La Ciudad de Dios* se funda, ante todo, en su con-

tenido lleno de pensamientos histórico-filosóficos. Ya la sola concepción, tan fundamental en la teodicea de San Agustín, de la oposición de las dos ciudades, la terrena, que será aniquilada, y la celestial, que le seguirá eterna y perenne en el cielo, es sencillamente grandiosa. Aunque la idea es ya anterior a San Agustín (Tyconius) y ciertamente depende de numerosas fuentes, que no son difíciles de señalar, es lo cierto que en su forma actual es una idea de primer orden, desarrollada en la profundidad de los pensamientos y en la espiritualidad de su contenido con suma y acabada perfección, con un carácter marcadamente personal del Santo. Empleó San Agustín unos catorce años (412-426) para llevar a cabo su obra maestra. Precisamente a las diversas circunstancias de tan largo espacio de tiempo se debe el hecho de que, no obstante el brillante estilo y su admirable claridad, parezca faltarle cierta unidad y no está libre de repeticiones.

A su gran extensión y a la incesante actividad de su autor se debe esta circunstancia, tan rara en la historia literaria y que tal vez habrá sido más útil que perjudicial, que no podía llevarse a cabo — con intentos de revisión y corrección — la lectura de cualquiera de las partes sin causar gran daño a la claridad y recta inteligencia del conjunto de obra tan admirable ; hemos de pensar también en otra circunstancia no menos importante, pues, según nos declara el mismo San Agustín, su obra fué publicada en diversas partes y en distintos tiempos, sin duda conforme la iba redactando.

No es posible extractar concisamente, sin desfigurarla, esta gran obra con sus 22 libros y 661 capítulos; tal intento, ya muy difícil en sí, lo es mucho más a causa de los numerosos y largos *excursus*, tan valiosos, aunque rompan no pocas veces la conexión total. Sabemos, por su mismo autor, que el saqueo de Roma por Alarico, que tuvo lugar en el año 410, fué la razón que le decidió a escribir esta obra, pues dicha catástrofe dió nueva ocasión a paganos y paganizantes para volver a la antigua calumnia de que todas las desgracias que sufría la humanidad eran debidas al Cristianismo. Consagra, por lo tanto, los tres primeros libros a refutar tal acusación ; es tal, pues, la personalidad de esta parte y tenía que ser tan oportuna su inmediata publicación que no ha de extrañarnos fuera esta una de las partes inmediatamente publicadas luego de ser escrita. Es muy probable que San Agustín no tuviera intención, según su plan, de comenzar por esta parte ; por lo cual, no teniendo preparadas ni estudiadas las pruebas en contrario, hubo de tomarlas de Orosio (cfr. supra) ; cuando hubo terminado tal refutación, se volvió tranquilo a su plan primitivo, con el cual — como vemos — nada tenía que ver la cuestión estudiada en los tres primeros libros. La ejecución de su proyecto está, pues, en los siguientes 19 libros que han de dividirse, según cuenta el mismo San Agustín en las *Retractationes*, en dos grandes grupos. El primero (libro I-X), de carácter principalmente polémico-apologético, trata en los libros I-V del culto de los dioses, demostrando cuán falsa era la creencia de que fuera necesario para la vida

ultra-terrena como prueban los libros VI-X. Comprende la segunda parte (libro XI-XXII) el desarrollo de su gran concepción de las dos ciudades, la terrena y la celestial, cuya descripción minuciosa va haciéndose metódicamente en los libros sucesivos según sus estadios más notables de fundación *(exorsus)* en los libros XI a XIV, desarrollo *(procursus)* en los libros XV-XVIII, y fin *(fines debiti)* en los libros XIX-XXII. Tal es el gran cuadro, en líneas generalísimas, de toda la obra. Con suma brevedad — y prescindiendo de los magníficos e interesantísimos *excursus* — véase aquí el extracto del contenido de la obra. En el libro I demuestra que en la toma de Roma por los bárbaros han sufrido por igual los cristianos y los paganos ; la desgracia ha sido una prueba para aquéllos, un castigo para éstos. En el libro II demuestra San Agustín que también, antes del Cristianismo, en plena adoración de los dioses (que no son sino los malos demonios), no dejaban de sufrir muchos males, sobre todo morales, los paganos. En su impresionante apóstrofe final es invitada Roma a echarse por completo en brazos del Cristianismo ; tan sólo esto podrá hacerla feliz. Con la historia en la mano prueba en el libro III cómo, en pleno paganismo, sufrieron los paganos no pocos ni pequeños males materiales, sin que los pudieran evitar los dioses. Refuta en el libro IV la falsa creencia de que la duración y extensión del Imperio romano se debiera a los dioses ; con fina ironía pone de relieve el sinnúmero de dioses y los cometidos tan diversos y contrarios que cada uno tiene. Antes bien fué el verdadero Dios, el de los cris-

tianos, quien ha dado a Roma el señorío del mundo. La erudición mitológica de este libro y de toda la obra la adquirió San Agustín en la enciclopedia de Varrón, Antiquitates (*Antiquitates — res divinae* ; *res humanae*— en 41 libros) ; por ello la Ciudad de Dios nos compensa, en parte, de la pérdida de la obra de Varrón. En el libro V pregunta por qué Dios ha hecho tan grande y poderoso al mundo pagano, pues ni la casualidad ni el hado, que para nada dependen del influjo de las estrellas, han podido hacerlo tal ; sólo la providencia es causa bastante a ello : el valor y el amor de la gloria que, aunque defecto, encierran cierto mérito y suponen perfección de humana naturaleza, movieron sin duda a Dios a ayudar a los romanos en su terrena dominación. Ocúpase en los libros VI-VIII de la mitología, siguiendo a Varrón, que dividía la religión en poética *(theologia fabulosa)*, física *(naturalis)* y civil *(civilis)* : estos libros tienen el mérito que ya hemos señalado, de ser un gran depósito de erudición antigua. Desde el capítulo 14 se ocupa San Agustín de la doctrina de los demonios, siguiendo en ella sin interrupción hasta final del libro X, en que refuta a Apuleyo y a Porfirio.

En el libro XI comienza la segunda parte que ha recibido el título *(de civitate Dei)*, según confesión del mismo Santo, de la mejor parte *(a meliori)*. La Ciudad de Dios comenzó con la creación de los ángeles ; pero una parte de estos espíritus se rebeló contra su Criador por lo que perdieron su felicidad, que había de ser plena y eterna, *civitas Dei*, y fueron convertidos en espíritus malos, demonios ; éstos son los dioses que

adoran los paganos. Esto le da lugar a tratar de la esencia y origen del mal y de la creación, en el tiempo, del linaje humano; discute en una polémica las opiniones de cómo Platón y otros, están en contradicción con la Sagrada Escritura. La muerte es, según el libro XI, un castigo, impuesto por el pecado de Adán; se ocupa del pecado y de los problemas con él relacionados en el libro XIV. La oposición de la *civitas terrena* y de la divina se muestra por vez primera en el asesinato de Abel por su hermano Caín. Sigue en los libros XV-XVIII un compendio de historia bíblica así como de otros pueblos, ante todo de los romanos, donde es de notar de modo especial el uso continuado del método sincrónico.

También es digna de señalarse la aplicación de las edades del hombre (infancia, juventud, etc.) a los períodos de la historia universal, que ya tenía sus precedentes — aunque referida sólo a la historia romana — en Séneca, Floro y Amiano. El libro XV llega hasta el diluvio; es muy interesante la exposición de la larga duración de la vida de los hombres prediluvianos. En el libro XVI se continúa la comparación desde Noé hasta los reyes de Israel, en el libro XVII hasta Cristo; el XVIII, que contiene numerosos e interesantes *excursus*, nos ofrece la historia de las demás naciones. En el resto de la obra trata el Santo en el libro XIX la cuestión acerca del último fin, siendo muy interesante, para la historia de la cultura, la narración y crítica que hace de las opiniones de los antiguos filósofos. El capítulo 12 es uno de los más hermosos de toda la obra:

trata de la exaltación de la paz. El libro XX versa sobre el juicio final y el XXI sobre las penas del infierno, cuya eternidad defiende con tesón y valentía San Agustín. El libro XXII está dedicado, por el contrario, a la exaltación de la magnificencia de la Ciudad de Dios. Resucitan gloriosos, por virtud de Dios, los que han de gozar de la vida eterna ; refuta el Santo toda clase de dudas y acusaciones contra hecho tan principal. Como prueba fehaciente de que tales milagros suceden aún en este mundo escoge el Santo (c. 8) veinte milagros, de casi todos los cuales había sido testigo ocular. Suscitada ya la cuestión de los cuerpos resucitados, trata de su importancia para la bienaventuranza y dice, con este motivo, que todos resucitaremos con la edad misma de Cristo, cuando fué crucificado y resucitó luego glorioso ; finalmente trata del estado de los bienaventurados y sobre todo de la visión de Dios, meta y fin de toda la bienaventuranza, esencia íntima de *la Ciudad de Dios*.

Los libros *de civitate Dei* son altamente estimables no sólo por su notable extensión y por ser la obra más profunda de San Agustín, sino también por ser la más erudita que supone o refleja gran conocimiento de toda clase de autores. De los griegos ocupan el primer lugar, entre los autores conocidos por San Agustín, Platón, con quien naturalmente tiene tantos puntos de oposición, y los neoplatónicos, principalmente Porfirio. Claro es que, desconociendo el griego, hubo de aprovechar traducciones y escritos de segunda mano, principalmente los de Victoriano. Entre los latinos ocupan el

lugar principal Varrón, Cicerón *(de republica ; de divinatione)* y Apuleyo con su *de deo Socratis* y el *Aesculapius* que corría bajo su nombre. De sus variados y no comunes conocimientos de la poesía y prosa latinas, desde Eninio, Plauto, Terencio, Livio hasta su contemporáneo Claudiano, da claro y continuado testimonio esta obra como ninguna otra del autor ; pero a todos los clásicos latinos, utilizados por el Santo, sobrepasa de mucho Virgilio. Es imprudente el total silencio que guarda para los escritores cristianos que le precedieron, silencio tanto más notable cuanto que no pocas veces usa sus mismos pensamientos ; fuera de Orígenes, San Jerónimo (sólo una vez) y Lactancio, no encontramos citados a los cristianos ni aun en los lugares en que parecía cosa muy natural y exigida por las circunstancias ; por ejemplo, se calla San Agustín el nombre de San Ambrosio cuando compara, con palabras de éste, los cuatro evangelios a los cuatro ríos del Paraíso. (XIII, 21). Tal vez se deba este silencio a la costumbre común a los escritores antiguos, de citar a sus antecesores, tan sólo cuando discrepaban de ellos. Nunca quiso San Agustín entrar en polémicas con sus correligionarios. Domina en toda esta obra una gran serenidad, una soberana *majestas*, un pleno conocimiento de la victoria que obligan a su autor a suponer en todos sus adversarios la mayor rectitud y probidad, subjetivas, en sus equivocadas opiniones. Faltan aquí por completo el apasionamiento y las alusiones personales, que encontramos en las polémicas de Tertuliano y San Jerónimo; sólo se ataca aquí la debilidad de los argumentos. El

autor no se preocupa sino de probar su tesis, claro que a veces con armas meramente sofísticas y dialécticas. La posteridad no halló en todo esto ningún motivo de escándalo; lo esencial para la Edad Media cristiana, que se nutrió plenamente de esta obra, era la concepción religiosa que la dominaba y que creía realizar en sí, en la parte que le correspondía, el mundo medieval. Papas y Emperadores se apoyaban en la *Ciudad de Dios* para sus ideales sobre el poder y esfera de acción que respectivamente les correspondía.

Puede decirse que, después de los sagrados libros de la Biblia, fueron los de Agustín los más respetados por la posteridad, influyendo notablemente sobre todo en la Edad Media, y aun hoy ocupa el primer lugar entre los escritores latino-eclesiásticos; desde él hasta Santo Tomás de Aquino no hubo ya genio teológico que realmente influyera en la cristiandad. Pero, para ser justos, debemos confesar que San Agustín es muy inferior a Tertuliano y a San Jerónimo así en la fuerza dialéctica como en la erudición, sobre todo en la griega. Tampoco se distinguió de modo extraordinario como exégeta, aunque hayamos de reconocer que no abusó de la exégesis alegórica. Tampoco supera, como estilista, a San Cipriano, San Hilario y Lactancio. ¿Dónde, pues, está el secreto de su soberana grandeza? En primer lugar en su originalidad, en la riqueza de pensamientos y en la irresistible atracción de su personalidad tan genial como simpática. Su pensamiento fundamental es libertar definitivamente la Iglesia occidental de la oriental en el terreno intelectual, pues de ésta habían tenido que

depender continuamente todos los antecesores de San Agustín; todavía no ha sido apreciado cual debiera, dada la importancia de sus consecuencias, este plan tan genial como bien realizado.

Dijo en cierta ocasión San Agustín, refiriéndose al poli-historiador Varrón, que se maravillaba de *cómo había tenido tiempo para escribir algo;* mas él (San Agustín) escribió tanto, que difícilmente se encuentra quien haya leído todas sus obras. Actualmente sus obras, a excepción de las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*, tienen muy reducido número de lectores porque, dada la evolución científica de la Teología católica que ha aprovechado cuanto útil ha encontrado en los Santos Padres, principalmente en San Agustín, las obras de éste ya casi no tienen sino un interés histórico. Pues cuanto a su valor literario, estilístico, ya lo hemos hecho notar claramente, no es tan extraordinario que pueda ser leído a título sólo de buen prosista, por los no teólogos.

Admira sobremanera, según manifiesta el juicio final de Gudeman y el paralelo que establece entre Varrón y San Agustín, tan ventajoso para éste, la prodigiosa actividad literaria del obispo de Hipona. Y no obstante la gran extensión y variedad de sus obras, que asusta la sola visión de los tomos que integran sus ediciones, no podemos tener aún la seguridad de que las poseamos completas. Las antiguas ediciones han sido notablemente completadas con los descubrimientos de Michel Denis y con el reciente (1917) de Dom Morin que en un códice (Guelferbytano, 4096) halló 95 tratados de los que 72 — entre los cuales eran 32 completamente inéditos — correspondían a San Agustín.

Martín Lutero celebra a San Agustín como único, entre todos los doctores cristianos, capaz de parangonarse con los apóstoles.

Realizó evidentemente su ideal de latinizar la ciencia eclesiástica que todavía mantiene como suya la Iglesia, pues, en opinión de Bossuet, las obras del mismo Santo Tomás de Aquino, o Angel de las Escuelas, no son en último término sino las doctrinas mismas de San Agustín, el retórico romano, reducidas a la concisión y rigidez del método escolástico.

En cuán gran estima fuera tenido siempre San Agustín lo muestra también el episodio de Boccaccio y Petrarca. Habiendo regalado aquél a éste una copia del comentario de San Agustín a los Salmos, el cantor y amante de Laura agradeció tanto aquel don que calificó de *magnífico e insigne*, que escribía así al famoso autor del *Decamerone* : « En adelante caminaré más seguro por el proceloso mar de David ; evitaré los escollos y ya no me horrorizarán las olas de las expresiones y el rudo encuentro de las frases. »

Sucede completamente lo contrario con su contemporáneo **Sulpicio Severo**, de Aquitania, que, aunque mereció el sobrenombre de Salustio Cristiano, es muy inferior a San Agustín. De noble y distinguida familia, se educó en Burdeos donde probablemente fué discípulo de Ausonio. Se dedicó con gran éxito a la vida jurídica; mas también se ocupó de la ascética, practicándola siempre con rigorismo cada vez mayor bajo la influencia del santo obispo Martín de Tours (m. 397). Debe su fama principalmente a la *Vida* de este Santo, (obra en su género de las más leídas en la Edad Media) y a las dos compilaciones de la misma, redactadas en forma dialogada. Sulpicio escribe con un brillante estilo, imitación del de Salustio, libertándose de esta suerte de las minucias y pompas retóricas de los prosistas de entonces. Prueba clara de la aceptación con que fueron recibidas sus *Vidas* de San Martín está en el hecho de que fueran versificadas por Paulino de Perigueux (cfr.

infra) y por Venancio Fortunato (Hist. l. l. 375). Mientras se deja llevar plenamente de su fantasía en sus obras *Panegyrici* de San Martín, sus dos libros de *Chronica* constituyen un modelo de pleno sentido histórico, muy raro en la Antigüedad. Forman una excelente *historia universal* con el criterio de ofrecer a los desconocedores de la Biblia un compendio de las cosas más notables, dignas de saberse. Omite los Evangelios y los Hechos de los apóstoles, porque un compendio no basta para dar a conocer su importancia y contenido ; en sustitución de ellos ofrece una narración, con tendencias marcadamente cristianas, de todo lo sucedido hasta el consulado de Estilicón (400). Es indudable que Sulpicio utilizó preciosas fuentes, que en general se guarda muy bien de citar ; deben señalarse entre ellas a Tácito (que a fines del siglo IV estuvo muy en boga durante algún tiempo), a San Jerónimo, a Sidonio Apolinar y a Orosio. El artificioso estudio de esta obra, sus especiales características y cuadros, hacen de ella una lectura muy interesante.

Su *Vita* y *Diálogos* alcanzaron, ya en vida de su autor, un gran éxito, y no faltaron en épocas posteriores en casi ninguna biblioteca monástica ; se nos han conservado en más de 150 códices. Su *Chronica*, por el contrario, apenas si mereció importancia alguna, por lo que no se conoce de ella sino sólo un códice del siglo XI. Este hecho, a primera vista sorprendente, se debe sin duda a que, a pesar de su vario contenido y de lo limado y perfecto de su estilo, no respondía a lo que entonces se acostumbraba en una crónica. Por esta

razón la de Sulpicio Severo no puede parangonarse a las ricas crónicas de Eusebio y de San Jerónimo que él explotó con tanto provecho.

Es muy numerosa la literatura a que dió lugar la herejía priscilianista, indigena — en su origen y desarrollo — de sólo España, comprendiendo en ella la Lusitania y la fronteriza Aquitania. Todavía está muy oscuro lo relativo a dicha herejía o secta, por lo que no es de extrañar que sea más oscura aún la literatura a ella relativa. Es posible que en toda la cuestión contra **Prisciliano** hubiera algo de calumnia y de mala voluntad. Schepps descubrió y publicó (1889) once *opuscula* de los muchos que escribió el célebre obispo de Avila. San Jerónimo celebra asimismo como « muy erudito y digno de competir con los antiguos en la versificación » a **Latroniano,** compañero de Prisciliano.

La literatura cristiana española es casi exclusivamente polemista. No aparece hasta después del *Edicto de Milán* y muy pronto tiene que luchar, ya que no con los paganos, con los herejes que surgian del seno mismo del Cristianismo.

De la lucha tan encarnizada mantenida con los arrianos, en la que es figura tan relevante Osio, el obispo de Córdoba, no nos quedan huellas literarias, pues la carta dirigida al emperador Constante fué escrita en griego. Osio (m. 357) escribió también a su hermana *De laude virginitalis*, tema tan socorrido para los autores cristianos occidentales, y se le atribuye una colección de *sentencias* sobre la oración dominical.

En el partido luciferiano (Lucifer de Cagliari, m. 370) ocupó lugar preeminente el español Gregorio de Iliberis (Elvira). San Jerónimo dice de él que sus sermones eran « de mediano lenguaje », mientras compuso « un libro (acerca de la fe) muy elegante ». Se le atribuyen también algunas homilías.

San Paciano, obispo de Barcelona (360-390), a quien critico tan poco benévolo como San Jerónimo celebra por la *pulida elegancia* y *claro lenguaje de sus escritos*, luchó contra los novacianos, escribió dos cartas *al novaciano Semproniano*, otra *sobre la penitencia*, además de la *Paraenesis* (exhortación) *a la penitencia* y un *Sermo de baptismo*. Su obra más célebre, desde el punto de vista literario, seria — si nos hubiese llegado — su *Cervulus*

(Cervatillo) en que se ridiculizaban ciertos usos gentílicos, especie de mascaradas, que se celebraban con motivo del Año Nuevo. Continuó la tradición literaria su hijo **Dextro** que, según afirma San Jerónimo, escribió una *Historia universal* que no nos ha llegado.

En 414 se presentó a San Agustín, atraído por su gran prestigio, un joven presbítero, oriundo de la hispánica Braga, que huía de la persecución de los vándalos : se llamaba **Paulo Orosio.** Deseaba ser instruído por el gran Doctor de la Iglesia, para poder luchar contra las herejías de Priscilianistas y Origenistas, excitándole asimismo a que escribiera contra éstos. Quedó prendado San Agustín de joven tan valiente e ingenioso y, cuando marchó a Belén, le entregó algunos de sus escritos dirigidos especialmente a San Jerónimo junto con una cálida recomendación para éste, la cual ha llegado hasta nosotros. Orosio fué adiestrado por San Jerónimo en Palestina, en la entonces tan candente lucha contra los Pelagianos. Después de varios años de viajes y peregrinaciones, al servicio de la Iglesia, encontramos de nuevo a Orosio en Africa donde compuso sus ocho libros de historia universal *(historiarum adversus paganos)*.

Según él mismo nos cuenta, habíale animado a ello el ejemplo de San Agustín, pues en su *Ciudad de Dios* no había desarrollado suficientemente las pruebas de que la antigua creencia pagana, según la cual las miserias del mundo se habían de atribuir al Cristianismo, se fundaba en una calumnia, puesto que el pasado ante-cristiano había superado con exceso en trágicas

desgracias y espantosos tormentos al presente cristiano (cfr. supra). Nos encontramos, por lo tanto, ante un escrito tendencioso, de elevado estilo, que tiene como finalidad no la investigación histórica, sino un carácter marcadamente apologético. Pero no puede negarse que Orosio desarrolló su tema con gran ingenio y con exaltada elevación, a las que vienen a añadirse su estilo patético aunque ampuloso, pero florido e impetuoso, que explican suficientemente la gran popularidad de esta primera y única historia universal cristiana. Fué considerada durante un milenio casi como un escrito canónico. Todo el que, examinando la obra de este apologista, llevada a cabo en una época en que la Iglesia, al exponer su doctrina, tenía que luchar todavía con corrientes paganas, tenga a la vista que aun en el terreno histórico el fin justificaba los medios, no se atreverá a reprochar a Orosio los que empleó para corroborar su tesis. Inauditas exageraciones, tendenciosas representaciones de la realidad, pruebas sofísticas, una simbología de las cifras acomodada a sus fines, atrevidos juegos de sincronismos : he aquí lo que encontramos a cada paso en la obra de Orosio. Según desaprensiva costumbre, a la sazón muy inveterada, silencia cuidadoso los autores en que se inspira, tales como Floro, Justino, Eutropio y la historia de Eusebio con la versión de Rufino ; pero, en cambio, cita fuentes usadas muy ocasionalmente, Tácito, por ejemplo, y alardea de conocer a veces nombres muy célebres cuyas obras seguramente nunca llegó a ver, siendo por otra parte tales los errores que se descubren que llegan casi

a oscurecer por completo sus verdaderos méritos de historiador. Según él, no es César sino Suetonio el autor de *La guerra de las Galias*, y Salustio es una fuente para la expedición dácica en tiempo de Domiciano : basten estos ejemplos para no hablar de otros desvaríos y ligerezas. Verdad es que sólo la moderna investigación ha puesto de manifiesto tales defectos, que por otra parte no podían chocar ni escandalizar a un público demasiado crédulo, ya que toda la concepción histórica de Orosio, y que éste copió de San Agustín, respondía en alto grado al pensamiento medieval.

Prescindiendo de Ticonio y Optato *contra Parmenianum Donatistam* en siete libros (el último sin acabar), muy apreciados por San Agustín, los demás contemporáneos e inmediatos discípulos, sus más fervientes imitadores, son de una significación muy inferior, lo cual se explica muy bien psicológicamente. Merecen citarse solamente Mario Mercator y Próspero que además se distinguió como poeta y es conocido también como continuador de la crónica de San Jerónimo. Por el contrario, los enemigos de San Agustín forman una serie de nombres brillantes, al frente de los cuales figura Pelagio y su fiel colaborador Juliano de Eclano (Apulia). Sin duda alguna que el triunfo final de la teoría ortodoxa motivó la desaparición de tales escritos. Tan sólo se salvaron algunos con nombre falso de su autor y otros, lo que era más ordinario, verdaderamente anónimos.

Mejor suerte tuvieron los escritos semi-pelagianos. Entre éstos merece citarse, además de Vicente de Lerins y Fausto de Reji, Juan **Casiano** (360-435). Ocupa éste el primer lugar, no sólo por su obra *Sobre la Encarnación de Cristo*, escrita en siete libros, con lenguaje apasionado (obra tan buena como poco conocida y apreciada), sino más bien como uno de los más influyentes defensores de un ideal ascético y monástico de imitación oriental. Compiló Casiano sus principios y doctrinas en dos obras que mutuamente se completan, la primera de las cuales trata *sobre la erección de Claustros y los medios de salud contra los ocho vicios capitales*, en doce libros, y la segunda, o sea las *Conlationes*, contiene 24 conversaciones o conferencias sobre numerosas cuestiones éticas y teológico-filosóficas, de suma importancia para la vida interior de los monjes. Casiodoro y San Benito (de Nursia) tomaron como modelo para la organización de sus monasterios y para sus reglas, los *Instituta coenobiorum* : a esto deben la importancia que tuvieron en Occidente, posterior sin duda a su influencia y desarrollo en Oriente, pues ya en el siglo v se encuentra una versión griega.

Mientras estos escritos monásticos de Casiano pertenecen a los más extendidos en la Edad Media, no ha sido conocido hasta la época Moderna un contemporáneo suyo que le superó notablemente como estilista : nos referimos a **Salviano** que nació en Tréveris en el año 400 y murió en Marsella hacia el 470. Prescindiendo de sus cartas, su producción literaria, en lo que ha llegado a nosotros, consta solamente de dos obras : *ad Ecclesiam*,

en cuatro libros, y *de gubernatione Dei*, en ocho libros. El primero es una especie de encíclica, dirigida a toda la cristiandad, en la que, con celosa agudeza y con casuística a lo Tertuliano, se pretende demostrar que todo verdadero cristiano debe entregar totalmente a la Iglesia sus bienes. Salviano no se escandaliza ante las consecuencias de su principio, como serían la decadencia de la vida económica y la ruina de la familia ; su ascético fanatismo no titubea ante esto ; por eso no es extraño que sus contemporáneos y la posterioridad hayan silenciado plenamente esta obra. Pero también sucedió lo mismo a su *de gubernatione Dei*, en la que se nos presenta el autor como un precursor, en la Antigüedad, de Savonarola. Partiendo del principio de que, en la historia del mundo, todo cae bajo la omnipotencia de Dios, en todas las desgracias que aflijen al pueblo cristiano no ve sino otros tantos castigos por los pecados. Es un impresionante cuadro de costumbres en que se pinta todo con los más negros colores; poniendo, en cambio, muy de relieve la moralidad de las hordas de los bárbaros que iban sembrando en pos de sí la desolación y la ruina. Modernamente se ha considerado esta descripción como una inapreciable fuente histórica. No se puede negar que Salviano, como Juvenal, Tácito y otros rígidos moralistas, abusan ordinariamente de la exclusivista tendencia a mirar sólo el lado sombrío de las cosas, pero hemos de reconocer que esta obra, considerada en conjunto y comparada luego con otras fuentes, no es sino una caricatura algo insidiosa y muy intencionada de la cultura de entonces. El estilo de

Salviano es ordinario y claro, entremezclado no obstante con los artificios retóricos, por más que se separa notablemente del lenguaje tan adornado y elegante de muchos de sus contemporáneos. Pero la pobreza de sus pensamientos, pese a la multiplicidad de noticias, no menos que su facundia y fastidiosas repeticiones, hacen que la lectura de sus escritos sea un no muy amena y un muy pesada.

Por muy reducida que sea una Historia de la Literatura cristiana, merecen en ella un lugar, siquiera apartado, las relaciones de *viajes a los santos lugares*, que se hicieron tan frecuentes a partir del siglo de Constantino. Corresponden a la época estudiada en este libro: el llbro-carta de Euquerio al presbítero Fausto (siglo v) acerca del lugar de la ciudad de Jerusalén y aun de toda la Judea, el tratado de Teodosio (siglo iv) sobre el mismo tema, la relación (final del siglo vi) del itinerario del mártir Antonino Placentino y el Breviario de Jerusalén (siglos v-vi). También corresponden a esta época, pues se trata de compilaciones posteriores hechas en parte a base de escritos de los siglos iv-vi, los libros de Pedro Diácono y de Beda con el título homónimo *Sobre los Santos Lugares.*

Figura, con razón, al frente de todos estos literatos viajeros, la religiosa española **Eteria** con su *Itinerarium ad loca sancta.* Es muy posible que su autora fuera religiosa en el Bierzo y tal vez originaria de Galicia, más concretamente de la región de Tuy-Pontevedra (?). Vivió a fines del siglo iv y principios del v; se coloca su viaje entre los años 378-394 y, aunque pudiera retrasarse — parece muy probable el año 415 (!) — no puede aceptarse la opinión de Meister que señala el final de la primera mitad del siglo vi.

Según los resultados a que han llegado los múltiples y variados estudios sobre Eteria, parece que no se puede dudar ya, por ahora, de su origen español; es, pues, muy de extrañar que Monceaux continúe celebrándola como *religiosa aquitana* y sobre todo que aun continúe llamándola — sin duda conviene así a tal pretendido origen — con el hipotético nombre de *Silvia*, cuando documentos

fidedignos dan por cierto el nombre de Eteria, o alguna de sus variantes paleográficas.

La obra, aunque no sea en sí de gran mérito literario, es sumamente interesante no sólo para el conocimiento de la geografía y liturgia de entonces, sino sobre todo para estudio de la lengua vulgar de aquella época que se palpa o se adivina a través del decadente latín en que escribía la intrépida viajera (1).

---

(1) Ahora existe esta obra traducida al castellano : era una de las pocas lenguas a que no se había traducido. ETERIA, religiosa galaica del siglo IV-V. *Itinerario a los Santos Lugares* (Egipto-Arabia-Palestina-La Liturgia de Jerusalén), traducido, completado, anotado por Pascual GALINDO ROMEO. Zaragoza, 1924.

III. El siglo V-VI

Entre los numerosos poetas cristianos del siglo v, sin duda es Comodiano el más característico, no sólo por su lenguaje rudo y popular, sin parecido en la antigua poesía latina, sino también y ante todo por su técnica poética, mezcla extraña de ritmo cuantitativo y acentual, así como por su teoría especial del hexámetro.

Parece que Comodiano, pagano, nació en Gaza (Siria) y que, muy joven aún, fué al sur de la Galia (¿Arles?) donde recibió esmerada educación. Luego de convertirse determinó, como Prudencio, Paulino de Nola, y Sedulio dedicarse por completo a la apologética cristiana y a la propaganda. El hecho de llamarse *mendigo de Cristo* no prueba que fuera monje o sacerdote con algún oficio eclesiástico, pues no pasa de ser una frase ascética de humildad. Tampoco se le puede considerar como jurista, no obstante sus expresiones latinas de carácter jurídico. Es muy notable la cuestión movida acerca de la época en que vivió. Antes se le señalaba sin duda alguna el siglo III ; pero, después de un examen más cuidadoso del contenido, fuentes, lengua y técnica poética de sus obras llevado a cabo recientemente, se

creyó poder llegar a la conclusión de que sus dos poesías, las *Instructiones* y el *Carmen Apologeticum* no podían pertenecer sino al siglo v, y es realmente incomprensible que no sigan esta opinión o al menos retrasen su época al siglo iv hombres de letras muy notables y muy eruditos cuando la utilización de Lactancio por Comodiano, conocida por el testimonio de Genadio, el continuador de San Jerónimo, hacen concluir definitivamente ser de época muy posterior. Ni sería muy decisivo el solo silencio de San Jerónimo porque pudo tener motivos dogmáticos o estéticos para no citarlo; pero la realidad indestructible de que Comodiano sea citado por primera vez en Genadio hace concluir que en la época de la composición del *de Viris Illustribus* (392), sus poesías eran desconocidas aún al Santo Doctor. Finalmente, sin querer descender a más particularidades, su más antigua poesía, fundada en el ritmo acentual, la llamada *Abecedarius*, demuestra hacia qué época debió vivir Comodiano, pues el autor del himno contra los donatistas fué San Agustín (cfr. supra).

Las *Instructiones* son una colección de 80 acrósticos de muy desigual proporción — de 6 a 48 versos — que contenían, tal vez como memorialines, los títulos de sendos capítulos. El *Carmen Apologeticum* se divide en dos mitades casi iguales, de las que la primera tiene un carácter apologético-polémico junto con una impresión fuertemente satírica por ser una densa diatriba principalmente contra los paganos y judíos, cuya irreligiosidad encontrará su merecido castigo al fin del mundo. Si alguna vez se remonta el poeta, por ejemplo,

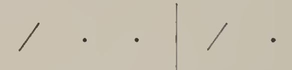
en la descripción de la Resurrección antes del juicio final, es sin duda bajo la influencia del modelo que tenía a la vista. La segunda parte responde mejor al título de la poesía. Trátase de excitaciones morales a la vida espiritual dirigidas sólo a los cristianos y que sirven para todos los estados y condiciones de ella. En su mayor parte, no pasa de ser copia o imitación de escritos anteriores. Entre las fuentes no cristianas parece haber utilizado los *Dicta Catonis* (III, 46-48). La predilección de Comodiano por terminar los versos en *e* — como San Agustín en su *Abecedarius* — que nos hace recordar los entretenimientos de Ausonio, a cuyo género pertenecen también los acrósticos, hace pensar que sin duda servirían mejor para una más fácil impresión, que se grabarían sin dificultad en la memoria.

El *Carmen Apologeticum*, en 1,060 versos, conservado tan sólo en un manuscrito, ilegible en su final, del siglo XVIII, no presenta división de versos, título, ni nombre de autor. Pero, por su examen interno y externo, no deja duda alguna de que pertenece a Comodiano. Puede considerarse como una nueva refundición, mucho más ampliada, del libro I de las *Instructiones*, mucho más fácil que éstas, pues el autor se liberta ahora de las trabas que pudieran ofrecerle, sin cesar, los acrósticos y otros juegos artificiosos. Su tema principal, como en las *Instructiones*, es el fin del mundo y los acontecimientos que con él van unidos. Roma ha sido destruída por los godos — hecho que corresponde al año 410 — (Alarico); cristianos y paganos son tratados por el vencedor sin diferencia alguna, despecti-

vamente. Volvemos a encontrar, cuando trata de idealizar a los germanos, las mismas ideas y pensamientos de Salviano y un modo de ver las causas tal que no puede esta obra haber sido escrita antes de la época señalada. Sigue luego la representación de la lucha de aniquilamiento de los dos anticristos, un falso Nerón y un Rey persa ; sale éste triunfador, pero es a la postre vencido por Cristo-Dios, que va al frente de un ejército en que también hay los restos del pueblo judío que por fin han llegado a creer. No es posible aquí exponer más al detalle la fábula del Antecristo y sus modalidades en el poema de Comodiano. Lo que sí parece poderse afirmar es que la fábula no ha sido modificada ni enriquecida por él ; pero no se pueden señalar detalladamente las fuentes de las mismas. Termina el poema con una descripción, seguramente no original, del último juicio, que nos ha llegado incompleta. Nuestro poeta fué completamente desconocido en la Antigüedad y en toda la Edad Media. Unicamente se ha conservado una breve noticia de Genadio, copiada sobre las instrucciones, juzgándole muy desfavorablemente como escritor y teólogo, debiendo nosotros añadir a este juicio tan sólo que en el ya citado *Decretum Gelasianum* aparece entre los autores prohibidos. Sin duda que esta condenación motivó el que el *Carmen* fuera conservado, tradicionalmente, como anónimo. Comodiano no debe su importancia actual al contenido interno de sus poesías, pues sin duda que equivocó completamente su vocación como poeta, sino, ante todo, a su técnica poética y a la indeterminación de la época en que vivió. Una

vez que se ha descubierto modernamente la fecha de su actividad, ya ha sido posible determinar con bastante precisión las fuentes de Comodiano: como era de presumir, ocupan el lugar principal San Agustín y Prudencio.

Nadie ha definido mejor la esencia de la técnica métrica de Comodiano, en cuya explicación no están acordes todavía los filólogos, que Gennadio cuando dijo que Comodiano escribió *mediocri sermoni quasi versu*. En realidad sus versos están formados por dos hemistiquios, uno de 6-7 sílabas, el otro de mayor número de sílabas, con las palabras elegidas o dispuestas de tal suerte que la combinación de acentos produzca una cadencia o *cursus* rítmico de esta clase:



Su poesía, por lo tanto, es acentual, no cuantitativa y se regula por las leyes de los *psalmi idiotici*, no por las del exámetro cuantitativo.

Claro ejemplo de la técnica de su hexámetro nos ofrecen estos versos de las Instruct. I, 1:

Praefatio nostra via erranti demonstrat
Respectumque bonum cum venerit seculi meta
Aeternum fieri: quod discredunt inscia corda
Ego similiter erravi tempore multo
Fana prosequendo parentibus insciis ipsis
Abstuli me tandem inde legendo de lege
Testifico dominum doteo pro civica turba
Inscia quod pergit periens deos quaerere vanos
Ob ea perdoctus ignaros instruo verum.

Entre las 147 epístolas de Sidonio Apolinar sólo hay una dirigida a él mismo. Se trata de una carta excesivamente aduladora (IV, 2) — tal es el motivo de su inclusión en la colección — en la que **Mamerto Clau-**

diano dedicó a su amigo y admirador su escrito *de statu animae*, en tres libros. Contestó el feliz destinatario con una larga carta (IV, 3) en la que compara al autor, luego de prodigarle frases laudatorias saturadas de elocuencia, con los mayores filósofos y teólogos anteriores. Pero no nos dice ni una palabra sobre el contenido de la carta de Sidonio, prueba evidente de que le tenía sin cuidado todo aquello que no caía dentro de sus ordinarias aficiones. Trátase de la inmaterialidad de los espíritus que Claudiano intenta defender, con agudezas dialécticas y gran erudición, contra un escrito de Fausto Reyense. Cabría decir no poco sobre la disposición sistemática de su contenido ; su estilo, imitación no pocas veces del de Apuleyo, es rico en palabras no usuales y arcaicas, y no pocas veces bastante ampuloso aunque no llegue a la confusión de los versos de su amigo. Nació Claudiano en Lión ; fué más tarde monje y presbítero en Vienne, donde era la mano derecha de su hermano el obispo Mamerto. Murió (ca. 474) muy pocos años después de acabada su obra que gozó de gran estima en la Edad Media ; y Sidonio a quien debemos principalmente las más de las noticias que tenemos de Claudiano, le dedicó hermosos elogios necrológicos en prosa y en verso.

La literatura cristiana posterior se compone de trabajos de desigual valor desde el punto de vista poético; y, no pudiendo ocuparnos de todos ellos, nos limitaremos a señalar brevemente aquellos autores que se hayan distinguido como estilistas o por su gran importancia o por su influencia en los que le siguieron. Casi

todos escriben sólo en hexámetros, mientras que sus predecesores estaban habituados a una variedad polimétrica.

A la primera mitad del siglo v corresponde el nacimiento, si es que no también la actividad literaria, de un retórico de Marsella, Claudius **Marius Victor** su poema épico *Alethia* (la Verdad) — título griego, a imitación de Prudencio (cfr. supra) — se ocupa con mucha libertad de la historia bíblica, siguiendo el Génesis hasta la destrucción de Sodoma y Gomorra. Se introducen interesantes episodios, como, por ejemplo, la historia de Nemrod y la formación de las ciencias (III, 109-209), y sobre todo la descripción de lo sucedido a Adán y a Eva desde su expulsión del Paraíso y los principios de la cultura humana (II, 1-202), en lo que el poeta sigue el libro V de Lucrecio. Son de notable valor poético las coloridas descripciones del Paraíso (I, 223-304) y del diluvio (II, 456-524). Comprende la obra ahora tres libros con un total de 1,894 hexámetros y con una oración preliminar (129 versos) en que el poeta alaba a Dios, como los antiguos poetas, a las musas y le invoca en su auxilio para que pueda realizar la empresa y que ésta, acabada, llene su finalidad que es educar a la juventud en una vida interna y agradable a Dios. Conocía muy bien las libertades que podía atribuirse frente a un original griego ; por lo que, ya de antemano, pide se le excuse, si, contra su voluntad, dijese algo que sea contra la fe cristiana. Sus versos son artísticos, su estilo flúido, pero es muy grande su dependencia de numerosas fuentes — desde Lucrecio a

Paulino de Nola —; también utilizó escritores en prosa, por ejemplo, el Hexameron de San Ambrosio (cfr. supra). Digno de celebrarse es por haber renunciado completamente a las alegorías, pero, en cambio, a este hecho se debe el que no fuera más conocido en la Edad Media. Se ha perdido el libro IV, que llegaba a la muerte de Abraham, así como también la dedicatoria a su hijo Eterio, de que nos habla Genadio en la breve noticia biográfica sobre Marius Víctor. No tuvo *Alethia* gran influencia posteriormente ; tal vez fué relegada al olvido por San Avito que era muy aficionado a las alegorías.

Poeta de innegables dotes es **Oriencio**, español también como Prudencio, que vivió hacia el mismo tiempo, si es que ha de identificarse con el obispo de Auch, también del mismo nombre que, ya en edad muy avanzada, fué enviado por Teodorico I con una misión política al general Aecio.

Su obra principal, que se ha conservado con una pequeña poesía y con 28 oraciones en sólo un manuscrito del siglo x, es conocida (pues la tradición no ha conservado su primitivo título) con el nombre de *Commonitorium* (exhortación). Comprende dos libros con 518 dísticos elegíacos ; fué escrito en las Galias. Es una predicación moral, saturada de fuego y de sentimiento contra los vicios humanos, la lujuria, la envidia, la avaricia, la mentira y la gula. La causa principal de todo los pecados son las mujeres, según muestran claramente las mismas Escrituras. Los que lleven, aquí en la tierra, una vida santa, recibirán magnífico premio en el cielo ; por el contrario, los que se revuelcan en

vicios y pecados habrán de sufrir horribles tormentos, cuya pintura, llena de fantástico colorido, nos hace pensar en Dante. Oriencio representa, entre estos epígonos de la cristiana literatura, una personalidad independiente así en los tonos escogidos como en el lenguaje empleado ; pues, aunque influyeron en él Virgilio, Ovidio y Prudencio, es difícil al lector precisar dicha influencia. Parece que su poesía debió tener muy poca trascendencia ; de otro modo no se explicaría el que sólo se haya conservado en un manuscrito. Ciertamente no merecía tal desatención, pues no es pequeño su valor estilístico y su contenido era muy adecuado al ideal religioso-ascético de la Edad Media.

Mayor y más duradero fué el éxito de **Sedulio**, escritor de cuya vida apenas si tenemos alguna noticia; debió vivir en la época de Teodosio II (m. 450) y Valentiniano III (m. 455). Como tantos otros, después de dedicarse durante muchos años a ejercitar su talento poético en aficiones terrenas, *saecularia studia*, se convirtió y quiso dedicar sus facultades a la propaganda de la verdadera fe, persuadido, como estaba, de que la poesía ejercía mayor influencia que la prosa para hacer cristianos y ascetas a los lectores. Para ello compuso su *paschale carmen*, cinco libros con 1,737 hexámetros ; lo tituló así en memoria de Cristo, que es nuestro *Cordero pascual*, pensamiento tomado de San Pablo. En un prólogo de ocho dísticos invita al lector a gustar este Cordero. Comienza el libro I por un preludio en que representa los milagros de Dios en el Antiguo Testamento, para llegar a su tema principal, el naci-

miento, milagros y demás episodios de la vida de Cristo hasta su resurrección.

Las fuentes de los libros II-V son los evangelios, principalmente el de San Mateo. Su historia bíblica, en oposición a la de Juvenco, es muy libre, especialmente en la exposición de los milagros, y permitiéndose comentarios y paráfrasis propias, independientes del texto sagrado, provechosos siempre al pío lector ; ni faltan *excursus*, a veces de su propia invención ; siente gran predilección por la alegoría, siendo éste el principal carácter de dicha obra y, habiendo sido tales obras tan del gusto de aquella época y de la Edad Media, explícase fácilmente su gran popularidad.

A pesar de que el autor revela no pocas veces su personalidad en el modo de tratar las cosas, su imitación y dependencia de Virgilio, en la forma externa, es a veces tal que no ha sido superada sino por los centones virgilianos.

Sedulio que prefería, como hemos visto, para sus fines didácticos, el verso a la prosa, se vió obligado más tarde a presentarnos en prosa rítmica su obra *Paschale Carmen* con el nuevo título, que recuerda tanto el antiguo, de *Opus paschale*. La razón de este cambio literario fué la posibilidad de reparar, en cuanto fuera posible, las omisiones del *Carmen*, a que se había visto obligado *angustia metricae necesitatis;* en la nueva obra, en prosa, las cláusulas *(numerus)*, obedecen no ya a la cuantidad sino al acento. De esta suerte creó un *doblete* literario : acabamos de indicar la finalidad técnica — mayor claridad y más completa — de su nueva obra

literaria, en la que ejecutó también sus galas y aficiones retóricas. Lo notable de esta obra, como en otros escritores (Cicerón, Columela, Dámaso, etc.), es que su autor haya tratado un mismo tema en prosa y en verso: en un caso, utiliza un estilo clarísimo ; en el otro, es ampuloso y en extremo adornado hasta hacer a veces imperceptible su sentido. Escribían así para lograr la mayor popularidad, pero sucedía también lo contrario. Así, en este caso, pues su poema épico fué uno de los escritos más leídos en la Edad Media y todavía el Renacimiento, llamaba a Sedulius *poeta christianissimus*. Compuso también un *Hymnus* — dimetros yámbicos agrupados en 23 estrofas — que alcanzó asimismo gran popularidad. Lutero tradujo algunas de sus estrofas, que todavía se usan hoy en la liturgia (protestante). Se distingue de los himnos ambrosianos en que obedece plenamente al ritmo ; parece que fué Sedulio el primer autor que se dió cuenta de la importancia y efectismo que para la técnica métrica tenía el ritmo, como base de versificación.

Ya conocemos la *Vida de San Martín de Tours*, escrita por Sulpicio Severo. El obispo **Paulino de Perigueux** hizo una redacción poética de la misma en cinco libros a los que, a petición de Perpetuo, obispo de Tours (461-491) se añadió un sexto libro con los milagros operados después de la muerte del Santo. Son en total 3,622 hexámetros. Prescindiendo de los prólogos, Paulino no hace sino seguir a Severo, pero algunas veces se aparta de él, lo amplifica y aun exagera su prodigiosa actividad del taumaturgo. No faltan, sin

embargo, cosas que son exclusivamente del poeta; como es natural, donde mayormente se refleja su personalidad es en el libro VI en el que el poeta ya no tenía ningún modelo literario, sino sólo el puro material recogido con la narración de los milagros. Tenía Paulino un amplio conocimiento de los poetas paganos y cristianos y, aunque no es pequeña su dependencia de éstos, predomina notablemente el influjo de Virgilio. Si con frecuencia lamenta el poeta que, a causa de su deficiente ingenio poético, haya de perder un poco en su versificación la prosa de Severo, no le debemos creer; tales expresiones no son sino efecto de una modestia, tal vez sincera, que en cambio despierta en el autor mayor admiración hacia el poeta. Su *Vita* alcanzó gran éxito: Venancio Fortunato la aprovechó en gran parte, y no faltaba íntegra la obra de nuestro poeta en ninguna de las bibliotecas monásticas de la Edad Media. En cambio, la Edad Moderna apenas se ha preocupado, y con razón, de esa paráfrasis versificada; los mismos teólogos no le tienen en estimación alguna; por su mérito literario no es tampoco acreedora a más.

Por el contrario, su contemporáneo Alcimo **Avito**, obispo de Vienne (Borgoña) es sin duda el mayor poeta cristiano después de Paulino de Nola y Prudencio. En su familia hubo no pocos obispos y entre sus parientes se contaba también el emperador homónimo (455-456) padre político de Sidón Apolinar; mantuvo íntimas relaciones con los reyes borgoñones Gundobado (516) y Segismundo, el asesinado por los francos en 523 en tiempo de Clodoveo. Fué decidido enemigo del arria-

nismo, dirigiendo el sínodo de Epaon (517) un año antes de su muerte.

Nos han llegado de Avito unos fragmentos de sus homilías, y 93 cartas, de muy poca importancia para su época, escritas en el ampuloso y pesado estilo tan característico de la prosa de su época. Debe su gran celebridad a sus dos poemas, el épico-bíblico, *de spiritalis historiae gestis*, en cinco libros, con 2,552 hexámetros, y el compuesto anteriormente *de consolatoria castitatis laude*, en 663 hexámetros, a su hermana Fuscina. Este no es sino un elogio — de los tan frecuentes en Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Agustín y Jerónimo — de la virginidad. Los argumentos aducidos son los habituales en tal materia, y además no se ha olvidado el obispo de señalar los sufrimientos e incomodidades que deben soportar las mujeres a causa del matrimonio y dentro de él (V, 162-197) ; quizá adolezca tal exposición de demasiada claridad. El poema, saturado y amplificado con numerosos episodios, parábolas y leyendas bíblicas, fué muy apreciado por la posteridad; San Isidoro lo califica de « muy hermoso ».

Es mucho más notable el cuadro del otro poema. Con feliz acierto supo el poeta escoger un tema concreto del Antiguo Testamento, cumpliendo de tal suerte, sin darse cuenta de ello, una regla fundamental de Aristóteles para la composición de una epopeya. El libro I trata de la creación del hombre ; el II del pecado original, en el que Luzbel, en figura de serpiente, juega un papel importante ; el III trata de la expulsión del Paraíso. Con esta acción, que tiene independencia

propia, se relaciona, sin embargo, lo cantado en los libros siguientes : el diluvio universal (libro IV) y el paso de los judíos por el mar Rojo con la destrucción de Faraón y de su ejército ; todo ello desarrollado dentro de un plan plenamente orgánico, pues el primer y tercer acontecimiento (diluvio-Faraón) no son sino el castigo de los pecados, mientras que el feliz tránsito del pueblo escogido es indicio alegórico del bautismo cristiano.

Avito entra plenamente en el terreno de la tipología alegórica bien que no resalten tanto en él las alegorías como en sus predecesores Fulgencio y Sedulio o en Arator, posterior a él. No es el único mérito de esta epopeya la unidad ; el poeta sabe mantenerse en cierta independencia del original y lo hace servir, en cuanto le es posible, a sus fines poéticos y dogmáticos, dándole un aspecto dramático e inspirándole una vida que parece agitarse a través de los episodios trágicos psicológicamente tan bien estudiados. Ni escasean los cuadros de claridad y magnificencia ; sin duda que los más sublimes, poéticamente, son el del Paraíso (I, 193-298) y el del diluvio (IV). También el libro V abunda en trozos magníficos. Perfecto conocedor de los escritores paganos y cristianos, ha utilizado sobre todo, siempre que puede, a Virgilio ; pero abunda tanto lo suyo propio en obra tan larga que las imitaciones apenas si se notan. Todavía tiene otro mérito original esta epopeya, pues parece que John Milton, conocedor de Avito, hubo de tener muy presente su obra, ya que al menos la figura de Satán (Lucifer) parece plenamente calcada sobre la delineada por el antiguo poeta cristiano.

A pesar de que son completamente nulas las cualidades poéticas de Arator, su Historia de los Apóstoles tiene un éxito extraordinario, muy superior al de la obra de Avito, no obstante las excelencias del genio poético de éste y las perfecciones de su obra épica ; la de Arator se extendió extraordinariamente por las bibliotecas monásticas, como lo prueba el hecho de que aun se conservan de él 79 manuscritos, de distinta procedencia. Arator, nacido en la Liguria, se educó en Milán y Ravenna. Luego de haberse distinguido como jurista y orador y habiendo ocupado, bajo Atalarico, altos cargos políticos, se ordenó subdiácono en tiempo del papa Vigilio (537-555). Antes de su conversión había tratado en verso temas paganos ; pero no nos han llegado estos poemas. Era ya sacerdote cuando compuso su obra épico-didáctica en 2,326 hexámetros. El libro I comprende la historia de San Pedro, el II la de San Pablo. El poeta en persona leyó su obra al Papa y a su gran auditorio, mereciendo por ella entusiastas aplausos. Fué publicada precedida de una carta poética en que la dedicaba a su amigo Parthenio, el sobrino de Ennodio (cfr. Hist. l. l., 353).

La lengua y el metro son un acertado calco de los antiguos modelos clásicos, pero muestran la influencia del maestro milanés Deuterio (cuya escuela había frecuentado Arator) a quien conocemos por Ennodio. Tiene cierto interés la poesía aun para nosotros, pues muestra claramente y pone de relieve hasta dónde podía llegar el desvarío en el método abusivo de las alegorías.

Sin duda que la alegoresis (predilección — y aun uso exclusivo — por las alegorías) ha debido responder a exigencias de la investigación humana. Así comenzó mil años antes la explicación de la poesía griega (Teagenes y Glaucos de Regium, Metrodoros de Lampsacos) y excelentes filósofos y teólogos de todos los tiempos se han ejercitado con gran agudeza en ella, aunque usándola para sus fines, las más de las veces, sin recto criterio. Todavía a fines de la Edad Antigua priva tal método de explicación, como vemos en Sedulio y Arator; la Edad Media no pudo libertarse de ella y aun, en la Edad Moderna, ha tenido cierta importancia hasta Winckelmann. Tan sólo el siglo XIX ha sabido libertarse de ella. No hay en toda la vida cultural de Europa ningún elemento que haya jugado papel tan importante como ella. Tarea en extremo difícil sería escribir la historia de la alegoresis durante su influjo de más de dos mil años, pero precisa reconocer que bien merece la fatiga de los ingenios que pudieran ocuparse de ello.

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras generales

M. Schanz, Römische Literaturgeschichte, III (1922[3]), páginas 245-258 ; IV, 1[2] (1914[2]), págs. 205-490 ; IV, 2 (1920), páginas 360-630. Munich, Beck.

W. G. Teuffel, Gesch. d. röm. Literatur (Tubinga, 1870 ; 7.ª ed. Leipzig, 1920). Leipzig, Teubner. Hay traducción francesa, por Bernard y Pierson. París, Leroux, 1879-1883.

A. Ebert, Allgemeine Geschichte der Literatur des Mittelalters im Abendlande. Leipzig, 1874-1887. Hay traducción francesa, por Aymeric y Condamin. París, Leroux, 1883-1889.

A. Harnack, Lehrbuch der Dogmengeschichte, 3 vols. 1909[4].

O. Bardenhewzr, Patrologie. Friburgo, 1910[3]. Hay traducción francesa, por Godet y Verschaffel. París, Bloud, 1905. Hay traducción española, por Solá. Barcelona, Gili, 1910.

O. Bardenhewer, Geschichte der Altkirchlichen Literatur, 4 vols. Friburgo, 1913-1923[2].

J. Tixeront, Precis de Patrologie, París, Gabalda, 1918.

Manitius, Geschichte der christlich-lateinischen Poesie. Stuttgart, 1891.

P. de Labriolle, Histoire de la Litterature latine chrétienne. París, Les Belles Lettres, 1924[2].

P. Monceaux, Histoire litteraire de l'Afrique chrétienne. París, Leroux, 1901-1923.

P. Monblaux, Histoire de la Litterature latine chrétienne. París, Payot, 1924.

2. Monografías

E. Worden, Die antike Kunstprosa, II (1918[3]), págs. 576-654.

Artículos de la Realenzyklopädie des Klass. Altertums, correspondientes a Cyprianus, Ambrosius, Augustinus, etc.

G. Boissier, La fin du paganisme. París, Hachette, 1921.
Sittl, Die lokalen Verschiedenheiten der lateinischen Sprache. Erlangen, 1882.
Dom Leclercq, L'Afrique chrétienne, París, Lecoffre, 1904. L'Espagne chrétienne. París, Lecoffre, 1906. Muy tendenciosa contra España, a veces sin fundamento aun aparente.

3. Ediciones

Patrologiae cursus completus, accurante I. P. Migne. París, 1844-1866 ; 250 vols., que comprenden la Patrología griega y la latina, con escritores, hasta Inocencio III, † 1216.
Corpus scriptorum eccles. latinorum... de la Academia de Viena, 1866 y ss.
Hurter, SS. Patrum opuscula selecta... Innsbruck, 1868-1892 (edic. para estudios de Teología).
Krüger, Sammlung amgewählter Kischen — und dogmengeschichtlichen Quellenschriften..., Friburgo, 1891 y ss. (edic. para trabajos de Seminario).

Se encuentran también las obras (en parte) de algunos santos Padres : en la colección Teubner, en la Texte und Untersuchungen, de Harnack, en Text and Studies, de Robinson. Preparan algunas ediciones : la Collection Budé, de París y la Fundació Bernat Metge, de Barcelona.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ILUSTRACIONES

Tertuliano. Apologético. Biblioteca Nacional, París.
Ms. latino núm. 1623, fol. 1
(Fot. Giraudon)

I

Origenes, Comentarios sobre el Génesis, Exodo y Levítico.
Biblioteca de Lyon, Ms, núm. 372, fols. 19 y 213. *(Fot. Giraudon)*

Arnobio. *Adversus nationes.* Biblioteca Nacional, Paris. Ms. latino núm. 1661, fol. 1

(Fot. Giraudon)

Qui habuerit substantiam mundi & uiderit fratrem
suum desiderantem & cluserit uiscera sua quo
modo caritas dei manet in eo;

De hoc ipso in euangelio cata lucam:

Cum feceris prandium aut caenam noli uocare
amicum tuum neque fratrem neque uicinos ne
que diuites ne forte & illi te inuitent & fiat re-
tributio tibi. Sed cum feceris epulum uoca men
dicos & debiles caecos & clodos & felix eris quoniam non
habent retribuere tibi retribuetur autem tibi in
resurrectione iustorum; Item propter elimosinis
etiam si per mediocritatem accedens minus sicut ipse uolu
erit faciat esse; In epistola pauli ad co
rintheos prima; Si uoluntas prompta
est secundum quodcumque habuerit accepta est secun
dum quod cuique plus acceptabile est neque ut
aliis refrigerium uobis pressura sit,

Item agapem et dilectionem fraternam reli
giosam et firmiter honorificandam

Aput malachiam, Nonne deus unus condi
dit nos; nonne pater unus est omnium nostrum;
quid utique dereliquistis unusquisque fratrem
suum; De hoc ipso cata iohannem

Pacem uobis remitto pacem meam do uobis
Item illic Hoc est mandatum meum ut diligatis
inuicem quemadmodum dilexi uos. Maiorem
hanc caritatem nemo habet quam ut animam
suam ponat pro amicis suis; Item illic Dico uobis
quoniam si duobus ex uobis conuenerit in terra

LVIII

San Cipriano. Epístolas, etc. Librería de John Dyland, Manchester.
Ms. latino núm. 15
(Fot. Giraudon)


FIRMIANI LACTANTII
DE FALSA RELIGIONE
DEORV·LI·IN·

AGNO ET EXCELLENTI ingenio uiri
cum se doctrine penitus dedissent quicquid laboris poterat impē
di contemptis omnibus & priuatis & publicis actionibus ad in
quirende ueritatis studium contulerunt estimantes multo esse
preclarius humanarum diuinarumque rerum inuestigare ac scire rationem
quam struendis opibus aut cumulandis honoribus inherere. quibus
rebus quoniam fragiles terreneque sunt & ad solius corporis cultum p
tinent. nemo melior nemo iustior effici potest. erant illi quidē

Lactancio. *De falsa Religione*. Biblioteca Nacional, París.
Ms. latino núm. 1664, fol. 1
(Fot. Giraudon)



San Gregorio. Marfil del siglo IX-X

San Gregorio. Homilías. Biblioteca Ambrosiana, Milán.
Ms. latino B. 159

(Fot. Giraudon)

NOSSEMPERDN̄MPATREMFATENTES
INTECHRISTEDEUSLOQUEMURUNUM
CONSTANTERQUETUAMCRUCEMFEREMUS

HIMNUS ADINCENSUM LUCERNAE

INUENTORRUTILIDUXBONELUMINIS
QUICERTISUICIBUSTEMPORADIUIDIS
MERSOSOLECHAOSINGRUITHORRIDUM
LUCEMREDDETUISXP̄EFIDELIBUS
QUAMUISINNUMEROSIDEREREGIAM
LUNARIQUEPOLUMLAMPADEPINXERIS
INCUSSUSILICISLUMINANOSTAMEN
MONSTRASSAXIGENOSEMINEQUAERERE
NENESCIRETHOMOSPEMSIBILUMINIS
INXP̄ISOLIDOCORPORECONDITAM
QUIDICISTABILEMSEUOLUITPETRAM
NOSTRISIGNICULISUNDEGENUSUENIT
PINGUISQUOSOLEIROREMADENTIBUS
LYCHNISAUTFACIBUSPASCIMUSARIDIS
QUINETFILAFAUISSCIRPEAFLOREIS

Prudencio. Poesias. Biblioteca Nacional, Paris.
Ms. latino núm. 8084, fol. 24

(Fot. Giraudon)

I. San Jerónimo. Comentarios sobre Jeremias. Biblioteca de Lyon. Ms. núm. 397, fols. 90 y 91.

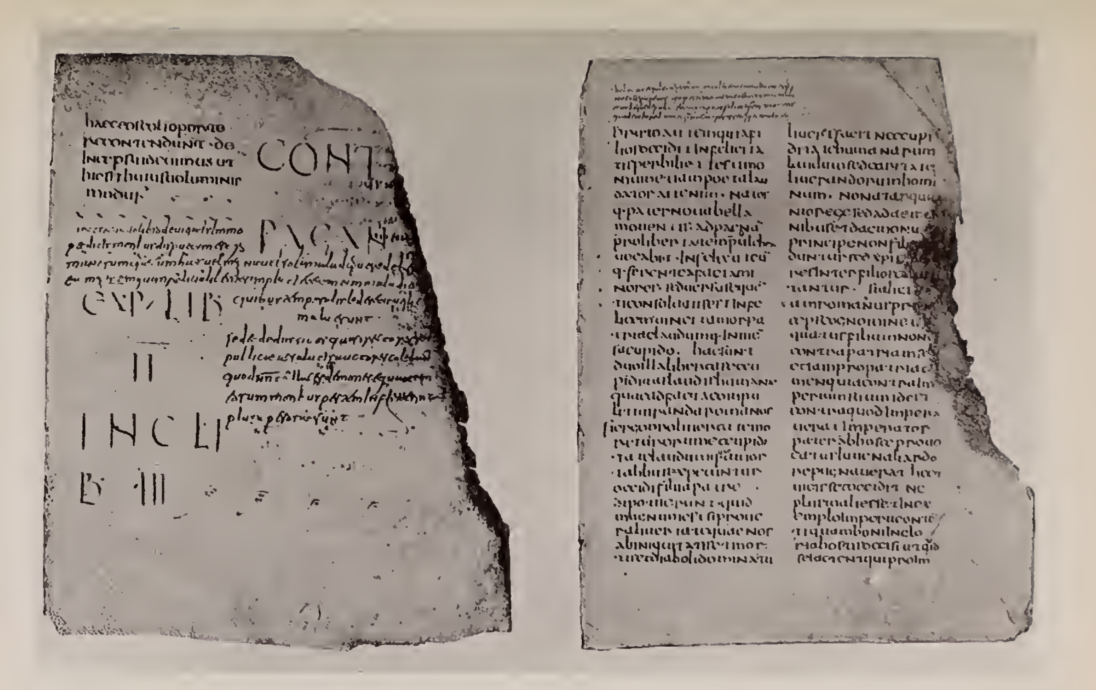
II. San Agustín. Sermones y opúsculos. Biblioteca de Lyon. Ms. núm. 521, fol. 92

(Fot. Giraudon)

X



San Agustín llevado a la escuela. Cuadro de Gozzoli. *(Fot. Stoedtner)*

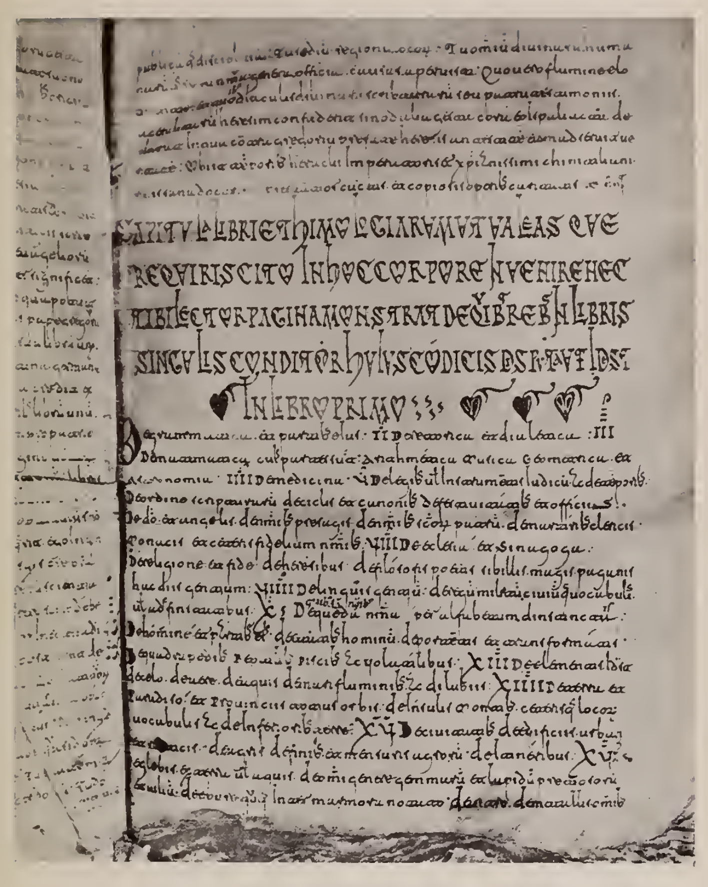


San Agustin. La ciudad de Dios. Biblioteca de Lyon. Ms. núm. 523 bis, fols. 53 y 128. *(Fot. Giraudon)*

Rufino. Traducción de la Historia eclesiástica de Eusebio Pamfilio. Biblioteca Nacional, Paris. Ms. latino 5071. fol. 1

Casiodoro. Fragmento literario. Lib. cat., Durham. Ms. B. II, 30
(Fot. Giraudon)

Pablo Orosio. Historia. Biblioteca Nacional, París.
Ms. latino núm. 1871, fol. 1
(Fot. Giraudon)



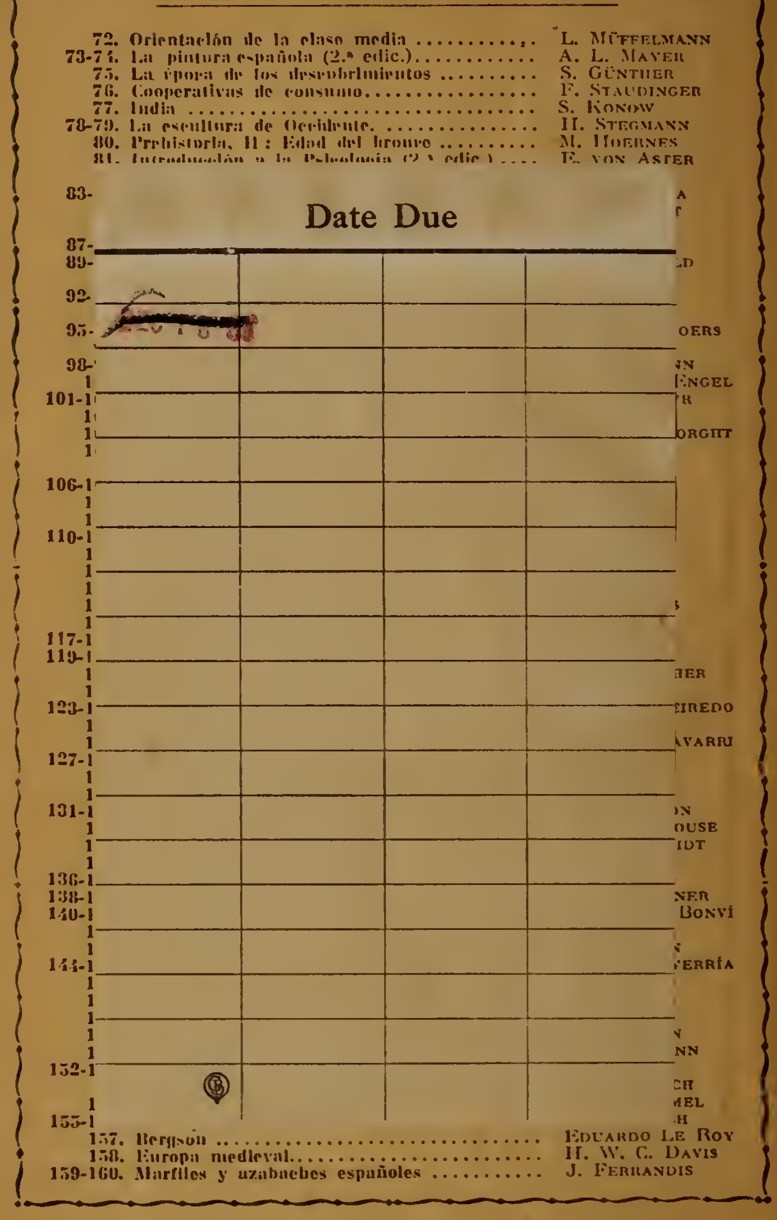
San Isidoro. Etimologias.
Biblioteca de El Escorial. A. II, 21, fol. 7

San Isidoro. Etimologias.
Biblioteca Nacional, Berna. Ms. núm. 129, fol. 34

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA
MADRID - BUENOS AIRES

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

1.	Introducción al estudio de la Química experimental (2.ª edic.)	R. Blochmann
2.	Introducción al estudio de la Botánica: La planta.	A. Hansen
3.	Teoría general del Estado (2.ª edic).	O. G. Fischbach
4.	Mitología griega y romana (2.ª edic.).	H. Steuding
5-6.	Introducción al Derecho hispánico	J. Moneva
7.	Economía política (2.ª edic.)	C. J. Fuchs
8.	Tendencias políticas en Europa en el siglo XIX	Heigel-Endress
9.	Historia del Imperio bizantino (2.ª edic.)	K. Roth
10.	Astronomía (2.ª edic.)	J. Comas Solá
11.	Introducción a la Química inorgánica (2.ª edic.)	B. Bavink
12.	La escritura y el libro (2.ª edic.)	O. Weise
13.	Los grandes pensadores (2.ª edic.)	O. Cohn
14.	Los pintores impresionistas (2.ª edic.)	Béla Lázár
15.	Compendio de Armonía (2.ª edic.)	H. Scholz
16-17.	Gramática castellana (2.ª edic.)	J. Moneva
18.	Hacienda pública, I: Parte general (2.ª edic.) .	Van der Borght
19-20.	Hacienda pública, II: Parte especial (2.ª edic.).	Van der Borght
21.	Cultura del Renacimiento (2.ª edic.)	R. F. Arnold
22.	Geografía física (2.ª edic.).	S. Günther
23-24.	Etnografía (2.ª edic.)	M. Haberlandt
25-26.	Historia de la Medicina, I: Edad Antigua y Edad Media	P. Diepgen
27.	Concepción del Universo, según los grandes filósofos modernos (2.ª edic.)	L. Busse
28.	La poesía homérica	G. Finsler
29.	Vida de los héroes: Ideales de la Edad Media, I. (2.ª edic.)	W. Vedel
30.	Historia de la Literatura italiana	K. Vossler
31.	Antropología (2.ª edic.)	E. Frizzi
32-33.	Zoología: Invertebrados, I	L. Böhmig
34.	Meteorología (2.ª edic.)	W. Trabert
35-36.	Aritmética y Álgebra (2.ª edic.)	P. Crantz
37.	La educación activa (2.ª edic.)	J. Mallart Cutó
38.	Islamismo (2.ª edic.)	S. Margoliouth
39.	Gramática latina	W. Votsch
40.	Kant (2.ª edic.)	O. Külpe
41.	Prehistoria, I: Edad de la piedra (2.ª edic.). .	M. Hoernes
42-43.	Historia de los Estilos artísticos (2.ª edic.) . .	K. Hartmann
44.	Introducción a la Química general (2.ª edic.).	B. Bavink
45.	Trigonometría plana y esférica (2.ª edic.)	G. Essenberg
46-47.	Física teórica, I: Mecánica. Acústica. Luz. Calor	C. Jäger
48.	Psicología aplicada (2.ª edic.).	Th. Erismann
49-50.	Historia de la Literatura inglesa	A. M. Schröer
51-52.	Historia de la Medicina, II: Edad Moderna y Contemporánea	P. Diepgen
53.	Orientación profesional (2.ª edic.)	J. Ruttmann
54-55.	Geología, I: Volcanes. Estructura de las montañas. Temblores de tierra (2.ª edic.)	F. Frech
56.	Historia de la Geografía	C. Kretschmer
57-58.	Historia del Derecho romano, I	R. von Mayr
59.	Grafología	Matilde Ras
60.	Derecho internacional público	Th. Niemeyer
61-62.	Historia de las Artes industriales, I: Antigüedad y Edad Media	G. Lehnert
63.	El teatro.	Chr. Gaehde
64-65.	Historia de la Economía, I: Antigüedad y Edad Media	O. Neurath y H. Sieveking
66.	Introducción a la Ciencia	J. A. Thomson
67.	Socialismo (2.ª edic.)	R. MacDonald
68.	Compendio de instrumentación.	H. Riemann
69.	Historia de la España musulmana (2.ª edic.). .	A. G. Palencia
70.	Historia de Inglaterra	L. Gerber
71.	El Parlamento	Sir C. P. Ilbert



Date Due

161.	El Estado de los Soviets	M. L. Schlesinger
162.	Fraseo musical	H. Riemann
163.	La Escuela	J. J. Findlay
164-165.	Historia de la Literatura arábigo-española	A. G. Palencia
166.	Los animales prehistóricos	O. Abel
167-168.	Geometría descriptiva	R. Haussner
169.	Los animales parásitos	E. F. Galiano
170.	Introducción al estudio de la Zoología	F. G. del Cid
171.	Geografía del Mediterráneo griego	O. Maull
172.	Teoría general de la Música	H. Riemann
173.	Dictado musical	H. Riemann
174.	Países polares	H. Rudolphi
175.	Lógica	J. Grau
176.	Los problemas de la Filosofía	B. Russell
177.	Filosofía medieval	M. Grabmann
178.	El alma del educador	Kerschensteiner
179.	El desenvolvimiento del niño	D. Barnés
180-181.	La escultura moderna y contemporánea	A. Heilmeyer
182.	Manual del pianista	H. Riemann
183.	Citología y anatomía de las plantas	H. Miehe
184.	Orígenes del régimen constitucional en España	M. F. Almagro
185.	El Crédito y la Banca	W. Lexis
186.	Estadística	S. Schott
187-188.	Psiquiatría forense	W. Weygandt
189-190.	Arqueología española	J. R. Mélida
191	Los animales marinos	E. Rioja
192-193.	Paleografía española, I	A. M. Millares
194.	Paleografía española, II	A. M. Millares
195.	Geografía del Japón	F. W. Lehmann
196.	Geografía política	A. Dix
197.	La vida en las aguas dulces	C. Arévalo
198.	Direcciones contemporáneas del pensamiento jurídico	L. R. Siches
199-200.	Geobotánica	E. H. del Villar
201.	Comunismo	H. J. Laski
202.	El Comercio	W. Lexis
203.	Ética	J. B. Moore
204.	Higiene escolar	L. Burgerstein
205.	Manual del Organista	H. Riemann
206.	Historia de Portugal	A. Sergio
207-208.	Historia de la Literatura rusa	A. Bruckner
209-210.	La Arquitectura de Occidente	K. Schaefer
211-212.	Composición musical	H. Riemann
213.	Geografía de Suiza	H. Walser y O. Flückiger
214.	Geografía de las Islas Británicas	J. Moscheles
215.	Conservatismo	Lord Hugh Cecil
216-217.	Los fundamentos de la Biología	E. F. Galiano
218.	Introducción a la Bioquímica	W. Löb
219-220.	Teoría y práctica de la Contabilidad	F. H. del Valle
221-222.	Arte italiano	A. Venturi
223-224.	La Edad Media en la Corona de Aragón	A. Giménez Soler
225.	Introducción a la Psicología experimental	N. Braunshausen
226-227.	Introducción a la Ciencia del Derecho	Th. Sternberg
228.	Aristóteles	F. Brentano
229.	Fuga	S. Krehl
230.	Contrapunto	S. Krehl
231.	Federico Froebel	J. Prüfer
232.	Economía y Política agraria	W. Wygodzinski
233.	Países bálticos	M. Friederichsen
234.	Oceanografía física	G. Schott
235-236.	Historia de las ideas políticas, I	R. G. Gettell
237-238.	Historia de las ideas políticas, II	R. G. Gettell

NUEVOS VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

